

ARMAS Y LETRAS



HEMEROTECA
MUNICIPAL

— DIRECTOR - GERENTE —
VICENTE VALERO DE BERNABÉ

AÑO I NÚM. 12
DICIEMBRE, 1920

Ayuntamiento de Madrid

LA MEJOR MOTOCICLETA

*De Sport y Guerra
y la
Harley-Davidson*

Exposición y venta:

J. A. de LANDALUCE

Marqués del Riscal, 7.



J. A. de L.

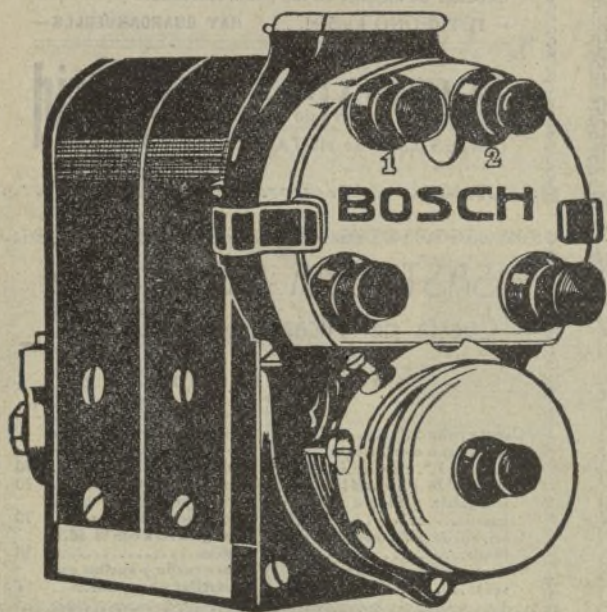
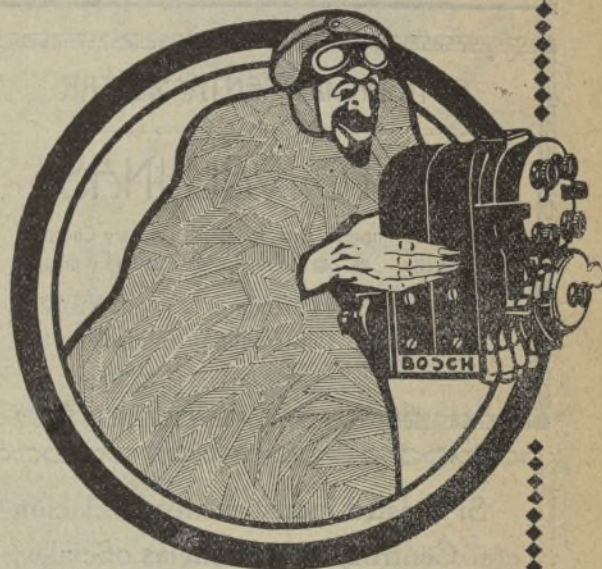




REPRESENTANTES
PARA ESPAÑA DE LAS
RUEDAS METÁLICAS

— RUDCE —
WHTWORTH

TENEMOS EXISTENCIAS DE
— TODAS MEDIDAS Y TIPOS —
PIDANSE PRESUPUESTOS



REPRESENTANTES
DE LA MAGNETO
BOSCH

LEGITIMA ALEMANA DE STUTTGARD
COMPLETO STOCK DE TODOS LOS
TIPOS Y BUJIAS DE TODOS
— — — LOS PASOS — — —

ACCESORIOS EN
— GENERAL —
PARA AUTOS, MOTOS Y
— AVIACIÓN —

REINA, 39 y 41
MADRID

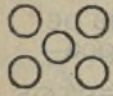
*Pujol Comabella
y Compañía*



SASTRERIA
MILITARY PAISANO

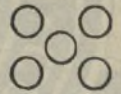
ALVARO

Mayor, 20 pral. - MADRID



ROCA

FOTOGRAFO
TETUÁN, 20



ANTIGUA IMPRENTA. MILITAR
DE
CLETO VALLINAS

Modelación Impresa para todas las Armas y Cuerpos del Ejército. * * * Objetos de escritura y dibujo.

Despacho: Luisa Fernanda, 5. - MADRID
Zaleres: Zutor, 1. y Ventura Rodríguez, 17.

Teléfono 1.548 - J

MUEBLES DE LUJO Y ECONÓMICOS
Casa Sotoca

Sección de alquiler en los pisos entresuelo y principal.
- TETÉFONO 4.185-M. HAY GUARDAMUEBLES -

ECHEGARAY, S **Madrid**
Próximo a la Carrera de S. Jerónimo
(ANTES Calle de HOTALEZA, 29)

Si vuestra industria tiene relación con Centros, dependencias oficiales, oficinas del Ejército, o con cualquier manifestación de deporte o ciencia, **anúnciense en ARMAS Y LETRAS** y verá prosperar su negocio. Pida tarifas y presupuestos.

SASTRERÍA DOMINGUEZ
Cuesta del Alcázar, 14. - TOLEDO

NOTA DE PRECIOS

	Pts.		Pts.
Capote paño 1.º.....	150	Uniforme kaki de estambre o gabardina con pantalón y calzón.....	150
Capota paño o estambre..	210	Idem id. de dril, con id. . .	70
Peliza de 1.º, rizo de id. 120		Volver peliza con todos los avios y dorados.....	70
Impermeable gabardina con gabán y capota separada.....	225	Idem guerrera con id. id. e idem.....	50
Guerrera de paño o estambre.....	120	Poner cuello y vueltas con estrellas y soutache.....	17
Pantalón Rey con franja seda.....	60		

Pedro Andion y Compañía.

Lonas para toldos y cortinas. Lencería, cutíes y terlices para colchones. Saquero para envase de lanas y cereales. Cordelería y tramillas. Yutes para entardaje

IMPERIAL, 8 y 16.

Teléfono M. 1 487

No hay soldado valiente si tiene **CALLOS**
EL UNGÜENTO MAGICO
los extirpa en tres días.

En todas las farmacias, 1.50: por correo, 2 ptas

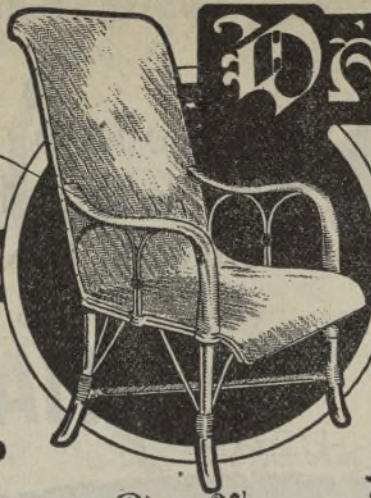
En todas las farmacias. - Farmacia PUERTO. - Plaza de San Ildefonso, 4. - MADRID

Antes y despues de las marchas y del sport dese un masaje de **EMBROCACIÓN AMERICANA**
y sera incansable, sera campeon
El reuma y todo dolor desaparecen

FÁBRICA DE MUEBLES DE JUNCO Y MADERA

DAMASO AZCUE

Azpeitia



Plas 28'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Exposición
y
Depósito
en la
sucursal



Plas 22'00
franco estación Madrid
(sin embalaje)

Fernando VI, nº 1.
(esquina a Hortaleza)

MADRID

CONSTRUCCIÓN DE SILUETAS Y BLANCOS DE BEJUCO
PROVEEDOR DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO



AUTOPIANOS



AUTOPIANOS

CASA AMERICANA TODO BARATISIMO

Máquinas de escribir de todas marcas, cintas, papel carbón, copias, reparaciones, presupuestos gratis. . . Traducciones, novedades en objetos de escritorio en general. Autopianos y rollos de 88 y 65 notas

CASAS

CARRETAS, 5, pral.
Teléfono, 22-90

HORTALEZA, 39, y PÉREZ GALDOS, 9.
Teléfono, 40-77.

SIN

ESFUERZO



vence todo obstáculo un caballo sometido al cuidado de los productos **MATA**

USAR

**RESOLUTIVO ROJO MATA
CICATRIZANTE VELOX
ANTICÓLICO F. MATA**

M. Mata

ES HACER ADQUIRIR
FUERZA - RESISTENCIA - VIRILIDAD



MANZANO Y GOMEZ

Constructores de vestuarios para el Ejército

CASA CENTRAL: GRAVINA, 20
MADRID. — Teléfono 3.013-M.

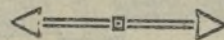
SUCURSAL: SAN FRANCISCO, 32
SEGOVIA

Se remiten modelos libres de gastos a las Juntas económicas que lo soliciten.



SASTRERIA MILITAR NEIRA

Cervantes, 3 y 5.



SEGOVIA



MINGOTE H.^{nos}

Sastrería militar y paisano.

MAYOR, 38, entresuelo.

Frente a Capitanía General.--MADRID



GORRAS DE UNIFORME

ÚLTIMOS MODELOS EN GORRAS, ROSES Y CHACOTS

F. VILLAVERDE

Calle Mayor, 39.

MADRID

Envíos a provincias.

ARMAS Y LETRAS

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

Redacción y Administración: Mayor, núm. 86
Apartado de Correos número 886. — MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:
1,25 ptas. al mes. :: Extranjero: 12 ptas. semestre

Director: VICENTE VALERO DE BERNABE

Administrador, JOSE VALERO DE BERNABE

Año I

Número suelto
-:- 1,50 peseta -:-

Núm. 12

✿ La Nochebuena del "Paísa" ✿

Hay un alto en las operaciones. Las fuerzas regresan a sus campamentos cubiertas de gloria en la empresa de Xexauen, a buscar un descanso que les es muy necesario tras la lucha y el trabajo de los últimos días en que, con gran ímpetu y bizarría se batieron despreciando una y mil veces el peligro.

Ya ondea sobre Xexauen la enseña de la Patria...

Y ahora, en la tregua de la lucha, el «paísa» nuestro querido «poilu» dedícase al servicio propio de campamento, añorando el rincón y el sol de su España donde vió la luz, ahora que llega esa fecha imborrable, tradicional, obligada y evocadora de la Noche-buena.

No eches en olvido, pueblo español, a tus nobles soldados que casi ignoradamente—menos en el hogar que dejaron el hueco doloroso—trabajan y cumplen su misión por estos áridos campos marroquíes, bajo la inclemencia de su clima palúdico, de su sol asfixiante y de sus lluvias pertinaces que enlodan las pistas y campamentos, donde tienen el alma pendiente del ojo certero del indígena...

A tí, madre española, mujer excelsa, nada te digo. Sólo tú

sabes apreciar los dolores de tus hijos, lo que ellos valen y significan para tí... Tú serás la que en esa fecha guardarás al hijo ausente su puesto en la mesa, y la que sabrás derramar una lágrima cuando sientas los villancicos y la alegría de los demás, esa nochebuena llena de no sabemos que grandezas espirituales...

Demás conoces tú, madre española, las comodidades de que puede gozar tu hijo, dedicado en la nobilísima tarea de mantener el prestigio de la amada Patria en estos campos africanos... Los ranchos, no siempre condimentados debidamente, ni siempre al alcance de su boca, pues más de una vez tuvo que conformarse en la marcha fatigosa del día, cargado con su macuto, su manta, su fusil y municiones, con una galleta dura como el guijarro, y una lata de saladas sardinas en conserva del año de la Nana porque, en esos menesteres de la guerra hay que posponer el condumio a la lucha, las comodidades a la Victoria... El agua para saciar su sed, no la halló siempre en los días calurosos en que le sorprendió aquella en el arenal inmenso que humeaba bajo el

fuego de este sol endiablado..

La cama... He ahí madre española lo que más echa de menos tu hijo a todas horas, pues casi siempre, ha de contentarse en las operaciones con la manta—quizás calada por la lluvia—envuelta en su cuerpo completamente equipado para lanzarse a la trinchera en el primer momento... ¡Oh cama tierna y confortadora del añorado hogar, que tanto bien haces al cuerpo y al espíritu cansados de la lucha diarial... ¡Cuántos sueños, cuántos suspiros arrancas al pobre «paísa» que, durante tres años cumple sus deberes de buen español en Marruecos!

También nuestros valientes oficiales en tales circunstancias, comparten con el «paísa» las privaciones, alegremente, sin una queja, con el cariño y el alma puestas siempre en la lejana madre que a todos nos cobija: Patria...

Pero ¡ay! madre española... Si tú supieras cómo agradece el pobre «paísa» cualquier recuerdo por insignificante que sea.

Recordamos que por esta fecha, alguna entidad oficial hace a nuestros soldados donativos de tabaco. Entonces, el pobre «paísa» está altamente satisfecho. Coge el pitillo, se lo coloca en los labios y aspira con deleite el aromoso veneno, envol-

viéndose orgulloso en las caprichosas espirales de humo, agradeciendo con el alma aquel pequeño recuerdo.

Y es que el soldado, guarda en su alma tesoros de ternura, porque ha aprendido a éllo en las interminables horas de la ausencia en la campaña.

Ese aguinaldo para el soldado, de que ahora, después de la empresa de Xexauen, se habla,

en ese día imborrable de la nochebuena, será para él un mundo de alegrías que traerá a su corazón calor del hogar mil veces añorado, y a su alma una bendición cariñosa para los que se olvidaron del pobre «paisa» es esa noche de abundancias alegrías y villancicos...

Larache, Noviembre de 1920.

RAFAEL LÓPEZ RIENDA

Aventuras de Membrillera

CAPÍTULO VII

En el que Cirilo se encuentra sumamente verdoso y tiene que pedir una paga anticipada a consecuencia de una vaca.

Apenas nuestro buen Membrillera sentó el pié en la plaza de Ceuta, llevó a efecto las presentaciones oficiales, pues era enemigo de demorar un solo momento el cumplimiento de sus deberes militares.

Por cierto que abrasado por aquel sol africano, se arrepintió en su fuero interno de haberse comprado aquel sable y no haber llevado a campaña aquel que le regalaron hecho a su medida.

Con mucho desagrado recibió la noticia de que había sido destinado al Batallón de Arapiles. Este cambio inesperado de destino lo calificó interiormente de manifiesta informalidad de quien dimanase y, como fácilmente se comprenderá, no le hizo gracia.

—¡Algún niño bonito, que ha trabajado y conseguido mi plaza!—pensó:

Inmediatamente se largó a enterarse de si era posible emprender sin pérdida de tiempo la marcha hacia Tetuán, ciudad en donde se hallaba su Batallón, viendo con profundo disgusto que forzosamente debía esperar al siguiente día para emprender la marcha.

En su consecuencia buscó una fonda y, una vez en la habitación procedió a lavarse y cepillarse con intención de salir a recorrer Ceuta.

Acicalado, contemplóse en el espejo y una nube de tristeza se extendió por su cara. Las emociones sufridas durante el viaje desde Madrid habiendo desmejorado notabilísimamente. Profundas ojeras rodeaban sus ojos, el tinte de su piel había adquirido tendencia verdosa y, verdaderamente, tenía un sello de demacración muy natural si se tienen en cuenta el número de violentas emociones sufridas durante los dos últimos días.

—¡Rediez!—murmuró, asustado—¡Estoy volatilizándome!

Y tumbándose en la cama, presa de cierto desfallecimiento moral hijo de su carácter aprensivo, entregóse a meditar sobre los medios de que deba hacer uso para reconstituirse definitiva y terminantemente. Lo que en estas frecuentes divagaciones con, de, en, por, sin, sobre su salud, desorientaba más a Cirilo, es que se veía obligado a reconocer que, realmente no tenía dolor o malestar que le permitiese acusar como causante de sus imaginarias dolencias a órgano determinado.

Después de un cuarto de hora de meditación, decidió ir a consultar a un médico, y, después de llamar al camarero y hacerse servir un par de huevos crudos que engulló, como medida preventiva, salió a la calle.

Con cierta admiración veía la estatura de algunos de los moros con quienes se cruzaba y pensando en lo exiguo de la suya sentíase como herido en

su amor propio. Reconocía en su corazón entusiasmo capaz de sobreponerse en el combate a esta desventaja material por medio del valor, pero, de todas maneras, hubiese dado gustoso unos años de su vida a cambio de un palmo de súbito crecimiento y si posible fuese algo de gordura. Estas consideraciones lo hicieron aferrarse a la idea de acudir al médico, con la esperanza de lograr una receta que fuese como una especie de elixir disciplinado a la voluntad del enfermo, capaz de redondear, colorear, fortalecer, desarrollar la estatura, etc, etc. Después de todo, esta esperanza no tiene nada de particular, pues desde hace años estamos los españoles soñando con un gobierno capaz de vivificar, engrandecer, y salvar a España, lo cual es mucho más difícil. ¡Más difícil que el que los perros nazcan con collar en la rabadilla! En fin: cada loco con su tema.

Apenas había andado una treintena de pasos, cuando oyó que lo llamaban.

Vloviéndose, vió a un teniente de Infantería que desde la acera opuesta avanzaba a su encuentro y el cual, apenas lo tuvo al alcance, lo sujetó entre los brazos palmoteándole cariñosamente en la espalda.

Cirilo, una vez que logró desprenderse del abrazo, quedó mirando al teniente, sin saber que decir.

—¡Pero, hombre! ¡Cirilo!—exclamó aquel—¡Parece que no te acuerdas de mí!

—¡Hombre, te diré!—murmuró Membrillera—no recordando poco ni mucho—¡Algo sí recuerdo!... ¡Me parece haber oído el timbre de tu voz en algún sitio!

—¡Que timbre ni que trompeta! Soy Sánchez Moreno ¡caray!

—¡Perdona, chico!—exclamó Cirilo, recordando de pronto y estrechando la mano de su compañero.—Ya sabes lo distraído que soy.

—¡Ya, ya!... Y ¿hacia donde te dirías tan meditabundo?

—Voy a ver si alguien me indica algún médico para ir a consultarle... ¡Estoy muy malo!

—¡Muy malo! ¿Qué enfermedad padeces?

—Te diré... Verdaderamente no sé si lo que tengo es verdaderamente una enfermedad... Yo como perfectamente, digiero a la perfección, duermo divinamente, no me duele nada... pero, ¡fíjate en el color de aceituna que me gozo, y dime si el tal no es un síntoma de que no estoy sano!

—Mira Cirilo: tú lo que tienes es como siempre una dosis incomensurable de aprensión... ¡Déjate de fantasías y vámonos al casino!

—¡Hombre!... No sé... ¿Tú crees que no tengo aspecto de enfermo?

—¡Del bolsillo, puede, guasón! Y dándole con el dedo índice en la región abdominal, el teniente Sánchez agarró a Cirilo del brazo y lo arrastró hacia el casino.

No hay nada tan capaz de hacer olvidar las preocupaciones, como esa alegría que flota alrededor de la juventud militar.

Una vez en el casino, después de recibir abrazos y apretones de manos de los compañeros de Academia con que iba tropezándose, Cirilo olvidó todas sus dolencias y se sintió invadido de plácido optimismo.

—¿Qué? ¿Quieres que hagamos una vaca de un duro?—preguntó Sánchez.

—¿Una vaca de un duro?—dijo Cirilo, poniendo cara de asombro—Y ¿que vamos a hacer de la vaca?

—¡Hombre! Quiero decir constituir una especie de sociedad, poniendo un pavo cada uno para jugarlos a la primera carta que nos guste.

Cirilo no había jugado nunca, pero temiendo que el no aceptar el ofrecimiento de Sánchez era demostrarse pusilánime y quizá agarrado, aceptó el ofrecimiento y entró en la sala de juego.

Sánchez alargó el brazo por entre los hombros de dos puntos y puso las diez pesetillas sobre la mesa.

—¡Ha salido un siete!—murmuró a los pocos segundos volviéndose hacia Cirilo.

—Y ¿qué?

—Pues, que nosotros jugábamos a la sola.

—De suerte que la vaca...

—¡Se nos ha convertido en

una cotorra!... ¿Vamos a la revancha?

—Como quieras.

Cuando Cirilo salió del casino había perdido treinta y cinco duros, cantidad que constitúan todo su capital.

—¡Bueno!—dijo, una vez en la calle, mirando a Sánchez—Y ahora ¿que hago yo sin un gorro en el bolsillo?

—¡Va!... ¡No te preocupes!... ¡Mañana pediremos una paga adelantada cada uno.

—Pero ¿tú crees que me la darán?

—Indudablemente. ¿Por qué no?

—No me hace gracia tener que pedir, pero no tendré más remedio que hacerlo.

* * *

A la mañana siguiente, Cirilo se dirigió a Capitanía y después de un interminable número de presentaciones en las que fué preciso ir enterando a todo el mundo de su situación monetaria, logró una orden para que le fuese entregada una paga por la caja del Regimiento del Serrallo.

Una vez en el cuartel se presentó al Capitán cajero y le hizo entrega de la orden.

—¡González!—gritó este, dirigiéndose a un escribiente—Haga un recibo de una paga anticipada para el Alférez D. Cirilo Pardillo y Ombliquete.

Cirilo, al ver que tan claramente se daba cuenta de su situación monetaria a los escribientes, se puso al rojo y de buena gana hubiese dicho al Capitán que creía innecesario enterar a aquellos de que estaba sin un perro. Hizo de tripas corazón y esperó a que Gonzá-

lez hiciese el recibo.

Cuando lo tuvo en su poder quiso entregárselo al Capitán creyendo que ya no era necesario dar más paso para lograr las pesetillas que deseaba, pero el Capitán le dijo que era necesario poner en el recibo el *Dése* del Coronel.

En su consecuencia pasó al despacho de este y una vez en el con el *Dese* fué a presentarse al Teniente Coronel, pues le dijeron que era necesario el *Inter-vine* de este jefe.

—¿A que resulta que los Comandantes del Regimiento tienen que poner el *Parécenos* y no cojo el auto?—pensaba Cirilo, con el recibo en la mano dirigiéndose a caja.

Afortunadamente vió que no era así, pues cogiendo el recibo el Capitán abrió la caja y contó una cantidad que Cirilo recontó.

—¡Perdone V. mi Capitán!—dijo, al terminar—La cantidad que me entrega V. no es la que figura en el recibo.

—¡Naturalmente!—exclamó el Capitán—Cuando se concede una paga anticipada se hace el primer descuento al anticiparse.

No muy convencido salió Membrillera del cuartel.

—¡Pues señor!—pensaba mientras se dirigía a coger el auto para Tetuán—O yo estoy falto de lógica o lo está el asunto anticipado... Yo pido una paga, hago el recibo de una paga y me dan sus tres cuartas partes, luego el descuento que me han hecho debe ser el descuento comercial, que si cual no recuerdo cobra intereses de una cantidad que no entregan.

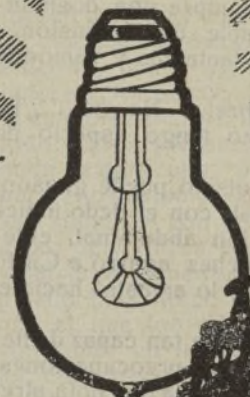
SINESIO DARNELL.

(Continuará)

NUESTRA PORTADA

Representa nada menos que la realización del movimiento continuo. Un obrero americano, asegura haberlo descubierto con la máquina cuya composición se deduce de nuestro grabado. Los cangilones y las bolas, al caer por la parte de la derecha, lo hacen con tal fuerza que sostienen el movimiento, venciendo con exceso la de resistencia del aire y la necesaria para subir las bolas y cangilones de la parte izquierda de la rueda. Aunque no creemos en la eficacia de esta invención, la ofrecemos a nuestro lectores a título de curiosidad.

...y apareció en el ho-
rizonte una estrella que
a los mortales
indicaba el ca-
mino



de la

perpetua claridad....

Z ARGON
TIPO ½ VATIO

Fabrica: Corles 397
Barcelona

LOS TIROLESES

ARMAS Y LETRAS

Al paso del cortejo



Pasa la comitiva. Es la que acompaña, rindiendo los más altos honores, a los restos del soldado anónimo, que escogido entre los cientos de millares que cayeron durante la guerra, murió sin identificar en el bárbaro desorden de la tragedia. Toda Francia y toda Inglaterra se han asociado a la ceremonia; todos han contribuido con su acción y su presencia a rendir los más altos honores a la fúnebre representación del heroísmo de un pueblo. Pero entre la multitud que ha asistido silenciosa al paso del cortejo se han destacado con frecuencia tristes grupos como el que representa nuestro grabado. Los constituyen las madres, las esposas y las hermanas, mujeres a quien la guerra arrebató su amor. En sus rostros vese retratada el ansia dolorosa de una pena inextinguible. ¿Serán aquellos restos los de su hijo, los de su marido, los de su hermano?... Pudiera ser... Son los del combatiente que sólo conoce Dios...

El soldado desconocido, el héroe anónimo, el *Tomny* y el *Poilu* han recibido de su Patria el más supremo honor. ¡Bien merecido el galardón! Sólo resta asegurar, si ello es posible, que esos restos sagrados escogidos entre los anónimos restos de un campo de batalla pertenecen de seguro a un britano o a un francés... Porque todos cayeron mezclados, y en las rápidas inhumaciones que siguieron a las batallas, quizá muchas veces quedaran enlazados e igualados por la muerte, los que en vida comulgaron en el odio y la rencilla que separó a dos razas.

La Patrona de la Infantería

Desde tiempo inmemorial, la mayoría de las Armas y Cuerpos del Ejército tenían sus respectivos Patronos; pero la Infantería, quizá por ser la más numerosa, había puesto su fe en distintos Santos y Vírgenes, llegando a tener tantos patronos como regimientos.

En aquellos pretéritos tiempos en que el fervor religioso se mantenía pujante, existía una gran pugna entre los diversos Cuerpos, para superarse, con noble emulación, en las fiestas religiosas y profanas con que conmemoraban a sus patronos, y esto daba lugar a disgustos, que ejercían de disolvente en la unión que debe haber entre los componentes de un Ejército, y mucho más de un Cuerpo.

Sin duda por esto, para estrechar los vínculos morales y unificar tan varios criterios, la Dirección general del Arma, con la aprobación del Vicariato general castrense, eligió para Patrona de la Infantería a Nuestra Señora la Purísima Concepción, cuyo patronato fué refrendado en 12 de noviembre de 1892, por la Reina Doña Cristina, regente del reino a la sazón.

No obedeció a capricho el *nombriamiento* de la Purísima para Patrona de la Infantería, que data, nada menos, que del 8 de diciembre de 1585, cuando los holandeses sitiaban al tercio de Bobadilla, que resistía, casi agotado, las rudas acometidas del enemigo.

La situación del tercio era muy crítica. Faltaban las municiones y escaseaban los víveres, lo que obligó a Bobadilla a enviar emisarios a Alejandro Farnesio, para que le mandase refuerzos, que no llegaron a recibir, porque la escuadra holandesa destruyó e incendió los barcos que conducían los anhelados auxilios.

No desmayaron por esto los famélicos y abnegados soldados, ante la aterradora desgracia, y su espíritu se mantuvo firme y sin desmayos, y mientras unos se dedicaban a los holandeses, otros arreglaban las defensas, que la artillería enemiga destruía con sus certeros disparos.

No quedaba más solución que morir, y así le contestó Bobadilla a un mensaje del sitiador:

—«Los españoles prefieren la muerte a la deshonra»

Cavaban la tierra, para construir trincheras, último baluarte de la tenaz defensa, un grupo de soldados, cuando uno de ellos halló una pintura que representaba a la Virgen.

Avisó a sus compañeros, dándoles cuenta del hallazgo, y todos cayeron de hinojos ante el cuadro, que llevaron después, con gran fervor al templo medio destruido.

—¡Milagro! ¡Milagro!, exclamaron aquellos desesperados, y como por ensalmo resurgieron las esperanzas y el brío en aquellos febles y esqueléticos combatientes.

Con la fe puesta en la veneranda imagen, reunió Bobadilla el día 7 a sus capitanes, y acordaron hacer, al día siguiente, un último esfuerzo.

Al nacer el día 8 de diciembre, todo estaba dispuesto para el ataque: Con impulso arrollador, hijo de su gloriosa fe, destrozaron al enemigo y salieron victoriosos de su quimérico empeño.

Verdaderamente fué un milagro que aquellos famélicos y diezmados hombres pudieran vencer al prepotente ejército holandés. No hubo duda, la Virgen Inmaculada los condujo a la victoria.

Y este es el origen del patronato; el porqué la Infantería española, reina de las batallas, solemniza la festividad de la Purísima Concepción.

Los festejos con que se celebró la elección oficial de la Patrona tuvieron gran resonancia.

En la espaciosa nave de la estación del Mediodía, entonces apenas terminada, se verificó un banquete

monstruo, que presidió el veterano capitán general Primo de Rivera.

Hubo una retreta, para la que el ilustre Benlliure construyó una carroza, que figuraba un mundo rematado por la Purísima.

También, cosa inevitable en nuestro país, hubo corrida de toros y otros festejos, que sirvieron de solaz a la tropa.

El ilustre cardenal Monescillo escribió una salve, que perenne debiera vivir en todos los corazones.

Dice así:

«Dios te salve, Hija de la profecía y heredera de las promesas. Dios te salve, Augusta esclava y bendita peregrina. Singular en la profesión de castos amores, fuiste siempre dechado de conformidades meritorias, y tomando de la crucifixión de tu hijo una dulce fortaleza, diste al martirio de los esplendores de la majestad en el sufrir. Madre de los afligidos, no hay lágrimas ni pesar que no dignifique el corazón de los que te imitan.

De las catacumbas de los templos y de los campamentos donde juntos batallan el honor militar y el amor cristiano, brotan, sin dejar de elevarse al Trono del divino Emmanuel, los acentos de piedad con que eres aclamada, Madre de misericordia.

A Ti acude la Infantería española, poniendo sobre la cruz de la espada la mano que da vigor a los hijos de la Iglesia, leales defensores de la madre patria.

Muestra, pues, Señora, que eres nuestra Madre, y enjugando en nuestras mejillas el llanto de los pesares, alcanza de tu Hijo, y en favor nuestro, los consuelos de una santa esperanza.»

Desde aquel año se ha celebrado el patronato de la Virgen por todas las guarniciones, bien todas juntas o por regimientos, y según van evolucionando los tiempos, así se transforman los festejos, pues de las carreras de burros y las distintas payasadas que todos los años se sucedían con machacona insistencia, hemos llegado a los concursos literarios, basados en temas militares, que llevan la emulación y el estudio a las clases inferiores del Ejército; a las conferencias y a las funciones teatrales y cinematográficas, sin descuidar, como es lógico, la típica fiesta nacional.

La preparación de los festejos que la tropa proyecta tiene, si cabe, más comicidad en sus preludios que en el desarrollo de los mismos.

En cuanto el mes de noviembre comienza, se nota en los cuarteles la proximidad de la fiesta de la Patrona.

Con gran sigilo empiezan los cabos y algunos soldados, que por lo general pertenecen a las oficinas, a tratar de la organización de algún acto para celebrar la festividad de la Patrona, con la pretensión de que supere y anonade a los que preparan sus compañeros de otros regimientos.

Espíritu de Cuerpo se llama esto, muy arraigado entre nuestros soldados.

Se celebra una reunión preparatoria, y cada cual emite su opinión, lanzando la *ideica* que lleva en su cerebro, convenientemente elaborada y madurada en muchas noches de insomnio.



De la reunión no sale nunca ningún acuerdo, porque cada uno considera su opinión la más viable y la de mayor efecto.

Y así pasan los días, hasta que algún oficial, iniciado por su asistente en el secreto, actúa de angel conciliador, y arregla el desquiciado cónclave.

Desde aquel momento todos rivalizan en cumplir su cometido a la perfección. Si es la representación de una obra teatral el festejo tan laboriosamente discutido, con gran fe y entusiasmo estudian los cabos y soldados sus respectivos papeles en las guardias, en los



Dibujo de Pumarola


**S. M. la Reina
Doña Victoria
Eugenia**


Con motivo del santo de nuestra soberana, «Armas y Letras» eleva a los pies del trono, la sincera y leal expresión de su fé monarquica. Nuestra Reina, que siente por el ejército honda simpatía, ha querido honrar a un regimiento del arma de Caballería dándole su nombre. Nuestro colaborador, el insigne artista Señor Rumarola, representa aquí a la Reina vistiendo el uniforme del brillante regimiento.



paseos militares y en los descansos de la instrucción, hasta que el cornetín los vuelve a la realidad.

Los pintores se afanan, en los ratos que les dejan libres sus obligaciones militares, en embadurnar lienzos y papeles, que luego han de causar el asombro de los quintos, aunque se haga necesario escribir en los telones: «Esto es una selva». «Esto es una calle». «Aquí ay-jay!-una ventana».

Algunas veces se organizan concursos de cantares y algunos son dignos de pasar a la posteridad:

«Cuando estoy de imaginaria,
muchas veces considero,
el olorcillo que viene
de la cuarta del primero»

O este otro;

«En la milicia, señores,
todas son calamidades,
perros, niños y mujeres
se van con los militares»

los cuales denotan, en su autor un espíritu observador de primer orden.

Todos sueñan con el día 8 de diciembre, tanto como con el día que la licencia les vuelva a sus hogares, al amor terruño de donde salieron.

Es un día en que los soldados muestran sus afectos a sus superiores, con vítores y aclamaciones de cariño y no es raro que alguno en su ingenuidad grite al pasar el teniente de su compañía:

—¡Viva el *tiniente* Martínez, que no asiste nunca a la *litura*!

Es un día en que la rígida disciplina militar desaparece, hasta cierto punto, pues el respeto y la consideración nunca la olvidan nuestros infantes, y en que esos hombres que en la milicia han fortalecido su espíritu y agrandado su amor a la patria y al Rey,—amor tan hermoso como el que sienten por la madre que les dió el ser,—vitorean, sin atender a exigencias de las Ordenanzas, libre y espontáneamente, sin el acicate de la voz de mando, a la Patria, al Rey, a la Patrona y a los jefes y oficiales.

Y estos vítores son los que más valen, porque el corazón los dicta, los impone y los lanza en libre y jubilosa expansión.

JOSÉ RUIZ MORALES

GALERIA DE RECUERDOS

Un verso de Miguel Angel

Era el año 1520 y Florencia atravesaba uno de los momentos más críticos de su historia, con ser su historia accidentadísima y turbulenta.

La ciudad había arrojado de su seno a los Médicis sus protectores y casi señores solariegos. El hecho, que a primera vista parece una prueba de negra ingratitud de la ciudad hacia sus príncipes bienhechores, si con detenimiento se le analiza, no lo es. Ni todos los Médicis fueron Meceñas, ni el frívolo Pedro podría compararse en modo alguno con su ilustre progenitor Lorenzo, llamado, por antonomasia, el Magnífico.

El caso es que la república había luchado denodadamente por impedir la vuelta de los que a todo trance querían restablecer, no el patriarcado de Cosme el Antiguo, sino el imperio caprichoso y arbitrario de los futuros Grandes Duques de Toscana.

La ciudad en el largo período de tiempo que marca la ausencia de los Médicis había pasado por las más extrañas sensaciones.

El delirio místico de la Savonarola, el fogoso predicador de San Marcos, la había llevado, en alas de su exaltación calenturienta, a adoptar una constitución política, verdaderamente extravagante: *La República de Cristo*; y en nombre de este Augusto Príncipe—cuyo reinado no era de este mundo—confundiéndola moral con la política se hicieron las más desatinadas ocurrencias.

Las albas vestiduras del dominico, más que emblema de paz y concordia, fueron airón de combate y el coronamiento de todas aquellas concepciones fantásticas fué una hoguera encendida en la plaza pública para quemar en ella a Savonarola el impetuoso protagonista de tantas utopías.

Florencia, pagana, inconstante y enamorada de todos los atrevimientos, respiró fuerte al sentirse libre de la mística y tétrica pesadilla engendrada en la celda de San Marcos.

Los Médicis volvieron—finos conocedores de la psicología de su pueblo—aprovechando lo propio del momento y la ayuda poderosa de la Corte de España; pero la ciudad no se hallaba a gusto bajo el imperio de sus nuevos señores; y si había soportado la benévola protección, del Padre de la Patria; protección paternal y democrática—primera etapa del poder de los Médicis—estaba muy lejos de sentir simpatía hacia una Corte rígida, etiquetera y depravada que en nada se diferenciaba de la tiranía—forma suprema de gobierno en aquel entonces—que con distintos nombres y títulos imperaba por doquiera en Italia.



Miguel Angel—el divino—como le califica Benvenuto Cellini, con una unción casi supersticiosa, había sido encargado por el papa Clemente VII—un Médici—de la ornamentación escultórica de la capilla que sus antecesores tenían en la iglesia de San Lorenzo en Florencia.

El escultor insigne estaba ya en la madurez de su edad; por él habían pasado las agitaciones de un vivir intensísimo; *el drama de la tumba de Julio II*—como en la historia del Arte es conocido el prodigioso hecho—había acentuado en su alma el sentimiento amargo y áspero a que era tan propenso. La culminación de un arte soberano y giganteo en los muros de la Sextina no solo le había producido gloria inmarcesible, sino dolor, dolor entero; y un invencible desdén, un manifiesto despegó hacia el ambiente y hacia el microcosmo en el que se veía constreñido a girar.

Miguel Angel no era devoto de los Médicis. ¡Estaban tan distantes estos de aquellos otros Médicis, que conversaban de filosofía platónica con Ficino y Pico de la Mirandola y acogían en su mesa con fraternal acogida, a cuantos llevaban en la frente la aureola del genio! No. El gobierno de aquellos se pudo aceptar porque gobernaba la inteligencia; se pudo tolerar la dictadura del Prior de San Marcos porque gobernaba la fé; pero ahora, Florencia. Miguel Angel adoraba a Florencia como la habrán adorado Dante y Savonarola—pero ahora, era el despotismo estúpido el que regía los destinos de un pueblo—cien veces ilustre por sus glorias—y que comenzaba a envilecerse bajo el ominoso poder de unos vulgares tiranelos.

**

Una poesía que se conserva en la Biblioteca

**

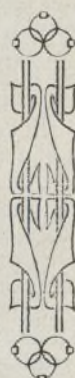
Laurentina traduce el pensamiento del egregio artista respecto a los sucesos y a los personajes del momento. Poesía interesante y curiosísima porque nos presenta al patricio, que, desposeído de la inmensa aureola que le hace ser ciudadano universal, solo habla en ella como florentino.

Sobre el túmulo de Julio de Médicis, Duque de Nemours, está la estatua famosísima de la Noche que aparece sumergida en un profundo sueño. Un día apareció sobre esta la siguiente poesía:

Miguel Angel contestó al poeta anónimo.

Grato m'e il sonno e piu l'esser di sasso,
Mentre che'e danmo e la vergogna dura
Non veder, no sentir m'e gran ventura,
Peró non me destar; deh! parla basso.

(Agrádame dormir; aun más el ser de mármol; mientras impere el despotismo no ver ni sentir es la suprema felicidad. Así pues, no hagas ruido; habla bajo.)



La borrachera de Noe. Famosa pintura de Migue. Angel.

La notte che tu vedi in si dolei atti
Dormir, fú da un Angelo scolpita
In questo sasso, e, perche dorme, ha vita,
Destala, si nol credi e parleratti.

(La noche que ves dormir un sueño tan dulce fué esculpida por las manos de un Angel en este mármol; porque duerme se vé que tiene vida; tócala, si lo dudas, y hablará).

Algunos años después fueron expulsados nuevamente los Médicis y Miguel Angel con el título de *Governatore* y *procuratore* de las fortificaciones por once meses defendió a la ciudad.

ANTONIO DE GOLLURI,



OCURENCIAS

Monseñor D'Avian de Sanzay, Arzobispo de Burdeos, no obstante ser un santo varón, siempre estaba en coyuntura de hacer apuestas en cuanto tenía ocasión para ello. Además, le gustaba con delirio el pavo trufado, y váyase lo uno por lo otro.

Un día apostó un animalito de estos con el vicario Damirán. Ganó la apuesta y el pavo no llegaba.

El bueno del Arzobispo, que ya se había relajado de antemano pensando en el atracón que se iba a dar, esperó un día y otro. Total, que el Vicario, en vez de llamarse Damirán, parecía que se llamaba Andana.

Como se aproximaba la Cuaresma, ante el temor de perder en absoluto el exquisito bocado, llamó un día al Vicario y le dijo sobre poco más o menos:

—¿Recordáis que hace ya días celebramos una apuesta?

—Sí, monseñor.

—¿Recordáis también que gané la apuesta?

—Sí, monseñor.

—¿Recordáis que apostamos un pavo trufado?

—Sí, monseñor.

—Pues bien, os recuerdo todo lo políticamente posible que aún no lo he recibido, y deseo recibirlo.

El Vicario, con mucha flema, se rascó la cabeza por debajo del solideo y contestó con aire de triunfo, como quien sale airoso de un compromiso:

—Es verdad, monseñor, pero todas las trufas son malsimas este año, y no he querido enviaros nada indigno de vuestro delicado paladar.

—¡Bah, bah!—contestó sonriendo el Arzobispo.—Esas son voces que hacen correr los pavos para que no les trufen.

Con lo cual el Vicario tuvo que rendirse.

A. T.

NOTAS DE MARRUECOS

UNA BODA EN TETUAN

De las mil notas curiosas que ofrece esta ciudad extraordinaria, aun quedan por contar algunas que no han de permanecer olvidadas bajo los puntos de la pluma. Quiero referirme a esas complicadas e interesantes ceremonias que bordean con fastuosos arrequives y sutiles simbolismos el matrimonio de los moros.

Sabido es que el Corán permite a sus creyentes el desposorio con cuatro mujeres a un tiempo. Sin embargo, tanto en el Rif como en Yebala y en el Garb, raro es el moro que acepta la poligamia y casa legalmente con más de una. Eso no impide para que ejercite sus derechos de absoluto señor sobre las esclavas de su servidumbre, sobre todo si son bellas y jóvenes, de esas aceituadas bellezas de los confines del desierto...

¡Pobres mujeres musulmanas, esclavas y libertas, nobles y plebeyas! ¡Pobres almitas femeninas, tiernas almitas de las mujeres de Oriente! ¡Cuán menguados y míseros resultan los divinos atributos, obscurecido como se halla su entendimiento, sumisa y encadenada la voluntad!

Para el árabe y el moro, la mujer es cosa en lugar de persona; objeto que se posee enteramente, sin serle permitida la facultad de opinar. Por eso, al tratar un desposorio, a la mujer no se le pregunta ni consulta, ni necesita ver al prometido. Se contrata la boda, se dispone de su suerte, y el día prefijado cae en los brazos de un amo despótico, con quien probablemente hace en raptó amoroso el primer conocimiento...

En Tetuán, los festejos de una boda duran una semana justa. Concluido el contrato de matrimonio, que se trata con los padres de la novia, verdadero contrato de compra de la mujer, por la que se paga una cantidad tanto mayor cuanto mayor sea su belleza o más alta la alcurnia de su familia, se hacen los preparativos para la ceremonia y se fija el día de ella. El novio compra las alfom-

bras de Damasco o de Túnez, preciosas alcatifas que han de cubrir los suelos y divanes de la alcoba conyugal. La novia, con parte del dinero recibido, adquirirá los colchones de la cama, las ricas sederías de bordadas flores y anchas puntillas que adornarán el lecho, las mullidas colchonetas que han de formar asiento y cama a lo largo de la habitación, y, además, su ropa interior y sus

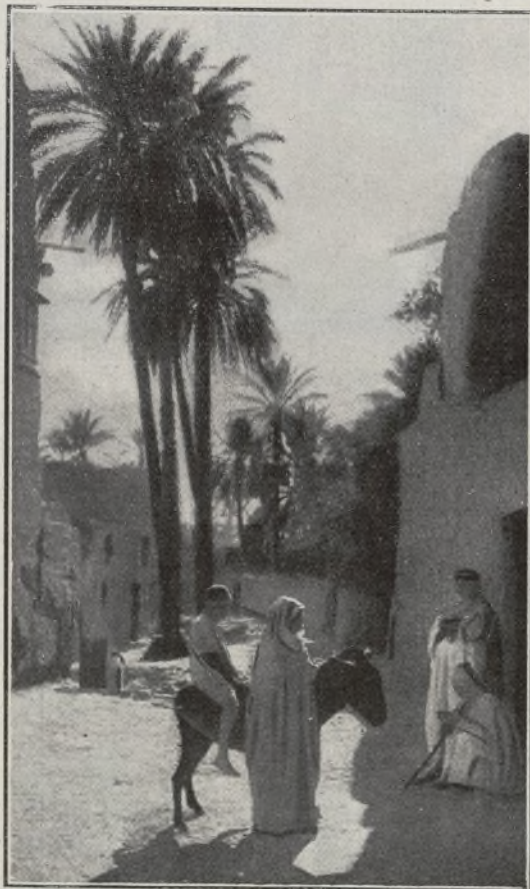
trajes: las camisas (*kamiyas*), de abierta pechera con numerosos botoncitos de seda y anchas mangas postizas de linda gasa; los amplios pantalones bombachos (*sarnal*) que cubrirán sus piernas, los caftanes de variados colores, las transparentes túnicas (*defin*) que visten sobre el caftán, los ricos justillos (*bedaia*) y fajas (*hesan*) de seda y oro para ceñir el pecho y el talle, los finísimos pañuelos (*sebnia*) para el tocado de la cabeza, los blancos lienzos (*tuasen*) para el vendaje de las piernas, y las rojas chinelas y el pudoroso jaique. Todo este almacén de prendas femeninas se guarda en un arca labrada con pinturas y taraceas orientales, arca inmensa que semeja sarcófago cruento, para cerrar con los trajes de boda el alma atezada de la doncella musulmana.

Todo preparado, comienzan las ceremonias con el envío de esta nueva arca de la alianza a

casa del novio. Junto con ella vienen también los colchones y divanes, todos los pequeños muebles propiedad de la que va a desposarse. Siguiendo la tradición, el envío ha de hacerse precisamente en domingo, como día siguiente al sábado, festivo para los moros,

El lunes, martes y miércoles son tres días de fiesta en los domicilios de ambos contrayentes. Los invitados adquieren el derecho de trasladar su vida a esos domicilios, y allí comen, duermen y moran mientras duran los festejos.

A todo esto el novio no conoce a su prometida ni ésta a su galán. Por fin, el jueves tiene lugar la



gran ceremonia. Pasada la media noche se dispone el traslado de la doncella. Antes ha teñido sus manos y sus pies con *alheña* — la planta nupcial —, que dará a su cutis gracioso color y una fresca y deleitosa suavidad. Las amigas se preparan y lanzan al aire los clásicos *uy uy*, agudos y penetrantes gritos que compendian todas las exclamaciones de la mujer y al oírlos nos electrizan, no sabemos con qué extraña impresión, mezcla de dolor y alegría, de admiración y protesta.

A lomos de una mula se halla preparada la singular litera (*siriya*) que conducirá a la novia. Un hermano o próximo pariente la lleva en brazos hasta ella, mientras suenan de nuevo, y esta vez quizá con más modulación de dolor que nunca, los femeninos alaridos.

El cortejo se forma, bien provisto de luminarias y panderos, que acompañan en monótono y creciente son los cantos tradicionales. Con bullicio y algazara recorre las calles principales de la ciudad, y para, por fin, en casa del novio impaciente, que aun no sabe cuál peregrina belleza podrá ser su futura compañera.

Y abrióse la alcoba nupcial... y cerróse otra vez en el misterio de la iniciación...

El jueves, viernes y sábado son días de prueba del matrimonio. El novio descubrirá los encantos de la mujer y gozará de sus gracias. Ella, según tradiciones, debe sujetarse durante esos días al capricho del señor, callada y obediente. Y llegado el sábado, el hombre comunica a los padres de la contrayente que acepta la mujer, y la mujer confiesa, resignada, que soportará al marido.

Hasta que se verifica esta declaración nada hay terminado.

Efectuada la *prueba*, puede el novio repudiar a la mujer si ha caído en su desagrado por cualquier circunstancia. No se le sigue al hombre otro perjuicio que perder la dote consignada en el contrato. También la mujer — aunque nunca sucede — puede desear al marido. Pero para esto tienen que concurrir casos extraordinarios y los padres de ella habrían de pagar crecida indemnización, que fijaría el orgullo sin límites del hombre despreciado.

La mora tetuaní que se casa, sale de un poder y una cárcel para encontrar otro poder más formidable y otra cárcel más terrible. Encerrada en aburrida habitación sin vistas a la calle, sólo les es dado respirar un poco de aire en la elevada azotea cuando el Sol desciende en su carrera y no hay ojos profanos que puedan inquirir su delicada silueta bajo los vuelos del jaique...

En los festejos y reuniones los moros cantan con frecuencia una triste y monótona canción que, oída al son del *yembri* — guitarra de dos cuerdas —, es de un interés excepcional y extraordinario para nosotros.

Esta canción, que titulan *Ya asafi* (los pesares), es simplemente la despedida a Granada, que de generación en generación ha sido transmitida a estos moros de hoy y procede de los que vivieron en España.

El *Ya asafi* causó en mi ánimo, por su significado, melancólica y extraordinaria impresión.

Dice así:

«¡Cómo recuerdo el pasado que hu...



yó! ¡Oh, mi Dios, los días de alegría y placer, las noches dulcísimas!

»¡Ay, Dios mío! Deseo que por tu bondad me permitais volver allá. ¡Oh, Dios mío! Reúneme con la que amo y déjame gozar la paz.

»¡Oh, Tú, que los ojos no ven y que jamás ha decaído en la esperanza de nadie! ¡Oh, Tú, cuyas órdenes son mi réplica y tus juicios insondables!»

Y a cada verso se repite, como lamentación, el notable estribillo:

«¡Oh, moradas de Andalucía que hemos abandonado, no podré olvidaros nunca!»

Mi alma sensitiva se ha contristado al oír cantar el *Ya asafi*. Lloran los cuitados una España perdida, cuando en su tierra natal la fatalidad de los hechos les amenaza con más dolorosa lamentación...

Vicente Valero de Bernabé

EL ESCUDO DE LA VICTORIA



Francia ha hecho construir en conmemoración de su triunfo en la guerra, un escudo, de la misma manera que antaño en el tiempo de los héroes de Homero, de Hesiodo y de Virgilio, reconstruir para consagrar a los Dioses, escudos votivos, donde se cincelaba el poema de la gloria del pueblo triunfador.

El escudo francés, del cual ofrecemos a nuestros lectores la presente fotografía, ha sido construído por el escultor Pablo Landowski y la idea que representan sus figuras, es la siguiente:

En el centro, tres figuras en alto relieve, simbolizan la Igualdad, la Libertad y la Fraternidad. Rodeándolas hay una primera franja en la que se desarrolla los principales hechos de la Revolución y de la primera Republica: la toma de la Bastilla, la noche del 4 de Agosto, la Asamblea Nacional y la Batalla de Valmy. En la segunda banda, se representan sucesos de la actual Republica, desde Gambetta hasta los últimos hechos de la pasada guerra terminando las escenas con la de la glorificación del héroe desconocido. Por fin, los medallones pequeños, resumen las conquistas pacíficas modernas hallándose uno dedicado al Trabajo, otro a la Escuela, otro a las Artes y otro a las Colonias.

UNA BOFETADA HISTÓRICA

Estamos seguros, segurísimos, de que todos ustedes cuando ¡ay! eran muchachos, han jugado a aquello de «¡Que corra!» dando un cachete al de la derecha, éste al otro y así sucesivamente. ¿Verdad que sí? ¡Claro, no podía ser por menos!

Pues a esto jugó un día el duque Carlos Guillermo de Brunswick, y no con muchachos precisamente, sino del modo que vamos a explicar.

Fué ello que este duque y príncipe soberano a la vez, tenía ordenado que los días festivos se cumpliera con el divino precepto, y no se le hizo caso. Resultaba que a la hora de la misa se iban los hombres de cierta aldea a una taberna y allí, tras, iras, bebían como mosquitos.

Un domingo se disfrazó nuestro duque, y se coló a la hora de la misa mayor en la taberna, en la cual se hallaban buen golpe de bebedores. Sentóse junto a ellos en el corro, y a poco, el que

estaba a su izquierda le alargó un jarro lleno de vino diciéndole:

—¡Que corra!

Carlos Guillermo bebió un sorbo y entregó el jarro al hombre de su derecha diciendo el consabido:

—¡Que corra!

Y así sucesivamente.

Pero ¡guay! tan pronto como el jarro dió la vuelta, el monarca que tenía malas pulgas, se quitó el capote que le cubría, y las barbas postizas que le desfiguraban y quedaron los bebedores horrorizados al ver ante ellos a su soberano.

El cual soberano, sacudiéndole una apocalíptica guantada al socio de su derecha, dijo con voz temible:

—¡Que corra!

El cual socio le soltó otra guantada no menos apocalíptica al de su derecha, y este al otro y así sucesivamente.

Reasumiendo—Como dice cierto ex-ministro—que Carlos Guillermo con una sola guantada, abofeteó a cuarenta y tantos individuos.



ESCENAS DE CAMPAMENTO



::: LA PARTIDA DE POKER :::

De todos los campamentos recorridos durante mi estancia en Africa, ninguno se me parece ahora tan simpático como aquel del *Zaio* en la zona de Melilla, y el tiempo y la distancia parecen poner un prestigio ideal sobre aquella posición que, aun creo estar viendo, con sus dos montículos coronados de blancas tiendas que semejaban a lo lejos montoncitos de arena diseminados regularmente. Hacia el Sur, la llanura enorme, abrasada por un sol implacable y más lejos, cerrando el horizonte, la enorme barrera de los montes de la zona Francesa y el curso del Mulya que se adivinaba por los árboles que al bordearlo, parecía una nota de lozanía en la llanura monótona.

En el campamento los días se deslizaban lentos e iguales y, salvo el servicio de convoy, la vida era relativamente descansada. De noche se hacía el cuarto que correspondía y aquellas tres horas pasaban lentas e interminables. Con paseos arriba y abajo, entre el parapeto y la alameda, íbamos consumiendo los minutos que desfilaban despaciosamente... En frente el campo se extendía misterioso, turbado de tarde en tarde por los aullidos de los chacales que rondaban el campamento, husmeando los desperdicios y atraídos por el olor de las cuadras, donde se agitaban inquietos los caballos. En los ratos de ocio se leía, se murmuraba y sobre todo se refa, se refa siempre porque allí había un humor a toda prueba que pronto prendía en los oficiales que llegaban a la posición, aun cuando se tratase de seres fúnebres, de esos que, según ha dicho alguien, ven el mundo a través de una lágrima.

Por las noches, solía organizarse una partida de *poker* que empezó siendo modestita; pero luego llegó a tener humos y seriedad. Entre los habituales de la partida se encontraba el Teniente L..., muchacho excelente de carácter franco y abierto que no tenía más defecto que cuando perdía, cosa que ocurría con harta frecuencia, siempre subrayaba las pérdidas con exclamaciones que iban en aumento a medida que aquella se hacía mayor. Comenzaba diciendo entre dientes ¡*vamos, esto empieza bien!* al iniciarse la fuga del resto, seguía con un ¡*Bueno, sacaremos más dinero para que se hinchen Vds.!* y de ahí en adelante, ya venía todo el repertorio de frases explosivas y pintorescas que no tomábamos a mal, a fuerza de oírlas y por tratarse de un desahogo. Una tarde llegó con el convoy el capellán del Regimiento recientemente destinado. Aquello era un acontecimiento que rompía la monotonía del campamento, las repúblicas se disputaron el honor de convidarlo a cenar y tras la cena se organizó la acostumbrada partidita. El pater silencioso, seguía de mirón los incidentes del juego y uno de los jugadores le iba explicando la marcha del

mismo, pues tenía deseos el pater de conocer el *poker*. Poco a poco, la partida que empezó lánguida se fué animando y el Teniente L..., comenzó como siempre a perder; pero esta noche mucho más rápidamente que otras: dinero que sacaba del bolsillo, era dinero que desaparecía velozmente absorbido por otro resto mayor, verificándose prácticamente la ley de atracción de las masas. Ya había L..., lanzado sus primeras exclamaciones; preo hoy introducía entre ellas una ligera apostilla diciendo: ¡*es el último día que me enganchan Vds. para jugar a este cochino juego!* ¡*Precisamente con las ganas que tenía de acostarme!* (Hay que advertir que el Teniente L..., era el que, aquella noche, como las demás, había organizado la partida) Sacó luego un billete del bolsillo y gritó con voz tonante mostrándolo a los jugadores ¡*es el último dinero que pierdo en toda mi vida!* El ruido se hizo ensordecedor porque los desahogos de L..., iban acompañados de carcajadas de jugadores y mirones que encontraban aquello divertidísimo. Únicamente el cura permanecía serio y silencioso, observando el juego. De pronto L... perdió su dinero en un *corps a corps* desgraciado y sin reparar en el pater, ni en nadie, soltó algo enorme, bárbaro e inverosímil que no era precisamente una plegaria y tras dar las buenas noches, tranquilamente se fué a acostar.

Todos nos quedamos desolados y a hurtadillas mirábamos al capellán que seguía impassible como si nada hubiera oído. La situación era embarazosa, se presentaban risas mal contenidas, y nadie se atrevía a romper el silencio, hasta que un jugador que se las echaba de diplomático queriendo arreglar aquello, se dirige al pater y le pregunta muy serio ¿Se va Vd. enterando como se juega a esto? Aquella pregunta, que parecía referirse a los exabruptos de L..., fué la gota que hizo desbordar el vaso de la mal contenida hilaridad y todos contagiados con una risa explosiva, escapamos ahogando las carcajadas y dejando al cura atónito y creyéndonos locos o por lo menos desequilibrados.

Luego resultó que aquel capellán, que parecía un hombre más serio que un paraguas, era un guasón de los más simpáticos, que perdonó las carcajadas y desahogos y fué uno de los más asiduos a la partida de *poker*, teniendo que aguantar de mirón al Teniente L..., quien se cortó definitivamente la coleta y se limitaba a decir invariablemente cuando el pater perdía algún resto. ¡*Lo mismo me pasaba a mí, cuando jugaba!* Y los otros jugadores repetían a coro con voces cavernosas: ¿Se va Vd. enterando como se juega a esto?

AMÉRICO TOMASI





EL LOBO PADRE

POEMA
EN CUATRO CANTOS

En la oscuridad de una peña
donde un fapiz de lianas la luz roba,
una mañana, tibia y abrilena,
ha parido la loba.

Tiene seis lobeznitos, seis figuras
de ébano y marfil, seis esculturas
carnosas y vivientes;
crespo el pelambre, ya, de la cabeza,
la loba... ¡gran preludio de fiereza...!
sonrosada, suavísima y sin dientes.
La madre, en la penumbra de la nueva,
embriagada de amor yace tendida,
mientras la prole nueva,
con afán se arracima y se subleva,
disputando las fuentes de la vida.

En la rocosa puerta
que de jaras en flor está cubierta,
del lobo se divisa la silueta;
apoyadas sus patas delanteras
en una peña escueta,
afisba los azules horizontes,
los valles, las praderas,
la soledad angusta de los montes,
con su pupila húmeda e inquieta.
No llegan a sus oídos otros rúmore
que el chocar de los besos que a las flores
dan las brisas tranquilas.
Toda la santa paz de Primavera
llega a su rudo corazón de fiera
y fulge en el cristal de sus pupilas.

**

Un día llegó el lobo, de mañana,
con una res de inmaculada lana
entre sus dientes afilados presa.
Miró a través de la cortina espesa
que ocultaba su cueva; estaba el cielo
feñido en mil colores...
—Oro, nácar, turquesas y carmines...—
No se oía el gritar de los pastores
ni el ladrido cruel de los mastines;
sintió tranquilidad, perdió el recelo
y, como una madeja,

deposító la temblorosa oveja
de la caverna en el musgoso suelo.
Ya la presa dispuesta de esta suerte,
intentó darla muerte,
mas al clavar sus garras afiladas
sobre la blanca víctima inocente,
la oyó quejarse, queda y tristemente,
cerrando sus pupilas resignadas.
Y el lobo, se detuvo, sorprendido,
en lo más hondo de su pecho, herido...
¿Quién sabe si a una madre mataría
y es su prole la causa de su queja?...
Mas entonces gruñó la hambrienta cría
y ya no dudó más... ¡Mató a la oveja...!

**

Juan, el pastor, ha salido
de su rústica cabaña,
su cabaña que es un nido
de humano Amor, construído
con barro, cal y espadaña.

Su cabaña que guarnece
la fronda espesa de un huerto
que está eternamente abierto
y que ahora un vergel parece
de plantas en flor cubierto.

Deja el pastor a su esposa,
buena y fiel como ninguna,
y, de su amor primer rosa,
un querubín que reposa
plácidamente en su cuna.

Hay amor en la enamada,
hay amor en la pradera,
que, en la mañana azulada,
con su mano sonrosada
sembró amor la primavera.

Juan, el pastor, ha salido
para castigar un robo.
Una oveja se ha perdido,
Juan sabe quien la ha cogido,
tiene la pista del lobo...

.....



Y cuando el lobo padre retornaba
 en pos del dulce amor de su caverna,
 rendido de buscar el día entero
 el alimento de su prole hambrienta
 que, armada ya de dientes,
 ha tiempo desdeñó la ubre materna,
 cuando llegaba, herido por las zarzas
 y, las agudas púas de la selva
 lanzó un ahullido horrible y se detuvo
 en el umbral de su guarida estrecha.
 ¿Sabéis lo que vio el lobo
 en la plácida calma de su cueva...?
 Vió a la madre amorosa
 tendida, inmóvil, desangrada, muerta...
 Y en torno sus lobeznos,
 muertos también, hendidas las cabezas
 bajo el peso terrible
 de unas enormes y sangrantes piedras...

.....
 El lobo miró al cielo y un ahullido
 lúgubre y triste, resonó en la selva.

.....
 Agachado, arrastrándose
 como un reptil taimado por las quiebras,
 el lobo padre marcha
 buscando los caminos de la aldea.
 Con su hocico fruncido
 olfatea la ruta de unas huellas,
 ¡Vá en busca del ladrón de su ventura...!
 ¡Ya tiene el rastro de la Humana Fiera...!

* *

Se acercaba la noche, el horizonte
 de carmín se teñía,
 cual si en la verde cúspide del monte
 se desangrara el corazón del día.
 Tomaba el campo palideces bellas,
 con su corte de estrellas
 sobre su trono azul, brilló la luna,
 y su aliento de plata y de cristal
 descendió a un huerto en flor, y halló una cuna
 bajo el dosel divino de un rosal.
 Juan, el pastor, cuidando está el ganado.
 Su mujer, Isabel, se halla al cuidado

de la cena frugal, pero sabrosa.
 En el huerto hay tal paz, que se oíría
 el suspiro amoroso conque al día
 despide en su rosal alguna rosa.
 Al lado de la cuna se han movido
 quedamente las matas,
 suena un ligero ruido,
 unas malvas lozanas han gemido
 tronchadas bajo el peso de unas patas.
 Después, abriendo un hueco en la maleza,
 junto al niño risueño,
 como una pesadilla de su sueño
 aparece del lobo la cabeza.
 Viendo al niño inocente
 crece su sed terrible de venganza,
 tan cerca está de él que solamente
 con extender las garras, ya le alcanza.
 Recuerda entonces la terrible escena,
 y unos fantasmas rojos
 con sombras de rencores y de pena
 oscurecen la lumbre de sus ojos.
 Se vá a lanzar a él, y en este instante
 oye pasos; detiéndose, anhelante,
 se oculta de las frondas en la entraña,
 queda el portillo de cañizo abierto,
 y cruzando el umbral de la cabaña
 la madre, todo amor, entra en el huerto.
 La vió el lobo pararse junto al niño,
 mirarle con dulcísimo embeleso,
 y por no despertarle, con cariño
 en el aire dejar un tierno beso.
 La vió junto a la cuna, dulcemente
 el sueño de su hijo contemplando
 y después, quedamente,
 volver a la cabaña, suspirando.

.....
 Miró el lobo a la luna, que con plata
 pincelaba la paz del horizonte,
 se enjugó *no se qué* con una pata,
 lanzó un ahullido... ¡y se internó en el monte...!

Narraciones castellanas

EL BUEN AMOR

I

Dolencias del alma que dejaron mi salud harto quebrantada, lleváronme a reposar en tierra de Castilla. Mi padre, castellano de pura cepa a quien los embates de la vida habían alejado de la tierra natal, y proporcionado en otro lugar mejor fortuna, guardó siempre en su corazón preferente amor hacia la patria chica, y muy seguro de que en aquel lugar había yo de sanar de mis dolencias y melancolías, me indicó su deseo de que pasara una temporada en la casa solariega que aun conservaba. Acepté de buen grado, tanto por obediencia al paternal mandato, como por apartarme de un lugar donde los recuerdos de continuo me torturaban.

Algo hizo la tranquilidad de la vida pueblerina en pro de la serenidad de mi alma, pero no sólo fué debido el milagro a la paz bucólica del ambiente, sino que unos hermosos ojos de mujer; hubieron en ello gran parte.

Frente a la casa de mi padre y extendiéndose en dirección al río, existía una hermosa huerta, cercada de mampostería hasta un metro de altura, sobre cuya cerca la Naturaleza había superpuesto otra de zarzamora para regocijo de los chicos del lugar.

En el centro de la huerta se hallaba situada la casa, y dueño de todo ello era D. Pedro Rivalla y Escudero, gran amigo de mi padre, allá en sus mocedades. Juntos aprendieron las primeras letras, juntos hicieron el servicio de las armas y mientras mi padre le continuaba voluntariamente, retornó D. Pedro al lugar, donde poco después contrajo matrimonio.

No fué ciertamente muy afortunado en su nuevo estado, ya que su esposa murió al poco tiempo, dejándole dueño de una modesta fortuna y el cuidado de una niña, habida en el matrimonio.

Sirvióme el antiguo conocimiento para internarme en la casa con gran gozo de sus habitantes, y en la huerta pasaba las horas acompañado

de mis libros favoritos, mas presto dejé las lecturas con que me solazaba durante las primeras semanas de mi estancia en el lugar, y de momento no volví a emborronar cuartillas en las que siempre gusté de hilvanar versos cantando a lo humano y lo divino.

Debióse este repentino cambio a que Marta, la joven hija de mi vecino, me hacía el regalo de su compañía.

Fué primero una hora de conversación que no tardó en quedar convertida en sesión permanente. Había entre nosotros un punto de unión que me hizo sentir hacia la huerfanita, aun antes de conocerla, sentimientos de cariño: acababa yo de perder a mi madre y aquella igualdad en la desventura fué el primer eslabón de la dulce cadena que a ella había de sujetarme.

Niña, niña, la llamaba, y no es que su juventud me autorizara a ello. (ya que en las veinte primaveras frisaba), sino que tal era a mi juicio su inocencia, que era aquel nombre el que mejor le cuadraba.

Jamás en el mundo había yo contemplado figura tan hermosa de mujer. Semejaba una Virgen de Murillo, transplantada al huerto de la vida.

Sus ojos negros, rasgados, eran imán que atraía a mi juventud esperanzada y su boca diminuta, parecía en su rostro moreno, más moreno aún por el aire y el sol, una sangrienta rasgadura, que al sonreír mostraba una hilera divina de menudos dientes.

Tratábame con fraternal afecto, y algunas veces dejaba abandonada su manecita sedosa entre las mias, que hallaban gran contentamiento en jugar con sus dedos.

Cierto día mi obstinación hizo que las zarzas marcaran en mi mano violento arañazo.

Juzgándose culpable de tal desavío, aplicó sus labios a mi herida y al hacerlo sentí que una embriaguez, un deleite sin nombre, se adueñaba de



todo mi ser, y cien veces me halagara herirme, si otras tantas recibiese tan espléndido galardón. Aquel mismo día arrebaté de sus manos un melocotón que con sus dientes acababa de herir y mordí en el mismo lugar con singular fruición.

Reía ella de tales niñerías, y a mí me parecía que cada vez estaban más cerca nuestros corazones...

... Una tarde sentado a su lado leía yo en voz alta un libro de poesías, que ella escuchaba complacida. Llegado el crepúsculo cerramos el libro. Echábase encima la noche, y aún resonaban en nuestros oídos la música, el ritmo de los últimos versos leídos.

... que dulce encanto
tiene el amor con el sabor del llanto...
que dulces embelesos
las lágrimas sorbidas por los besos...

cuatro versos en los que está sin duda vertida el alma de Ricardo León.

Hablaba el ambiente de amor, de ese amor humano y divino a la vez que une las almas y los cuerpos. Y con esta sensación metida dentro de mí ser con el alma y la vida la hablé así:

«Marta divina, Soberano del mundo quisiera ser para poder ofrecerte mi trono. Dueña eres de mi corazón, como lo serás de mi vida, si te place. Dolido y triste llegué a estos lugares, y hoy, gracias a tí, tengo alegría, ilusiones, ansias de vivir una vida dedicada a tí. Nada soy, nada valgo en el mundo, pero escuchame bien.

Todos los hombres poseemos un tesoro que de saber servirnos de él es seguro la consecución de nuestros sueños. Este tesoro es la voluntad, pero para que la voluntad del hombre no flaquee, precisa saber, que unos ojos de mujer le iluminan en la lucha, y vigilan sus pasos esperando anhelantes el final de la jornada. ¿Quieres que sean tus ojos los que iluminen mi vida?...

... La ví ponerse pálida, bajar los ojos, y sentí temblar la seda de sus manos que entre las mías abandonadas estaban.

... Y después de esta escena, aquella figura que tan cerca de mí veía envuelta en un nimbo de amor, de virtud y de ventura, desapareció de mi lado para siempre.

II

Al día siguiente no la ví. Hallé a su padre en el huerto, y al preguntarle por Marta contestóme un tanto displicente que se hallaba enferma, y aún me pareció notar en él cierta frialdad...

Pasaron varios días sin volver a verla y en ellos me convencí de que se pretendía hacerme el vacío, y de que no se me ponía en la puerta porque se me había abierto sin llamar; pero comprendí que se deseaba no volviera por allí, como así lo hice.

Faltábame averiguar si la voluntad del padre era también la de Marta, y a este fin la esperé un domingo en el templo.

Púsemme en lugar cercano a ella, y pude observar un innato afán de hacer como que no me había visto.

Hícame el encontradizo a la salida y al llegar a mí volvió el rostro, con lo que ya no tuve duda.

No acertaba a explicarme la razón de aquella sinrazón, y cabizbajo me hallaba en ello pensando, cuando al volver hacia mi casa un día encontré en mi camino dos mujeres, que apenas habrían adelantado dos pasos de mí cuando las oí murmurar:

—Estos señoritos se creen que porque son de Madrid tienen derecho a llevarse las más ricas del pueblo.

Algo comencé a vislumbrar de lo pasado, y dolióme grandemente aquella suposición. Me había cautivado la hermosura de la mujer, no el caudal de la heredera, caudal cuya existencia ignoraba; y aquellos pensamientos llenos de ruindad que ya me parecía leer en todos los semblantes, me inspiraban repulsión infinita.

El maestro de escuela del lugar, con quien conversar solía paseando por el camino real, gran conocedor de la vida y milagros de los habitantes de aquel lugar, me aclaró el misterio.

—Desconocías, me dijo, que D. Pedro Rivalla y Escudero posee la fortuna mas grande en cincuenta leguas a la redonda, y esta fortuna, que según malas lenguas, ha sido reunida mediante no muy limpias artes, ya que la voz popular le moteja de usurero y le acusan de no ser muy escrupuloso en los negocios, le ha hecho tan indispensable, que hoy es la persona más influyente del distrito. Buen calculista, tendrá sus proyectos acerca del futuro porvenir de Marta y, comprenderás, que había de hacerle muy poca gracia que le desbaratases sus planes. Seguramente Marta, habrá sentido hacia tí igual afecto e inclinación, pero buena hija que nada hace sin consultar a su progenitor, le habrá confesado su naciente sentimiento, y un padre siempre tiene argumentos para convencer a una hija, máxime, cuando seguramente D. Pedro opinará que te atrae el interés; siempre sueña el avaro con que le roban su oro.

Esa es la clave. Tu hablabas en futuro y aquí es preciso hablar en presente.

Yo no sé la causa, acaso sea por atavismo de la raza, pero en este terruño para los matrimonios no precisa la mutua correspondencia en los afectos, no precisa el amor; cuéntanse primero las yuntas que posee cada uno de los futuros cónyuges y el amor ya vendrá después, pero mientras llega, le esperan comiendo: profesan la idea «de que no hay amor más grande y duradero que el que nace de una conveniencia o necesidad, engendrado por una idea de interés» y acaso estén en lo cierto. Sé de matrimonios de amor cuya felicidad acabó con la primer ilusión: me dirás que no sería verdadero amor, pero a eso te contesto, que cualquiera sabe si la primer ilusión es o no la definitiva.

Estos en cambio no se deshace ninguno. Como no tuvieron ilusiones no las pierden, y como están unidos por un egoísmo y éste subsiste siempre, son felices a su manera.

No ha muchas noches oí lamentarse a madre e hija de que el esposo y padre era impasible, hu-

raño a las caricias, y el hombre que no andaba muy lejos, metió baza replicando:

— ¡Caricias, caricias! ¡Fanegas de trigo es lo que yo necesito!

— Ten, pues, la seguridad de que Marta, a pesar de la fama de su padre, por una de esas maquiavélicas combinaciones tan frecuentes aquí, casará con el hijo de quien más le odie, y antes de saber si los muchachos se quieren, entrambos padres planearán la boda y contarán las yuntas..

III

Jamás amor tan bueno y honrado halló muerte a manos tan villanas...

No fué indignación, fué asco, repugnancia lo que mi alma sintió, y huf de un lugar, donde tan ruínicamente se juzgaban los más nobles sentimientos

... Pasaron algunos años, y en mi peregrinación por la vida hallé justa compensación a tan triste desengaño.

Los ojos de mujer con que soñaba vinieron a mí, y esta vez llegaban unidos a un alma leal y desinteresada que traía por inseparables compañeras tres virtudes esenciales para conseguir «el buen amor»: Fe en mí,

Esperanza en una mañana venturosa y Caridad para ampararme y consolarme en las horas amargas.

¡Híceme abogado y algunos pleitos de resonancia en que me acompañó la fortuna, dieronme fama y algún dinero...

No he de ser tan necio que crea que mi fama pasó las fronteras; pero sí he de afirmar que llegó al pueblo de C... bien corregida y aumentada.

A buen seguro que el primero que de ello tuvo conocimiento, contóselo a un segundo, quien por vanagloriarse de que sabía más que el anterior me calificaría como el mejor abogado de España, y así rodando la bola llegaría al último ignorante que me haría Arcipreste de las Indias...

Por entonces recibió el autor de mis días una carta del padre de Marta, en la que a vuelta de felicitaciones y de enumerar su fortuna intercalaba el siguiente párrafo:

«No he de negarte, mi regocijo si pudiéramos

llegar a una unión de entrambas familias a base del matrimonio de Marta y Enrique. El parece que hacia ella siente natural inclinación, y a ella creo no le es indiferente.

»Para defender los intereses de la comarca precisamos un hombre de talento, y siendo esta circunstancia en él bien probada, en las próximas elecciones podríamos sacarle diputado por el distrito.»

Acogió mi padre la idea con notoria complacencia, indicándome la conveniencia de tal enlace. A mí no sé que me indignó más, si el primer desengaño o la ruindad de la nueva ofensa al suponerme capaz de tamaña claudicación tras la absurda negativa primera...

Frente a los dos senderos que la vida ante mis ojos mostraba, uno a cuyo final estaba Marta, y comenzaba en la riqueza, pero que para tomarle había de seguir la línea quebrada cometiendo una villanía, y otro en que brotaban flores de humildad entre las que rodeada me esperaba la que tuvo en mí y para mí, Fe, Esperanza y Caridad, mi alma no vaciló: siguió el segundo camino, «el del buen amor» obedeciendo los dictados del corazón y como si los ojos que iluminaron mi vida hubieran pretendido investigar en el fondo de la conciencia mi designio, sentí el peso de su mirada sobre mí y como en sueños murmuré:

«Alma no temas... mi vida es tuya».

Y hoy al ver en mi hogar humilde dos pequeños, hermosos, rubios y sonrosados que se abrazan a mis piernas y alborotan la casa con sus risas y chillidos, bendigo el desengaño y me abrazo a la verdad resplandeciente.

Eugenio M. Ovejero

Santander Septiembre 1920.





Cartas de un soldado

¡Albricias, amigo Pedro! La ola roja que amenazaba envolver a España, parece que se va deshaciendo, y sólo ya su última espuma de sangre pone un velo de tristeza en nuestras capitales. Ha bastado un poco de energía, para contener y anular por el momento, sus devastadores efectos. Pero hay que mantenerse alerta. Esa ola roja, se compuso en el temporal desencadenado que pretende barrer los cimientos del mundo, y puede repetirse con fuerza centuplicada.

Para afirmar en contra de ella nuestras buenas intenciones hemos llenado este mes de fiestas patrióticas. Los artilleros han celebrado grandes festejos en honor de Santa Bárbara y los infantes han demostrado como nunca, su culto a la Purísima. Antequera la Patria del Capitán Moreno, ha verificado con gran solemnidad el descubrimiento de la estatua del héroe: y con unos y otros motivos, la palabra Patria ha hendido los aires mil y mil veces entre juramentos de abnegación y sacrificio. ¿No encuentras en todo ello una promesa segura, para el porvenir de España?

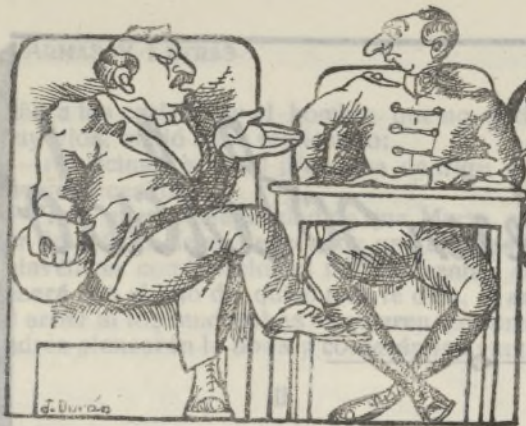
Nuestros hermanos de Marruecos siguen triunfantes su labor pacificadora. En Melilla, la indómita cabila de Beni-Said ha rendido por fin su legendaria fiereza, y sin disparar un tiro, nuestra bandera ha sido clavada en el pico más alto del Monte Mauro. Los cabileños han devuelto el cañón del Concha con el que tardíamente quieren hacer un regalo a nuestro Rey... La región de Melilla, está a la fecha, dominada por completo. Ahora falta Alhucemas.

Y al tratar de esto, no puedo callar lo de las recompensas. ¿Ha pensado algo acerca de ellas nuestro flamante y civil ministro? Porque, no basta publicar un decreto diciendo como va a ser fundida la medalla militar... Hay que hacer algo más...

Se habla de un nuevo plan de reclutamiento. Hay quien ha anunciado que quizá volviera a implantarse la redención en metálico. ¡Cuidado, señores, cuidado! ¿Queréis modificar la ley de reclutamiento? Juan Soldado, pensando en su Patria, os va a decir en dos palabras en qué puede consistir la preparación, y en qué la esencia del mejor proyecto. Para la preparación, construir rápidamente, llegando para ello si hace falta, a un especial empréstito, cuarteles confortables que sustituyan a los actuales alojamientos. Y después, sin vacilaciones, ni dudas, implantar en toda su fuerza el servicio militar obligatorio, en servicio de dos años, sin redenciones ni cuotas, haciendo que nobles y plebeyos, intelectuales y obreros, todos juntos, vivan en el cuartel, sirviendo las virtudes de unos para anular las equivocaciones de otros y formar con su mezcla el núcleo defensor de nuestra grande España.

Hoy me he sentido serio. Perdona la lata amigo Pedro, en gracia a las buenas intenciones que animan a

JUAN SOLDADO



ANÉCDOTAS Y CURIOSIDADES

lo más importante del mecanismo de sus coches
automóviles.

El boxeo o pugilato, puesto que ambos nombres designan la lucha con las manos, es uno de los ejercicios más antiguos que ha practicado la humanidad. Entre los romanos, los pugilistas llevaban las manos armadas con el *cestus*, especie de manguito de cuero reforzado de plomo o de hierro. Este deporte atlético era en Grecia al principio privilegio exclusivo de los hombres libres, pero gradualmente se convirtió en una profesión que adoptaron muchos esclavos, y perdió todo su prestigio.

En los tiempos modernos Inglaterra se considera como la patria del boxeo; sin embargo, sólo data del tiempo de Alfredo el Grande, en el siglo IX; la edad de oro de este deporte como profesión, data de la época en que subió al trono la casa de Hannover.

El gran Tamerlán, Khan o rey de los tártaros, fué el primero que en el siglo XIV empleó la bandera negra. Este rey sanguinario, cuando tenía sitiada una ciudad durante algún tiempo y sus habitantes no se rendían, mandaba izar una bandera negra en su puerta para proclamar que había pasado el tiempo de espera y que iba a procederse a la destrucción de la ciudad. Según todos los datos recogidos, parece ser que no se ha empleado la bandera negra antes de aquel tiempo.

En los cuadros que representan ejecuciones antiguas no se encuentra dicha bandera; de modo, que es imposible precisar cuándo se adoptó en algunas cárceles para indicar al público que la sentencia de la ley había sido ya efectuada.

El autor de la locomoción automóvil fué un José Cugnot, de Lorena, que vivió de 1725 a 1804.

En 1770 José Cugnot construyó su primer vehículo automóvil de vapor, e hizo las pruebas en presencia de M. Choiseul, entonces ministro de la Guerra; del general Gribauval y de infinidad de personas de ciencia. Los ensayos fueron satisfactorios, pero no obstante hubo que corregir algunos defectos.

Al año siguiente se repitieron los ensayos con un nuevo coche; y en vista del resultado que dieron, se concedió a Cugnot una pensión de mil francos para que siguiera perfeccionando su invento, pero al poco tiempo murió, llevándose a la tumba algunos de los secretos que constituían

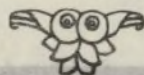
Cuéntase que Launcelot Blackburne, que fué hecho arzobispo de York en 1724, había sido pirata en sus primeros tiempos. En su juventud vivía en Cambridge, y era tan travieso que no podía hacerse carrera de él. Un día cogió un violín que había en casa de su tutor y se marchó a Londres, donde vivió poco tiempo, pidiendo limosna. Después se embarcó como grumete a bordo de un buque que fué capturado por el barco pirata *Black Broom*, que mandaba el temido Redmond llamado el *Mano Roja*. Blackburne se captó las simpatías de la tripulación y del capitán del buque pirata y permaneció a su lado largos años, al cabo de los cuales, habiendo fallecido Redmond, Blackburne fué elegido capitán. Después de haber adquirido una gran fortuna en la piratería, volvió a Inglaterra, y lo primero que hizo fué ir a Cambridge a devolver el violín que había robado a su tutor y del cual nunca se había separado.

Sir Robert Walpole, estadista, que estaba entonces en el poder, comprendiendo que el dinero del pirata iba a serle útil, logró que se le confiriera la dignidad de arzobispo de York.

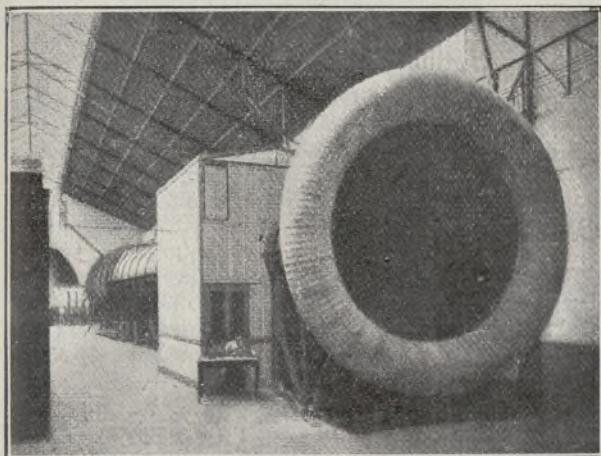
En el antiguo Egipto, hace cosa de cinco mil años, podía dedicarse libremente a robar todo el que lo tenía por conveniente, sin más condiciones que la obligación de inscribirse en un registro que llevaba un jefe especial y de entregar a éste el fruto de todos los robos.

Cuando una persona echaba de menos un objeto y comprendía que se lo habían robado, no tenía más que reclamarlo al jefe de los ladrones, y mediante el pago de la cuarta parte de su valor, le era restituido inmediatamente.

Esto no quiere decir que Egipto fuese un país poco seguro; había allí una policía muy bien montada y un cuerpo análogo a nuestra guardia civil, compuesto de extranjeros, a fin de que los lazos de familia o de nacionalidad no les impidiesen cumplir con su deber; pero la misión de estas instituciones consistía solamente en conservar el orden dentro de las poblaciones y perseguir a los asesinos y a los culpados de sacrilegio. En cuanto al robo, si las leyes no lo autorizaban, por lo menos lo toleraban abiertamente.



Un laboratorio para los barcos de aire



Fuelle grande o tunel del laboratorio aerodinámico francés, que sirve para determinar la resistencia de los materiales contra el viento y las formas más convenientes de modelos de aeroplanos.

La aviación militar francesa, dispone de un interesante establecimiento, que sirve como de laboratorio para ensayo de materiales y modelos de aviones.

Los aparatos de que dispone el Instituto para sus ensayos o indagaciones aerodinámicas comprende tres grupos principales: los fueles, los carrozcos eléctricos y la balanza aerodinámica.

Con fueles de diferentes secciones, se estudian de una manera exacta, modelos reducidos de aviones haciendo obrar sobre ellos una corriente de aire.

Así determinan exactamente las condiciones del derramamiento del aire, la resistencia al avance de los cuerpos torneados, el funcionamiento de los indicadores de velocidad, anemómetros, etc. En principio, se somete con ayuda de estos dispositivos el objeto en prueba, a una corriente de velocidad conocida y como este cuerpo está fijo a una balanza especial, se puede determinar la acción del aire sobre él, y su resistencia propia.

El diámetro del fuele mayor, del cual publicamos una fotografía, mide dos metros y se obtiene una gama de velocidad que varía de 5 a 45 m. por segundo. Para conocimiento del lector curioso damos a continuación la composición de este fuele, que está formado:

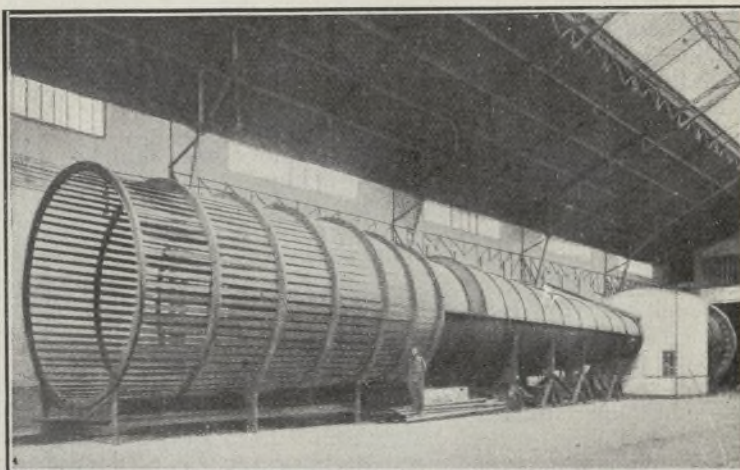
1.º Por un colector que reúne

en la entrada de la cámara una masa de aire lo suficientemente grande para aumentar la corriente y donde comienza la orientación paralela de las ráfagas de aire;

2.º Por una cámara de experiencias en la que se ejecutan las medidas. El aire que entra en esta cámara se convierte en paralelo merced a la interposición de un filtro o enrejado cuya profundidad alcanza 15 cm. Este filtro produce ligeros torbellinos, cuyo espesor no es despreciable, pero las medidas se hacen en la parte trasera de la cámara de experiencias, en una zona en la que el aire no hace torbellinos;

3.º Por un difusor, o largo como divergente prolongado exteriormente por una parte de madera;

4.º Por una hélice de seis palas. Un motor de 120 caballos acciona esta última que, haciendo el papel de ventilador, aspira el aire del vestíbulo para enviarlo al colector de entrada. La corriente alcanza su máximo de velocidad en la sección estrecha de la cámara de experiencias donde se mantiene una presión inferior a la altura barométrica, y a la salida pasa por el difusor, que tiene por objeto transportar el aire a la presión ambiente; por esta causa, el trabajo del ventilador se halla reducido en ese valor, lo que economiza, aproximadamente, los $\frac{2}{3}$ de la potencia motriz necesaria para los ensayos. La evacuación se verifica en toda la longitud del tunel, por medio de aberturas colocadas según las generatrices. En medio de la cámara de experiencias está un brazo móvil de la balanza aerodinámica. El modelo a probar se fija en la extremidad del balancín, en el centro del túnel.



Vista lateral del fuele.—La corriente de aire que produce una hélice colocada en el extremo, después de ejercer su acción sobre los modelos colocados en el interior, se diluye por el enrejado del final del tunel.]

La balanza se compone de dos sistemas de paralelogramos unidos entre sí, pero independientes desde el punto de vista de la medida de los esfuerzos horizontales y verticales a que está sometido el avión en miniatura. Descansa sobre un carromato de bronce fundido con cuatro morrillos que permiten su fácil traslado sobre dos carriles perpendiculares al eje del túnel y cuatro gatos destinados a levantar el carromato y a inmovilizarlo en una posición rigurosamente horizontal en el momento de utilizarle.

Sobre este carromato van fijos los bastidores verticales portadores de los puntos de apoyo del sistema móvil, formados por una serie de palancas de acero de sección en cruz o tubulares según el trabajo a que están sometidos (flexión, compresión o tracción); chapas provistas de juegos de ruedas las unen entre sí.

El enrejado intermedio es de aluminio y forma una unión rígida entre los dos sistemas de paralelogramos. El barrote superior es de acero de forma de T y permite la fijación de la espiga vertical que prolonga por sí misma una pieza de poco espesor a la que se une de una forma rígida el modelo en ensayo por medio de bielas regulables.

Las experiencias aerodinámicas se prosiguen con este fuelle, de la siguiente manera. Una vez regulado el modelo a un ángulo determinado sobre la horizontal y las agujas de los cuadrantes de impulsión y de arrastre puestos en cero, dan a la corriente de aire la velocidad deseada que el observador lee en un manómetro de alcohol combinado con la presión estática de la cámara de experiencias y que un cálculo muy sencillo, teniendo en cuenta la temperatura y la presión ambiente, permite la evaluación en metros por segundo. Pero colocados en los platillos respectivos equilibran los esfuerzos de forma que las medidas se efectúan simultáneamente.

Con el fuelle grande del Instituto aerotécnico y su balanza, se han seguido interesantes pesquisas sobre los modelos de aviones y sobre los perfiles de alas.

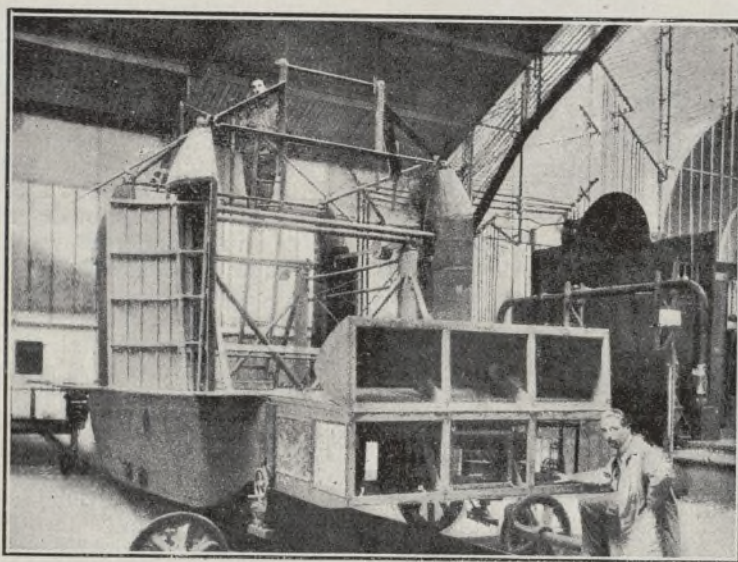
Otra máquina interesante del laboratorio es el *carro eléctrico*; se halla compuesto de plataformas que andan a gran velocidad sobre una vía de 1.400 metros de longitud. Uno de ellos, concebido especialmente para el ensayo de aviones

de tamaño verdadero, es, tan solo, una balanza aerodinámica que se desplaza contra el aire inmóvil; registra acciones comparables, aunque contrarias a las medidas por el método de los fuelles. El otro permite estudiar el rendimiento de las hélices aéreas.

El primer carromato, llamado *dinamométrico de superficies*, comprende una plataforma movida por un motor eléctrico de 120 HP. y con una superestructura formada por una balanza aerodinámica sobre la cual se fijan diferentes modelos de fuselaje de aviones provistos de un tren de aterrizaje, o de cualquier otra superficie.

Para realizar la experiencia, se lanza el vehículo sobre la vía a una velocidad comprendida entre 0 y 90 kilómetros por hora. Los aparatos registradores dan a conocer el valor del arrastre y del impulso en la

superficie, así como las velocidades con relación al suelo y al aire. Se tiene cuidado de hacer la operación en buen tiempo. Sin embargo, una veleta da la componente del viento relativo, del que se tiene cuenta en los cálculos. Un contacto eléctrico marca, en el debido momento, una señal sobre los diagramas de los aparatos registradores y facilita así el registro de todas las medidas en el instante preciso.



Balanza aerodinámica que mide de una manera exacta la resistencia de los materiales que se emplean para la construcción de aeroplanos.

El *carromato dinamométrico para ensayos de hélices*, se distingue del anterior en que está impulsado por la hélice que se prueba. Un motor de 83 HP. le transmite su fuerza por medio de dos juegos de piñones en ángulo a una velocidad igual a su régimen y su tracción asegura el desplazamiento del vehículo a velocidades que varían entre 0 y 80 kilómetros.

La velocidad de traslación es medida por medio de un cinemómetro que da la velocidad de rotación del eje trasero y es comprobada por un anemómetro que alimenta directamente la velocidad del carromato en relación con el aire. La velocidad de rotación de la hélice se lee en los cinemómetros que registran el número de revoluciones del motor.

Nuestro cuerpo de aviación militar, tiene en construcción un laboratorio de esta clase, el que dotado de todos los adelantos funcionará en breve en el establecimiento del aerodromo de Cuatro Vientos.



El primer ataque con gases asfixiantes durante la guerra ocasionó gran número de bajas entre las tropas coloniales francesas que hubieron de huir despavoridas al verse sorprendidas por el nuevo elemento de guerra.

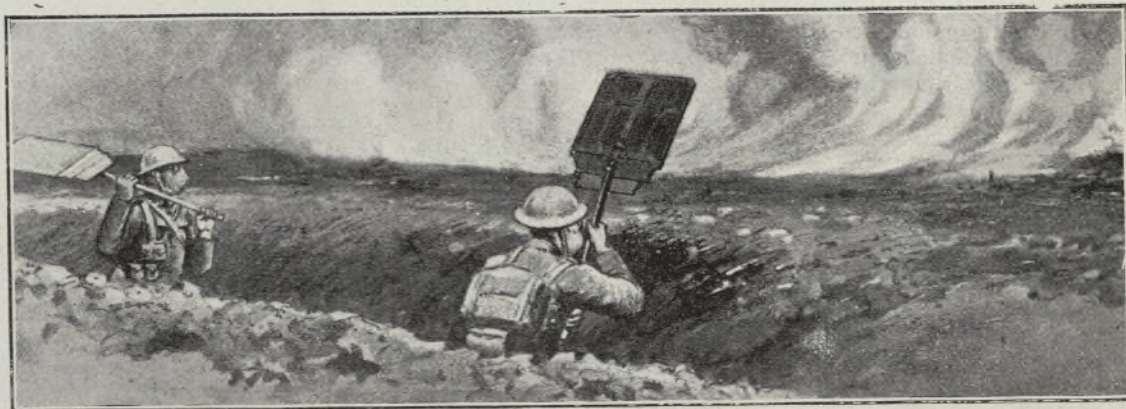
LOS GASES ASFIXIANTES

En la cruel competencia entablada por los beligerantes de la pasada, y, por ahora, última guerra, el ingenio humano, amparado en la Ciencia, entabló trágico torneo, estimulado por el fiero instinto de la destrucción del adversario. Emulación febril sacudió a los inventores y la idea de la muerte se enseñoreó de todos los cerebros. La Ciencia se recreaba ideando nuevos y eficaces elementos de destrucción; y perfeccionando algunos conocidos, o lanzando a la lucha las aplicaciones de verdaderos inventos, hubo de preguntarse aterrorizada la Humanidad si, convertidos los hombres en fieras inteligentes, no habría llegado la hora de sucumbir, en recíproco asesinato, este mundo que la Civilización y el Progreso, unidos, habían proclamado poco antes ferviente adorador de la Paz, prosperidad de los pueblos.

Encabezando la lista de mortíferos elementos en el puesto de honor, tal vez, y como vencedor del satánico pugilato, apareció el gas de combate, el gas asfixiante, arma irresistible en sus albores que desconcertó a los ejércitos paladines del derecho, de la justicia, de la libertad...

Alemania, reina y señora de la Química, inauguró la guerra de los gases; y «la ola» del 22 de Abril de 1915 proclamó la soberanía del cloro.

Vibraron de indignación las naciones de la Entente... ¡Cómo! Alemania a quien se bloqueaba con el caritativo propósito de rendir por hambre, no al ejército combatiente—que se aprovechaba bien en Bélgica y Francia—sinó al indefenso ejército de ancianos, mujeres y niños que quedaba en el Imperio; Alemania a quien se trataba de rendir, destruyéndola, de la opresión del tirano



Poco después, los soldados utilizaban ya como prenda reglamentaria la careta protectora contra los gases, y emplearon grandes abanicos para hacer volver sobre las trincheras enemigas la ola de muerte que de ellos salía.



Los gases dañaron cruelmente los pulmones de cuantos sintieron su influencia. Ahora en la paz, los heridos toman para curar sus órganos enfermos inhalaciones...

para ofrecerle la emancipación digna de un pueblo libre—véase Tratado de Versalles—; Alemania, ingrata, no se dejaba matar y su ejército lanzaba gases asfixiantes...

En su indignación, la Entente protestaba ante el mundo civilizado de este nuevo atropello de la «Kultur» alemana, y... nombraba una «Comisión de gases asfixiantes» encargada de estudiar con toda urgencia el problema, analizando los productos alemanes recogidos en el frente para emprender la fabricación de los mismos u otros similares, encareciendo la necesidad de una mayor potencia y eficacia que permitiera adquirir la «superioridad del gas»...

**

Francia se lanzó en busca del gas. La empresa era árdua, dada la pobreza de su producción química; pero el genio de la Destrucción sonreía prometedor...

El problema ofensivo exigía dos soluciones; productos químicos susceptibles de encerrarse en proyectiles, y gases utilizables en oleadas o nubes.

Los primeros habían de satisfacer también doble condición: su

acción fisiológica eficaz y su adaptación balística.

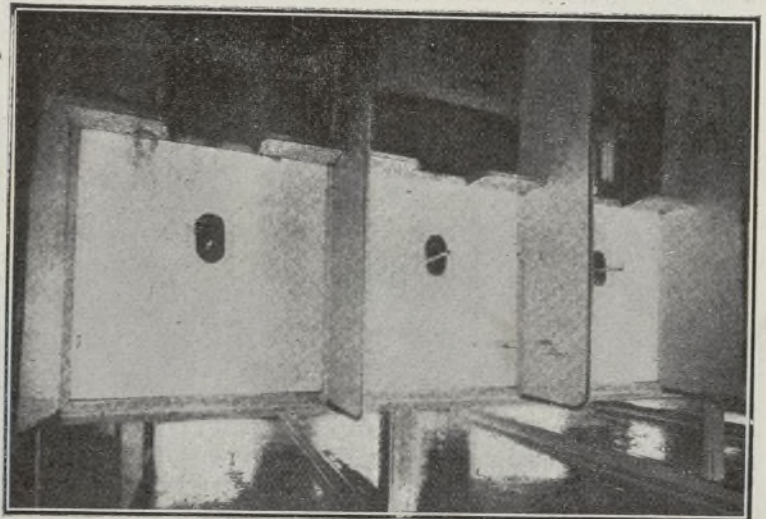
El profesor Urbain propuso como único cuerpo de fabricación inmediata el tetraclorosulfuro de carbono—CSCE—gas asfixiante que dió una solución provisional en la ofensiva de Champagne, en Septiembre de 1915, lanzado por medio de obuses.

Los laboratorios, en pleno vértigo, siguieron produciendo multitud de obuses químicos, sofocantes o incendiarios. Enloquecidos, los inventores acudían en peregrinación al implacable dios Exito ofrendando sus delirios: los cloruros de estaño y arsénico, el ácido cianhídrico, algunos bromuros; todos los tóxicos, en fin, acudieron al torneo rodeados de su corte de materias fumígenas.

El problema, sin embargo, se resistía. Un esfuerzo más y la solución sulfocarbonatada de fósforo aparecía como gran incendiario. Pero, las pruebas no convencían.

Alemania mostraba el camino a los sabios franceses. En Agosto de 1915 los ejércitos del Kaiser lanzaban obuses cargados de cloroforniato de clorometilo. Urbain, asesorado ahora por Lebeau, propone la mezcla del «fósgeno» con uno de los cloruros—de estaño o arsénico—surgiendo entonces, de la combinación de estos dos últimos con el ácido cianhídrico y el cloroformo, del compuesto químico que Lebeau llamó «vincennite» y que compartió con el «fósgeno» el triunfo y el dominio del obús químico en el Ejército francés, desde Febrero y Julio de 1916, en los campos de Verdún y en el Somme.

Por lo que respecta a los gases susceptibles de ser lanzados a mano, formando oleadas o nubes, la lucha fué aún más enconada y febril. El proyectil asfixiante, además de sus exigencias balísticas, resultaba costoso y complicado en extremo. Las diversas y erróneas alturas de ex-



...de un nuevo gas antidelatéreo para cuya medicación en los hospitales franceses se han establecido instalaciones como la que muestra este grabado.

plación esterilizaban muchas veces el esfuerzo ya que la urbe de gases, no formándose a flor de tierra, permitía el avance del adversario. De ahí que los químicos dieran su preferencia a los gases encerrados en botellas o pequeños bidones que el combatiente podría manipular con relativa facilidad en el lanzamiento.

Desde el punto de vista militar, la producción de una nube asfixiante exige un trabajo previo muy detenido y gran cantidad de gases, almacenados en abrigos bien ocultos o disfrazados. Se imponen, a veces, largas esperas hasta que el viento, de espaldas, permita, con una velocidad mínima de tres metros por segundo, utilizar los gases. Velocidades inferiores serían peligrosas para los mismos lanzadores que podrían ser víctimas de sus propios gases.

La oleada alemana, ya citada, de 22 Abril 1915 había proclamado la victoria del cloro. Hubo que aceptarlo. Mas los productos basados en él producían nubes muy transparentes que solo eran utili-

zables por la noche; y buscando en ellas una protección que permitiera acercarse al enemigo y aislarlo, con el consiguiente desconcierto y pánico, se pensó en la nube opaca que se pudo conseguir merced a la mezcla del cloro con un cloruro fumígeno. El ingeniero Cartier solucionó con esta mezcla el problema; y en Febrero de 1916 tenía lugar su primera aplicación en el combate.

La escasez del cloro líquido obligó después a emplear el «fósgeno»; y durante todo el año citado una veintena de emisiones cubrió de gases asfixiantes un frente de ocho kilómetros con diez o doce de profundidad.

Pero, cada emisión, si había de cubrir una zona análoga, exigía 240 toneladas de productos químicos, encerrados en 6.000 bombonas. La principal fuente de cloro, bromo o yodo era Alemania; y no parecía natural pedirle al adversario las primeras materias... Los Estados Unidos de Norte-

América solo podían enviar pequeñas cantidades de bromo; los métodos químicos de Weldon y Deacon proporcionaban cantidades insuficientes de cloro gaseoso. Se recurrió a Inglaterra e Italia, mas el cloro líquido importado de los aliados no bastaba. Surgió, en fin, «el problema del cloro», y, por él, la admirable organización de todas las industrias químicas de Francia. Todos los establecimientos de los Alpes, Alta Saboya y Pirineos dedicáronse a la industria química y el éxito coronó sus esfuerzos. Fruto de su maravillosa organización fueron las 50 toneladas de producción diaria que permitieron a los aliados entrar en la liza gaseosa a los dos años de guerra. El

imperio del gas quedaba afirmado. Las Partidas disponían de un esclavo más.

**

El problema se invertía. Como toda arma nueva, el gas exigía un enemigo que lo destruyera. La Ciencia había brindado un nuevo elemento de combate, y, sin descansar, había de inquirir otro elemento que

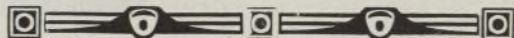
se opusiera a él para proteger al combatiente... La cadena, sin fin. La destrucción de la destrucción. Surgió la careta protectora; las grandes palas agitadoras que rechazaban la ola mortífera; las pantallas a cuyo amparo y con dispositivos apropiados, los combatientes, desde las trincheras soplaban...

Tal vez la resolución hubiera sido idear un nuevo compuesto gaseoso, a base de grandes cantidades de oxígeno, que convirtiera los mortíferos gases en aire respirable. No habrá podido ser, sin, duda, cuando no se ha hecho, y la Muerte traidora, más traidora que nunca, sutil impalpable, agazapada y cautelosa, avanzó por los campos de batalla segando gozosa vida tras vida, insaciable e insaciada, nuevo Ángel exterminador de una insensata Humanidad patricida...

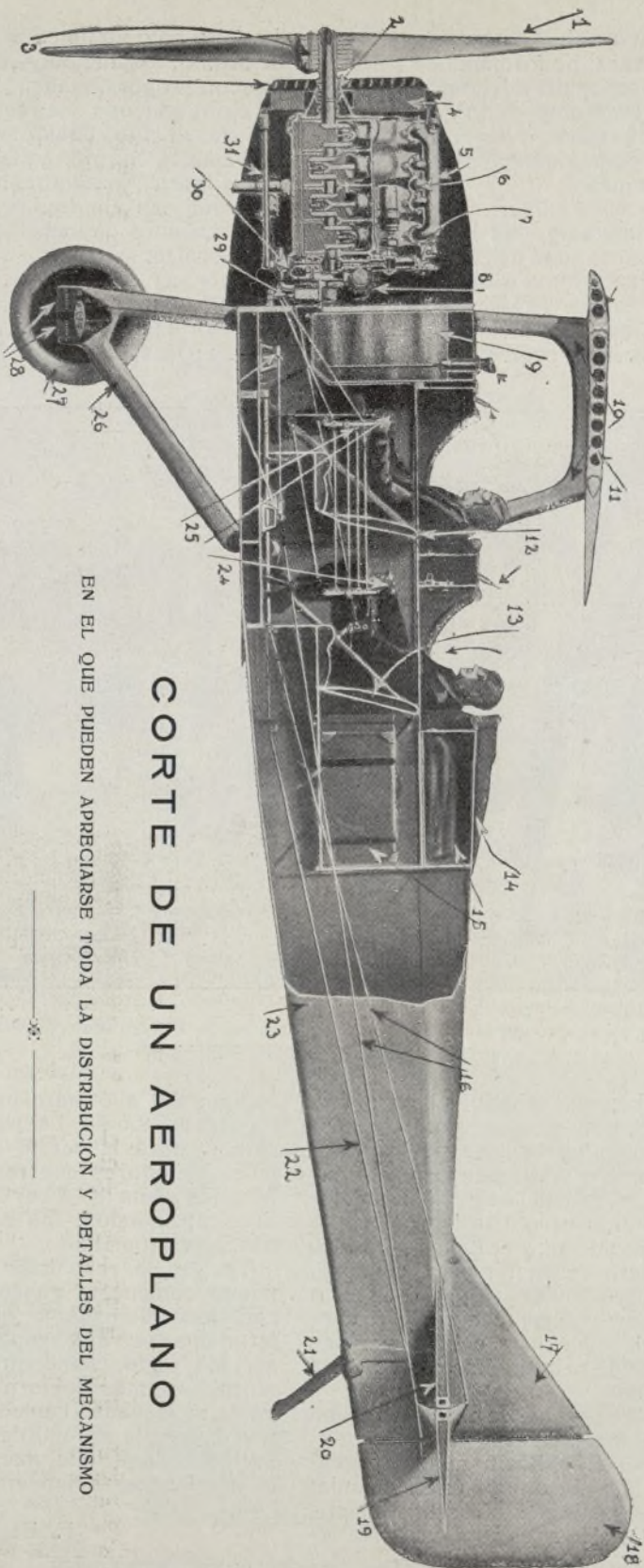
F. BLASCO DE VARRO.



Original aspecto que presentaban los soldados indios del Ejército aliado, provistos de las caretas contra los gases asfixiantes.



COMO SE COMPONE UN AEROPLANO



CORTE DE UN AEROPLANO

EN EL QUE PUEDEN APRECIARSE TODA LA DISTRIBUCIÓN Y DETALLES DEL MECANISMO

- 1.—Hélice.
- 2.—Enlace de la hélice.
- 3.—Circulo de tornillos sujetadores de la hélice.
- 4.—Radiador.
- 5.—Motor.
- 6.—Vaporizador de gasolina y aire.
- 7.—Escuadra de sugción.
- 8.—Distribuidor del encendido.
- 9.—Deposito de gasolina.
- 10.—Armadura para sostener las alas.
- 11.—Armadón agugereado que forma el ala.
- 12.—Asiento del piloto.
- 13.—Asiento del observador.
- 14.—Capota protectora del viento.
- 15.—Sitio para los equipajes.
- 16.—Cables del timón de profundidad.
- 17.—Estabilizador vertical.
- 18.—Timón de dirección.
- 19.—Timón de profundidad.
- 20.—Estabilizador horizontal.
- 21.—Patín.
- 22.—Cables del timón de dirección.
- 23.—Fuselaje.
- 24 y 25.—Duplicado juego de palancas para accionar el timón de profundidad y la inclinación de las alas.
- 26.—Armadura del tren de aterrizaje.
- 27.—Rueda.
- 28.—Resortes de las ruedas.
- 29.—Carburador.
- 30.—Bomba para la circulación de agua.
- 31.—Conducción de agua al radiador.

Ya ha pasado el tiempo en el que los mandos del puesto de un piloto se reducían a cinco, que eran: tres para la conducción del avión, uno para la palanca de profundidad, otro para las alas, otro para la dirección y dos para el motor: contacto eléctrico y dispositivo del gas.

Pero a medida que se ha perfeccionado la aviación, ha surgido la complicación.

Además de los mandos citados desde el año 1912 los aeroplanos llevarán considerándolos como elementos indispensables:

- 1 cuenta revoluciones para el motor.
- 1 altímetro.
- 1 indicador de velocidad.
- 1 brújula.
- 1 porta-mapas.
- 1 reloj.

Todavía esto es poco. Se han colocado varios interruptores en el circuito del alumbrado normal del motor y además un interruptor especial para la magneto de partida. Y como los depósitos de esencia no pueden estar más altos que el motor, ha sido preciso añadir bombas de mano, distensores, manómetros y reguladores de presión.

A los niveles sencillos se ha necesitado juntar un visor que permita, en todos los momentos, ver si circula la esencia, mientras que otro visor para el aceite, con un manómetro, permite asegurarse de que funciona el engrasamiento.

Añadamos a esto la vigilancia que hay que tener con el nivel del agua para el enfriamiento cuya evaporación total ocasionaría perjuicios en los cilindros y la vigilancia de la temperatura de este agua cuyo enfriamiento exagerado sería una causa de detención de los motores.

Y para completar este inventario, tenemos que añadir los órganos de la telegrafía sin hilos, de alumbrados para los aviones destinados a vuelos nocturnos; de armamento: lanzamiento de bombas y ametralladoras para los destinados al bombardeo o combate.

Aunque hay varias personas en estos últimos aparatos llega uno a preguntarse si la atención

solicitada por tanto aparato no va en detrimento de las condiciones más esenciales del vuelo y de la seguridad, en particular.

Pongamos orden en el estudio de estos aparatos:

Los diferentes instrumentos y aparatos de mando, entran en un cierto número de categorías.

- 1.º Mandos del aparato.
- 2.º Mandos del motor.
- 3.º Aparatos suministradores de indicaciones sobre la marcha del motor.
- 4.º Indicador de velocidad y de ascenso.
- 5.º Instrumentos de comprobación de seguridad y de rendimiento del avión.
- 6.º Aparatos para el señalamiento de los caminos.

Y por último según los casos,

7.º Aparatos eléctricos de calefacción, de alumbrado y de telegrafía sin hilos.

8.º Armamento.

1.º—*Mandos del aparato.*— Diremos que están constituidos por una palanca vertical con articulación cardan en su parte inferior. Esta palanca, terminada o no por un volante, acciona por oscilaciones de de-

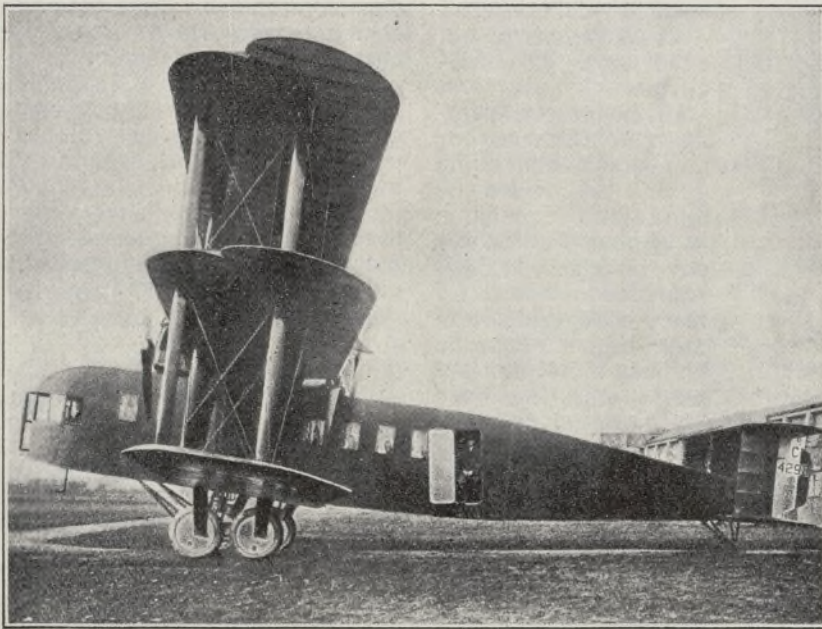
lante a detrás el aparato de altura y por oscilaciones de derecha a izquierda, las alas. El gobernante de dirección se acciona con el pie.

2.º—*Mandos del motor.*— Se refiere a los mandos del alumbrado y de gas. La regularización de los gases de admisión se hace por medio de una palanca que se mueve sobre un sector dentado. Esta palanca acciona una varilla rígida que cierra más o menos la válvula del carburador.

Los mandos de alumbrado son habitualmente en número de tres para la marcha normal, como sigue:

1.º Un interruptor fijo o contacto que une los interruptores departamentales.

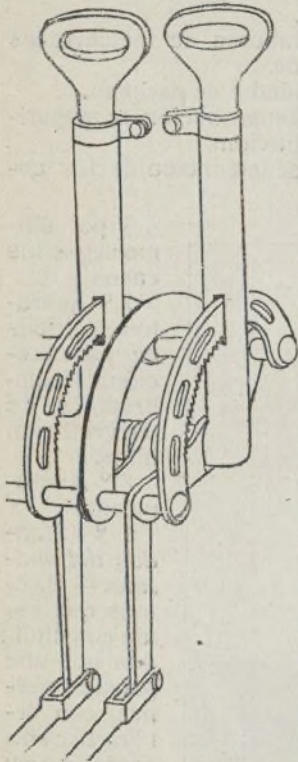
2.º Un interruptor de palanca de mando formado por un simple botón de timbre eléctrico; va fijado en la palanca de mando a la altura de los dedos del piloto.



Los aeroplanos modernos son verdaderos barcos alados cuya dirección y gobierno sólo pueden conseguirse merced a complicados mecanismos en los que interviene como factor principal la electricidad.

3.º Una manecilla que se mueve en un sector y regula el aumento de alumbrado.

Muchos motores de avión son de adelanto fijo y no tienen este sector, en cambio, su puesta en marcha necesita una magneto auxiliar, llamada magneto de partida que posee un conmutador especial.



La admisión de gases en el carburador se regula mediante este par de fuertes palancas.

La aguja móvil sobre un cuadrante en el que se lee el número de vueltas por minuto.

Los niveles de esencia y aceite están destinados a indicar al piloto las cantidades de combustible que hay en los depósitos. Y como estos depósitos van colocados por todas partes y los niveles deben de ir en sitios perfectamente visibles, se necesitan a veces tuberías muy largas para llegar a poner los niveles en buen sitio; con objeto de simplificar la colocación de los cuadrantes indicadores, han sido creados los niveladores eléctricos. El aparato de medición está en el depósito y sus indicaciones son transmitidas por dos hilos a un cuadrante graduado, colocado ante el piloto.

Los depósitos no van siempre a una altura superior a la del motor para que la esencia baje por su propio peso. En ese caso se le alimenta por medio de una *nodriza*, que es un pequeño depósito auxiliar colocado a altura suficiente y generalmente en el ala superior, al cual va a parar constantemente la esencia de los depósitos grandes, allí enviada con el auxilio de bombas. Un

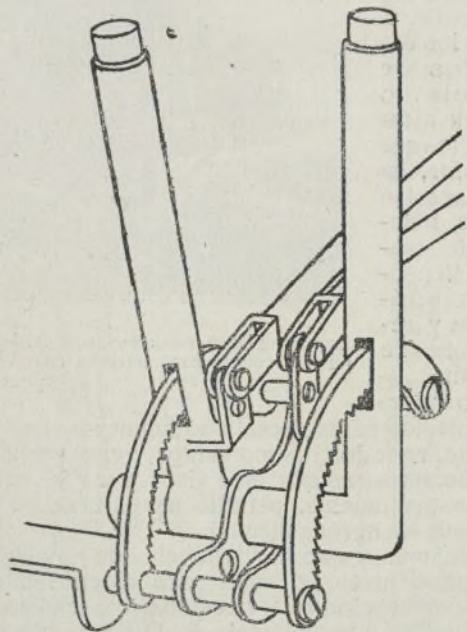
sistema demasiado-lleño permite a la esencia sobrante volver al depósito grande.

Pero puede suceder que la bomba se detenga, se obstruya o se hiele, entonces la *nodriza* se vacía y la esencia deja de correr. Esto es para el motor una *panne seca*. Hay que enviar directamente la esencia a la *nodriza* con una pequeña bomba de mano, de socorro, colocada bajo el asiento del piloto. Para ser advertido a tiempo, circula por un visor colocado ante la vista del piloto quien puede así darse cuenta de que la alimentación es normal.

Lo mismo ocurre con el aceite cuyo circuito de circulación lleva siempre un cuentagotas visible, análogo al de los automóviles.

La temperatura del agua del enfriamiento tiene mucha importancia. Demasiado caliente se evapora con rapidez y lleva a la *panne* por estropear el cilindro; muy fría disminuye el motor su rendimiento y llega a detenerse.

En las capas altas de la atmósfera la temperatura es continuamente muy baja y un radiador que asegure en el suelo y a poca altura una temperatura conveniente, se enfría demasiado en las muy grandes alturas. Son numerosos los ejemplos de los motores helados en el aire. Por eso, la temperatura del agua va indicada por un termómetro cuyas indicaciones se escriben en un cuadrante colocado ante los ojos del piloto. En



También mediante otro par de sólidas palancas se avanza el encendido que ha de determinar las explosiones en los cilindros.

caso de enfriamiento exagerado una palanca de mano permite cerrar las persianas o de poner una cortina ante una parte de la superficie del radiador.

4.º—*Indicador de velocidad*.— Los indicadores de velocidad son de varias clases. El más em-

pleado es el de Badin, que no es otra cosa que un tubo de Pétot para la medida de la velocidad del viento, unido a un manómetro graduado en kilómetros por hora.

El indicador de velocidad indica si la velocidad es suficiente. Ya se sabe que uno de los mayores peligros es la pérdida de velocidad cerca del suelo, porque, si es esta insuficiente, los mandos no responden y el aviador perdiendo la seguridad de su aparato, está expuesto a una caída cierta.

5.º—*Instrumentos de comprobación de seguridad y rendimiento. Clinómetros, Altimetros, Reloj.*—Los clinómetros están encargados de advertir al piloto de que el aparato ha tomado una peligrosa inclinación, bien longitudinal o lateralmente. En la oscuridad de la noche o en la niebla, en efecto, puede perder el piloto la noción de la horizontalidad. No es extraño que un aviador envuelto por la niebla, marche mucho tiempo sin apercibirse, inclinado sobre un ala. Hasta tal punto, que puede llegar a una peligrosa posición y encontrarse en una caída sobre el ala que puede terminar por un accidente.

Estos aparatos indicadores son, generalmente, pequeños giróscopos cuyo movimiento está alimentado por el viento de la marcha. Una campana de cristal graduada cubre el giróscopo. Es suficiente observar el desplazamiento de esta campana que sigue los movimientos del avión, en relación con el giróscopo que permanece inmóvil en el espacio.

Para los aviones de noche todos estos instrumentos, están provistos de agujas y cuadrantes fosforescentes.

En los aviones alemanes los desplazamientos laterales eran indicados por un líquido colocado entre dos medios círculos de vidrio verticales o en dos recipientes comunicantes alumbrados por detrás con una lamparita pequeña. En posición horizontal el líquido coloreado interior, llegaba, justo, a la base de la parte transparente. En cuanto un desequilibrio se producía, se desnivelaba el líquido coloreado y se hacía visible en la parte alumbrada.

El altímetro es un barómetro aneroide, calculado según la altura, y con cuadrante graduado que permite apreciar la altura alcanzada. Está atado frente al piloto por resortes o sandows para sujetarle a las vibraciones.

La velocidad de subida con el altímetro y con el cuenta-revoluciones permite darse cuenta de las cualidades del vuelo del avión. Después de haber comprobado con el cuenta-revoluciones que el motor marcha a su debida velocidad es suficiente anotar los tiempos de subida a 1.000, a 2.000, a 3000 metros, etc., para ver si el avión tiene las velocidades de subida con arreglo a las diferentes alturas que debe preseutar. Si no las presenta y el taquímetro marca una velocidad normal en el motor es que el avión está mal regulado.

6.º—*Aparatos para señalamiento de caminos, mapa y brújula.*—El mapa va colocado generalmente, en medio de los aparatos de bordo. Va

dentro de una cartera más o menos ingeniosa que la impide agitarse con el viento y al mismo tiempo permite cambiarlo fácilmente. Generalmente, el trayecto a hacer está dentro de un mapa o en una pequeña serie de mapas que se enrollan sobre los tambores del portamapas.

Brújula.—Da el norte magnético pero no proporciona ninguna indicación sobre una posible deriva debida a un viento lateral, que puede originar en las grandes borrascas, cambios de dirección que desorienten al piloto.

7.º—*Faros e instalación eléctrica.*—En los aviones de noche, hay pequeñas dinamos, verdaderas centrales eléctricas, que sirven para el alumbrado, calefacción y la telegrafía sin hilos.

El alumbrado comprende pequeñas lámparas colocadas en el interior del aparato, para leer el mapa y ver el cuadrante de diferentes aparatos; comprende además, la alimentación de faros potentes que sirven para alumbrar el terreno en el momento del aterrizaje o para las señales ópticas en el avión.

La calefacción se desarrolla por medio de vestidos calentadores. Y por último, la telegrafía sin hilos.

8.º—*Armamento.*—El armamento se compone de lanza-bombas, lanza-cohetes incendiarios, ametralladoras y a veces de cañoncitos.

Las ametralladoras van montadas en torrecillas giratorias.

Los cañones estaban reservados a aparatos encargados de misiones especiales y además eran poco numerosos. Necesitaban un montaje especial. Los lanza-bombas eran simplemente cajas de aluminio divididas en casillas en el interior de cada una de las cuales iba una bomba. Las bombas estaban mantenidas en su puesto, por medio de un dispositivo accionado por manecillas que desplazaban un sector. La maniobra de la manecilla libertaba la bomba en el momento deseado por el operador. Generalmente, había tres disposiciones de palanca, cada una de las cuales correspondía a la caída de una bomba, lo que hacía que hubiera un sector de mando para tres bombas.

Tales son sucintamente numerados los diferentes aparatos que se encuentran en los puestos del piloto de los grandes aviones de guerra. Todo esto es bastante complicado, como puede verse.

Además, la posición de cada instrumento no es indiferente.

Debe buscarse para cada uno, la posición más cómoda y más ventajosa y sería de desear que esta posición quedase estacionaria de una vez para siempre.

Actualmente no hay disposición ninguna obligatoria. Puede comprenderse el interés de esta medida cuando se sepa que los aviones de dos motores y de bombardeo como los Caudrón, el piloto y el que bombardea no tienen menos de 29 mandos, interruptores o botones que maniobrar y 14 aparatos que vigilar. En los trimotores como los Caprony hay 35 mandos y 18 cuadrantes o visores que comprobar en cada momento.

Divagaciones Entomológicas



En el mundo de los insectos

En los caliginosos días estivales, cuando los reverberantes rayos del sol esparcen su benéfico influjo sobre la pródiga tierra, el mundo misterioso de los insectos está en todo su apogeo.

A este mundo inferior, hermanos menores nuestros, no le damos importancia y si alguna vez nos interesa es para aplastar con el pie cualquier bicharraco que, inocente y cándido, se pone al alcance de nuestra bota, sin presumir ¡desdichado!, que la pálida le acecha montada en la enorme mole del pie, y al cometer tan inicuo asesinato, no calculamos el daño que hacemos a una familia honradamente constituida.

Quizá habremos dado muerte a un modelo de padres y esposos que, solícito y diligente, marchaba en busca del aljimento de los suyos, que en vano esperarán su regreso, y puede que la esposa, injustamente, lo crea un infiel, que abandonó el nido conyugal en pos de otro prostituido, en que esperase encontrar nuevos goces, lejos de las chinchorreras del hogar propio.

—¡Y hemos sido los causantes del luto y desolación de una honrada familia!

¡Horror!

No cabe duda, y nadie podrá refutarlo, que en nosotros existe un insecticida?

Quién puede decir que en su vida no ha matado un insecto? ¡Pobres! ¿Cuántos habrán muerto airadamente desde que Noé tuvo la delicadeza de encerrar en la famosa arca una pareja de cada especie?

Tenemos un amigo, que fué un mártir de las hormigas durante su estancia en las islas Filipinas, y las tiene tal aversión, que en cuanto ve un hormiguero o una interminable reata de hormigas, goza destruyéndolas, y ya con el pie o bien

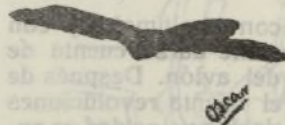
con la contera del bastón no se detiene hasta que aquéllo es una necrópolis. Sigue su paseo y cuando encuentra nuevos enemigos a quienes aniquilar, repite la operación. Este amigo, desde que estuvo en el archipiélago filipino, parece no vivir más que para el esterminio de las hormigas.

No comprendiamos nosotros la existencia de tanto insecto como nos atormenta ni para qué fueron salvados del diluvio universal ni por qué Dios tuvo la debilidad de crearlos, mientras nuestras uñas arañaban con furor diversas regiones de nuestro cuerpo, algunas muy difíciles de alcanzar, donde las pulgas habían dejado recias señales de su paso; pero nos sacó de nuestras observaciones una beatífica señora, que como nosotros contemplaba las encrespadas olas, que

luego sumisas besaban nuestros pies, en una deliciosa playa norteña, con el aserto de que Dios había creado tan pelmazos animalitos para entretenimiento de Santa Lucía que, ciega la pobre, se aburría soberanamente.

—¡Válganos Dios y que nos perdone la santa! — fué nuestra respuesta, después de un ligero examen de conciencia.

Pero nuestro odio a los insectos terminó un día veraniego que, cobijados debajo de un frondoso árbol, enervados por el enrarecido ambiente, contemplábamos, primero indiferentes y luego con gran atención, los tejemanejes de un escarabajo pelotero, con su negro ropón, de brillo irreprochable, que trataba de subir un talud, a reculones, llevando entre sus patas traseras, una bola de fétido producto. No tenemos inconveniente en declarar que le allanamos los muchos ostáculos que se le presentaban en su camino, obstáculos que trataba



de vencer con tesón admirable, sin arredrarse, a pesar de rodar con su preciosa carga, y cuantas veces caía otras tantas emprendía la subida con infatigable obstinación.

Aquella perseverancia nos conagró con el escarabajo, y aunque no llegamos a la veneración en que le tenían los egipcios, si juramos sobre su cabeza que no volveríamos a causar más víctimas voluntariamente y a protegerlo, lo mismo que a sus congéneros con hechos y con palabras.

Por lo que vimos justificamos la existencia de todos los insectos, no por lo que nos contó la beata señora, que desde que Dios hizo el mundo hasta que Santa Lucía tuvo necesidad de entretenerse debieron mediar bastantes años, si no que comprendimos, después de prolijas observaciones, que la vida de los insectos era precisa para la nuestra, como poderosos y eficaces auxiliares de la higiene.

La pulga y otros chupópteros, son, por ejemplo unos depurativos de la sangre, mucho más económicos que el arsénico y sus similares, que ya no matamos cuando solicita acude a nuestro cuerpo para beneficiarlo, y solo procuramos endosarla a un amigo, única y exclusivamente, no se nos tache de egoistas, para que el animalito cambie de pastos y se mejore de ganadería por el cruce de razas.

Todos sabemos que hay una higiene general que reclama la desaparición de toda cosa corrompida en el plazo más breve posible. En las grandes urbes este problema está resuelto, más o menos bien, a costa de emplear muchos brazos y mucho dinero. Las inmundicias duran poco tiempo en las calles y es raro ver animales muertos; pero en el campo, en la aldea, la cosa varía notablemente y los insectos, en general, se encargan con gran esmero del servicio de higiene sin retribución alguna, muy al contrario, en cambio del servicio que prestan generosamente, se encuentran con un pisotón que los desfiguran para siempre.

Se han creado para la salubridad rural dos clases de saneadores, a los que nada cansa ni nada desalienta. Unos, moscas, *Sylpha*, *Dermestes* y necrófagos, están consagrados a la disección de los cadáveres. Cortan, despedazan y alambican en sus estómagos los residuos de la muerte para entregarlos a la vida.

Un topo reventado por los instrumentos de labranza mancha el sendero con sus entrañas violáceas; un sapo yace en el cespez, aplastado por el pie de uno que, ignorante, quiso hacer una bue-

na obra; un pajarillo sin plumas que se ha estrellado al caer del árbol, que sostenía su nido y otras mil reliquias análogas, que al entrar en putrefacción infeccionan el ambiente. Nada hay que temer: en cuanto se señala un cadáver en cualquier parte acuden los menudos enterradores y lo trabajan, lo vacían, lo consumen hasta los huesos o, por lo menos, lo reducen a la aridez de una momia. En menos de veinticuatro horas, topo, sapo y pajarillo han desaparecido y la higiene ha quedado satisfecha.

El mismo entusiasmo por la tarea se observa en la segunda categoría de saneadores. En los pueblos no se conocen esos quioscos con olor de amoníaco, que adornan las grandes ciudades, para alivio de nuestras miserias. Una tapia, un seto, un matorral, es el refugio que busca un campesino que desea estar solo unos momentos.

No nos creemos obligados a decir a qué clase de encuentros nos expone semejantes desahogos,

cuando seducidos por las rosetas de los líquenes, los almohadones de musgo, los manojos de siemprevas y las cándidas margaritas silvestres, que embellecen las piedras viejas, nos acercamos a un tapial o a un seto, que marcan una linde. ¡Uf! Al pie del abrigo tan coquetamente adornado ¡horror!, salimos huyendo y olvidamos los líquenes, las siem-

previvas, el musgo y las margaritas; pero volvamos al día siguiente y el recuerdo que dejó el campesino habrá desaparecido; el sitio estará limpio, porque los saneadores han pasado por allí.

No es solo la misión de estos valientes preservarnos de encuentros ofensivos, que dañan la vista y el olfato, sino que aquella es más alta. La ciencia nos ha dicho por boca de los sabios, que una de las plagas mayores de la humanidad son los microbios, que a millones de millones pululan en las deyecciones, contaminando el aire y el agua, primeros elementos de la vida y, esparciéndose por nuestras ropas y nuestros víveres, propagan el contagio, y precisa destruir por el fuego, esterilizar con corrosivos y enterrar todo lo que esté contaminado.

La prudencia exige también no dejar la basura mucho tiempo en la superficie del suelo. Así parece haberlo comprendido la sabiduría antigua, mucho antes de que el microbio nos hubiera explicado cuán necesaria nos es la vigilancia. Los pueblos de Oriente, más expuestos que nosotros a epidemias, conocieron leyes especiales respecto a tal objeto: Moisés, eco, al parecer, de la



ciencia egipcia en esta circunstancia, codificó la manera de proceder, cuando su pueblo iba errante por los desiertos de la Arabia, y ordenó: «Para tus necesidades naturales, sal al campo, toma un palo puntiagudo, haz un agujero en el suelo, y cubre la basura con la tierra extraída».

El hombre campestre de nuestros días desconoce esa ordenanza tan sabia y tan sencilla, y cuando va al campo no lleva sujeto en la faja el palo protector; pero el escarabajo, el *geotrupes* y otros congéneres, en cuanto el hombre se ha marchado, abre un pequeño agujero en la tierra y hunde la infección, en lo sucesivo inofensiva.

Y con ello gana la vida, porque el estiércol enterrado por el insecto hará verdear lujuriosamente la macolla del cespel vecino, la vaca, la oveja o la cabra comerán el ramito jugoso de hierba y algo ganará el hombre con el producto de estos animales.

No todos los insectos ayudan de esta manera a la naturaleza; pero la favorecen, bien con sus productos, como los ápidos, ya con su belleza, como la aristocrática mariposa, ya con multitud de enseñanzas a las que no se presta atención.

Entre éstos se encuentra el *Cerceris tuberculata*, especie de avispa, de frágil y esbelto cuerpecillo y alas transparentes, diestro cazador, que, como sus larvas, a las que de continuo busca alimento, necesitan al nacer una carne que se mantenga fresca, tienen la habilidad de matar a sus víctimas, de tal manera, que conservan toda la flexibilidad en los miembros y articulaciones, y en un estado tan normal las vísceras, que todo contribuye a creer que el cuerpo inerte no es un cadáver, sino que se encuentra sumiso en un alargamiento.

No podemos invocar que exista la acción de un antiséptico ni creer en una muerte real; la vida está aún allí, vida latente y pasiva, vida vegetativa, que permite preservar al organismo de la descomposición, vida sin movimiento, como podrían producirla el cloroformo y el éter.

El *Cerceris tuberculata* busca sus víctimas en una especie de gorgojo, de mayor tamaño que él, llamado *Buprestis*, de dura coraza y cuyas piezas están estrechamente ajustadas y es maravilloso como el himenóptero clava su aguijón en el cuerpo coriáceo del *Buprestis*.

Esta habilidad hija del instinto, nos fué descubierta un día que estábamos en la quinta lección para domesticar a un *Buprestis*.

Tranquilamente estábamos repasando la lección cuando sin miramientos se presentó zumbando el *Cerceris*, que se puso frente a frente de su presa. Instintivamente cogimos una piedra para aplastar al cazador; pero nos detuvo la mano, no solo el juramento que habíamos hecho

sino la curiosidad por ver lo que allí iba a ocurrir.

De repente, y sin respeto alguno ni pedir permiso, el *Cerceris* le cogió la trompa al gorgojo entre sus poderosas mandíbulas y lo sujetó vigorosamente, mientras su víctima se arqueaba sobre sus patas, pinfándose en su cara un rictus de dolor. El enemigo seguía apretando el dorso como para obligarle a que abriera alguna articulación y cuando consiguió su objeto deslizó el asesino su abdomen bajo el vientre del *Buprestis* y metió dos o tres veces su estilete venenoso por la juntura del pecho entre los dos primeros pares de patas. La víctima, como herida por el rayo, quedó para siempre inmóvil, sin el menor movimiento convulsivo.

Después, el Bupresticida volvió el cadáver patas arriba, se puso vientre con vientre, enlazó las patas con las súyas y echó a volar.

Aquel horrible drama nos dejó un momento suspenso con los pelos de punta y la carne de gallina y nos imposibilitó de avisar a la pareja ni dar voces de auxilio ni siquiera proteger a la víctima; pero repuestos de nuestro estupor corrimos en busca del asesino, consiguiendo alcanzarle y arrebatárle su presa.

Depositamos al *Buprestis* en una cajita de pil-doras, que le sirviera de lecho mortuorio y dispuestos estábamos a hacerle un entierro de primera, cuando hubimos de abandonar el campo porque la lluvia amenazaba convertirnos en unas sopas.

No nos volvimos a acordar del *Buprestis* hasta que lo encontré en un bolsillo de la americana, siete años después y abriendo la cajita pude observar, que, apesar del tiempo transcurrido, conservaba su lindo ropaje y la flexibilidad de sus miembros. Esto nos dió que pensar. ¿La inmovilidad, la muerte aparente del *Buprestis* es debido a la gotita de veneno invisible o hay que buscar en la anatomía y fisiología la causa de un anodamiento tan fulminante?

En efecto, después de profundos estudios en el Diccionario Enciclopédico, encontramos la respuesta a la pregunta anterior.

El dardo del asesino penetra en los centros nerviosos e inmoviliza la vida, permitiendo que durante un tiempo determinado el cadáver se encuentre lozano y fresco sin señales de putrefacción.

He aquí lo que nos enseña el *Cerceris tuberculata*. Sabios, estudiad el problema alimenticio que aquí se presenta ¡Ved la manera de que no solo por un líquido conservador se mantengan frescas las carnes para nuestro sustento! ¡Acudid al matadero y ensayar el procedimiento del *Cerceris* y la Humanidad os estará una vez más agradecida!

J. R. M.





FIGURAS POPULARES DE ANZAÑO

Las exageraciones de Manolito Gázquez

A principios del siglo, y en una de esas hermosas tardes de invierno peculiares de Sevilla, paseaba a orillas del Guadalquivir un hombre de menos que mediana estatura, escasos y plateados cabellos, sujetos por flotante listón negro, ojos saltones, rostro simpático, con más grasa que arrugas, a pesar de que su dueño había dejado muy atrás los setenta. Llevaba terciada con garbo la negra capa, por debajo de la cual asomaban dos fuertes y bien contorneadas pantorrillas, cubiertas por medias de hilo con bordados, metidos los pies en zapatos escotados con hebillas de plata. Frente de Triana había un grupo, al que se dirigió; y al llegar quitóse la capa, la puso sobre unos maderos allí amontonados, bajados desde Segura por el río, y tomó asiento no sin haber dicho antes:

—La paz de Dios sea con ustedes.

—Siga la lectura.

—Sírvase, don Manolito, darme su ochavo.

El recién llegado lo sacó del bolsillo y pagó su escote al suscriptor a uno de los cinco ejemplares de *La Gaceta* que en aquel entonces se recibían en Sevilla, quien

cobraba dos maravedises a cada oyente por leerse. Narraba el número del periódico oficial la batalla de Austerlitz, y con la boca abierta todos escuchaban, dando frecuentes muestras de asombro que les causaba el relato de aquel hecho de armas, en el que habían combatido tres emperadores, venciendo Napoleón a los de Austria y Rusia. Terminada la lectura sacó un diminuto mapa de Europa el suscriptor a *La Gaceta*, y el más entendido del grupo buscó, con la punta de un afiler, el sitio donde se libró la batalla, operación que don Manolito seguía atento después de haber montado sobre sus narices las gafas que

sacó de un estuche de talón; y cuando el afiler se paró, dió suelta a su entusiasmo, exclamando:

—¡Aquí fué, aquí es donde se batieron! Veán ustedes al señor general que toca ataque, y aquí están las cantineras que venden tajadillas a los soldados.

Y siguió describiendo los incidentes de la batalla, señalando con el dedo los puntos donde habían ocurrido, sólo equivocándose en centenares de leguas; pero ni él lo notaba ni en ello se fijaban los que le oían,

embelesados por el relato del viejecito, que en realidad veía lo que describía; y si para ello le dan motivo, acaba por decir y creer que estuvo en Austerlitz, nombre que pronunciaba estropeándolo, como casi todas las palabras, pues aun con ser andaluz resultaba original su acento, porque a más de ser graciosamente balbuciente, no había *zeta, erre, ele ó d* que saliese bien librada de sus labios.

Un joven de veinte años, espaciosa frente, aspecto distinguido, en cuya mirada había ese algo divino del hombre superior, se acercó al grupo atraído por su pintoresco aspecto, y

llegó a tiempo de oír la narración de don Manolito; y una vez terminada preguntó al que tenía al lado:

—¿Quién es ese hombre?

—Bien se conoce, señor don Alberto Lista, que metido usted en libros, en los problemas de matemáticas y en componer esos versos tan bonitos, no le queda tiempo para pasar por la calle de Gallegos, donde hay un obrador de latonero cuyo dueño es el sujeto por quien usted pregunta.

—¡Manolito Gázquez!

Y como Lista convirtiera en exclamación el nombre y apellido del Asombro de Andalucía,



éste le oyó y dijo:

—Yo soy, para lo que su merced guste mandarme.

—El mandado seré yo, con mucho gusto, en particular si don Manolito me permite ir a su obrador; y como no gasto coche, no corro el riesgo de que las mulillas se espanten, si es verdad lo que me contaron de cierta portentosa obra de usted.

—Muy verdad, y el caso sucedió así: hice un velón, labré cabezas de leones en los mecheros, y pareciéndome que la labor merecía ser vista, la puse a la puerta como muestra de mi oficio; y como a poco pasara un coche, las mulas se pararon espantadas delante de mi tienda; y a pesar de los gritos y latigazos del cochero, nada; hasta que, comprendiendo yo lo que aquello era, retiré el velón y las mulillas pasaron.

—Caso estupendo, dijo Lista.

—Nada es si se compara con otros que le sucedieron, añadió un montañés establecido en la calle de las Sierpes, donde tenía taberna famosa por la finura del vino blanco de Huelva. ¿No sabe el señor don Alberto cómo fué a Cádiz?

—En buen potro, si fué en tiempo de su juventud, y en pacífica mula si el viaje es reciente.

Don Manolito sonrió enseñando su cabal dentadura y así habló:

—En dos horas fui a Cádiz desde Sevilla nadando, y esto pasó cuando la guerra con el inglés. Me llamó el general, y me dijo si quería llevar cierta orden. Yo me echo al agua al anochecer en la Torre del Oro; meto el brazo, saco el brazo y estoy en Tablada; meto el brazo, saco el brazo y llego a Sanlúcar de Barrameda; meto el brazo, saco el brazo y héteme en Rota; y de allí, como una lanzadera, caigo en Cádiz, tan a tiempo, que si tardo un segundo más quedo fuera, porque al entrar por la Puerta de Mar tiraban el cañonazo y tocaban la retreta y luego cerraron. ¡Digo, señores, si me descuido!

—Pues tanto como de nadar sabe de bailar don Manolito dijo Lista.

—Sé por lo que lo dice: una noche estaba yo en la tertulia de una condesa y allí habíam bailado

ciertos italianos bastante bien. Don Manolito no quiso bailar aquella noche, pero las señoras me rogaron tanto que al fin salí haciendo mi reverencia y mi paseo. Comienzan a tocar y yo a figurar y trenzar; ellos tocando y yo trenzando y dando con la cabeza en el techo; todos mirando, y yo trenza que trenza. Las señoras: «Manolito, bájese usted;» y Manolito trenza que trenza. Cuando concluí, por gusto saqué el reloj: quince minutos estuve en el aire.

—Si en el baile es maestro, no hay quién le aventaje en la esgrima.

—Ese ha sido mi fuerte. Yo soy discípulo de dos discípulos de Carranza y Pacheco. ¿Se acuerdan ustedes de las famosas lluvias del año 76? Pues en una de aquellas noches de diluvio estaba en la tertulia de una señora marquesa, y

todas las señoras se habíam retirado en sus coches menos una condesita y su hermana, que no podíam irse porque no habíam llegado la carroza. Aquellas señoras se afligíam y queríam irse, y ¿qué hace Manolito? Saca la espada y dice: «Señoras, pónganse a mi lado.» Y Manolito con la espada da a la lluvia: ¡taz! ¡taz! ¡taz! Tercia, cuarta, prima. Siempre con el quite y el reparo llegamos a pala-

cio. Ni una gota de agua había podido tocar a las señoras, y dejábamos atrás ahogándose la Giralda.

Dicho esto levantóse don Manolito, terminó la tertulia, y don Alberto Lista, que a los trece años daba lecciones de matemáticas, a los quince era profesor de la sociedad sevillana Amigos del País, a los veinte catedrático en el colegio de San Telmo, y más tarde debía serlo en la Universidad de Sevilla y maestro de los más famosos literatos de nuestra época, pasó el puente en demanda del barrio de Triana, donde había nacido, riendo lo ofdo a Manolito Gázquez y formando el propósito de visitarle al día siguiente en su obrador de la calle de Gallegos. Lo cumplió después de comer, y llegó en ocasión en que don Manolito, que estaba muy ocupado en pulimentar unos preciosos clavos de ancha cabeza y singular traza, daba órdenes, en tono de general que manda una batalla al único oficial que había en la tienda.



—Ave María Purísima, dijo don Alberto.

—Sin pecado concebida, contestó don Manolito. Tome asiento y no extrañe que siga en mi tarea, pues me urge terminarla.

—Son muy hermosos esos clavos.

—El Gran Turco me los ha encargado. Catorce cajones llenos de ellos hay ya en el río: ¿y no han de ser hermosos si van a servir para la Puerta Otomana?

A pesar de lo que la tarde anterior había oído, Lista quedó atontado ante el trabucazo, y exclamó:

—¿Sabe don Manolito lo que es la Puerta Otomana?

—La del palacio del Gran Turco. ¿No sabía usted eso?

—Lo ignoraba, pero sé que tengo sed y le estimaré que me dé una poca de agua.

—¡Doña Teresa! gritó Gázquez.

A través de la puerta que había en el fondo de la tienda se veía el patio, con su fuente, una parra y muchos tiestos, limpios y bien cuidados; y en él apareció una mujer que de los sesenta pasaba, aseada y con restos de la mucha gentileza que debió tener en sus mocedades.

—¿Qué quiere mi marido? preguntó.

—Doña Teresa, bajad la jarra de oro con agua fresca; y si no está a mano, venga la de plata o la de cristal; y si ninguna se encuentra, traed la de barro.

Desapareció la mujer para volver al poco rato con la jarra y un vaso.

—La de barro es, dijo don Manolito; pero por esta vez disimulará el señor Lista, puesto que se le sirve con buena voluntad.

Apenas había bebido don Alberto, cuando entró un sacerdote de respetable aspecto y no entrado en años, don Manuel López Cepero, aficionado a las Bellas Artes, coleccionador de cuadros, que debía ser senador del reino y deán de la santa iglesia de Sevilla. Al verle se levantó Lista y le besó la mano.

—Escasa es la tertulia de hoy, observó Cepero.

—No há mucho se fueron unos cuantos de la nobleza que aquí se han pasado el rato.

Lista miró a Cepero, y comprendiendo éste la mirada de duda, dijo:

—A este obrador viene la gente principal de Sevilla, y a veces los forasteros, atraídos por la conversación de don Manolito, que es admitido en las tertulias aristocráticas y solicitado para que a ellas concurra.

—Le molestarán a usted, porque le impedirán trabajar.

—No lo crea usted; pasa lo que ahora, que sigo la conversación sin abandonar la tarea.

—A su edad le cansarán las tertulias.

—¿Qué edad me supone?

—Setenta años.

—Paso de los ciento.

—¡Qué ha de pasar usted, si debió nacer alrededor del año 30!

—¡Si sabré cuando nací! Yo estaba y usted no, y sé de eso más que usted. Para convencerle le daré una prueba que no admite réplica. ¡Doña Teresa! gritó. Traed los zapatos de gala.

Un par de charol muy historiados trajo la mujer, y tomándolos Gázquez los mostró orgulloso, diciendo:

—Con ellos me engalano las fiestas, y les tengo en mucho porque los usé por primera vez el día que casé con doña Teresa, hace ochenta años. Si tuviera sólo setenta me habría casado diez años antes de nacer. Para que no se me olvide voy a hacer al señor Cepero un obsequio que sé ha de agradecerme.

—¿Un clavo de los que me dijo fabricaba para la Puerta Otomana?

—Cosa mejor. Monedas de aquel señor rey de que hablaban el otro día.

Mientras don Manolito iba pausadamente al mostrador y tiraba del cajón, quiso saber Lista de qué monedas se trataba.

—Del emperador Othon que, como sabe usted, son rarísimas, contestó Cepero.

A él se acercó Gázquez abierta la mano, en la que tenía unos cuantos ochavos borrosos, y le dijo:

—Guárdelos usted, pues según cálculo son de ese rey *Atún* primero.

Se echó a reír Cepero y exclamó:

—¿Se las han dado a usted esos moros con quienes le ví ayer frente al Ayuntamiento?

—No, señor; me preguntaban dónde hallarían higos chumbos, que es lo que comen en su tierra para merendar, y como me conocían de Tánger, me llamaron porque no había quién les entendiese.

—¿Usted habla su lengua? preguntó Cepero.

—¡No he de hablarla si he recorrido toda la Morería!

—Le tengo cogido, porque me tiene dicho que no ha pasado el mar, y para ir allá es necesario rodear medio mundo o embarcarse.

—Pues en África he estado y a la Morería se puede ir por tierra, como yo he ido. Muéstreme esa bola en que está el mundo pintado, y le diré por dónde me llevó un arraz que era grande amigo mío.

Picado de curiosidad Lista por ver cómo don Manolito salía del apuro, recordó que a la entrada de la calle de las Serpes había un librero que tenía un globo terráqueo, y por él fué. Lo entregó a Cepero, que lo presentó a Gázquez, quien con mucha pausa se metió la mano en el bolsillo de la chupa, sacó el estuche de latón de los anteojos, que convirtió en jinete de sus narices; y mirando con mucha atención y seriedad el globo, preguntó:

—¿Dónde anda por aquí el África?

Cepero la señaló con el dedo.

—Bueno. ¿Y España?

—Aquí.

—Está bien. Muéstreme dónde está el cabo de Gata.

—Aquí lo tiene usted.

—Pues bien: España parece una acera y África la otra del Mediterráneo, que es la calle; y desde el cabo de Gata sale para la acera de enfrente un caminito oculto que no lo saben más de cuatro, y por él fuimos a la Morería mi amigo el arraz y yo.

Y esto dicho, se quitó las gafas y volvió a su tarea de pulimentar los clavos destinados a la Puerta Otomana, con lo cual la cuestión quedó concluída, y a poco se despidieron Lista y Cepero de don Manolito.

—¿Sabe usted, señor don Manuel, dijo don Alberto, cuando estuvieron en la calle, que es hombre digno de estudio el latonero? Opino que ve lo que dice.

—Así es. Le trato hace tiempo, y afirmo que, aunque tiene fama de embustero, nada es más ajeno a su carácter que la metira. Lo que cuenta es efecto de una imaginación que no hallado materia ni pábulo en que ejercitarse con utilidad. Si Manolito Gázquez hubiese recibido educación literaria y cultivado las dotes que le dió la naturaleza, en vez de la fama ridícula de embustero que le dan los que no le conocen, dejaría nombre de ingenio sobresaliente. Casi llorando ha dicho muchas veces que, si le hubiesen enseñado a leer y escribir hubiera sabido más que Séneca, y es

lo cierto que concurre a todos los actos literarios con el objeto de quedarse con alguna idea, que reviste después con colores maravillosos. Es hombre laborioso, de costumbres puras, a quien jamás se le ha oído palabra torpe. Ha sido aficionado a la caza y hace gala de su habilidad en tocar el fagote, en particular en los rosarios.

—Sospecho, dijo Lista, que andando los tiempos Manolito Gázquez se convertirá en un mito, y que los que tengan noticia de su existencia la tendrán equivocada, suponiendo que fué chacharero y holgazán, corredor de calles y plazas el honrado y laborioso latonero, que en la exageración llega al múltiplo, y que, como los poetas, se identifica con las situaciones que su imaginación crea.

Manolito Gázquez murió en Sevilla por Abril del año 8, contando próximamente ochenta de edad.

TEODORO BARO

ARMAS Y ARMATOSTES

El empleo de las armas blancas, se va limitando a medida que se perfeccionan las de fuego. Me siento Perogrullo.

En la pasada guerra, la lanza y el sable han sido sustituidos por la pistola automática, la ametralladora y la bomba de mano. El caballo fué reemplazado por el Tanque y el Avión.

Entre cuatro combatientes armados con sables, lanzas, bayonetas y machetes contra un sólo enemigo que maneje bien su pistola militar o revolver de combate. ¿De parte de quién está la ventaja? ¿Por quién se cruzaría una apuesta con más probabilidades de éxito?

Sables y espadas, solo representan papel en la esgrima, que es ya una parte, y no la más útil, de la gimnasia, y hacen su papel en las panóplias.

Alabardas, lanzas y chuzos, son bastón para guardias palatinos, asta de banderolas y palo del que pende el farol del Sereno: Armatostes.

A la caballería se la dota de carabinas, a los ciclistas, camilleros y músicos, de pistola automática, a cada grupo de guerreros, acompaña la ametralladora, que es la actual Ballesta.

En la guerra como en la paz, es estar inerme, e ir además molesto, llevar arma blanca, y por ello nadie fía ya en su sable en guerra, viaje, des poblado o calles mal alumbradas.

En la guerra, para el *cuerpo a cuerpo*, la pistola es eficaz desde más distancias en que la bayoneta carece completamente de aplicación. Cuando se logre que todos los soldados sean tiradores, la bayoneta habrá desaparecido por inútil.

Antes, la espada era arma y símbolo de caballero. Hoy dejó de ser lo uno y casi no es lo otro; porque no hay lacayo palatino que no la ciña.

Sin embargo; aun se llevan sables, lanzas, espadas y bayonetas; todavía hay creyentes en la esgrima; aun... Es el impulso adquirido, es la

inercia de los siglos. El anciano que salió de su aldea, donde las sopas de ajo y el cocido, constituyeron en toda su vida la base de su alimentación y casi no conoció otra, pasa hambres en los suntuosos Hoteles de las mayores ciudades. Por eso subsisten esas láminas de acero llamadas *armas blancas*. ¿Qué maestro de esgrima podrá dar un *quite* a la bala bien dirigida? Poner a reñir el mejor machete conocido con la automática militar, sería lucha de tigre con burro en la que el machete no representaría el papel de tigre.

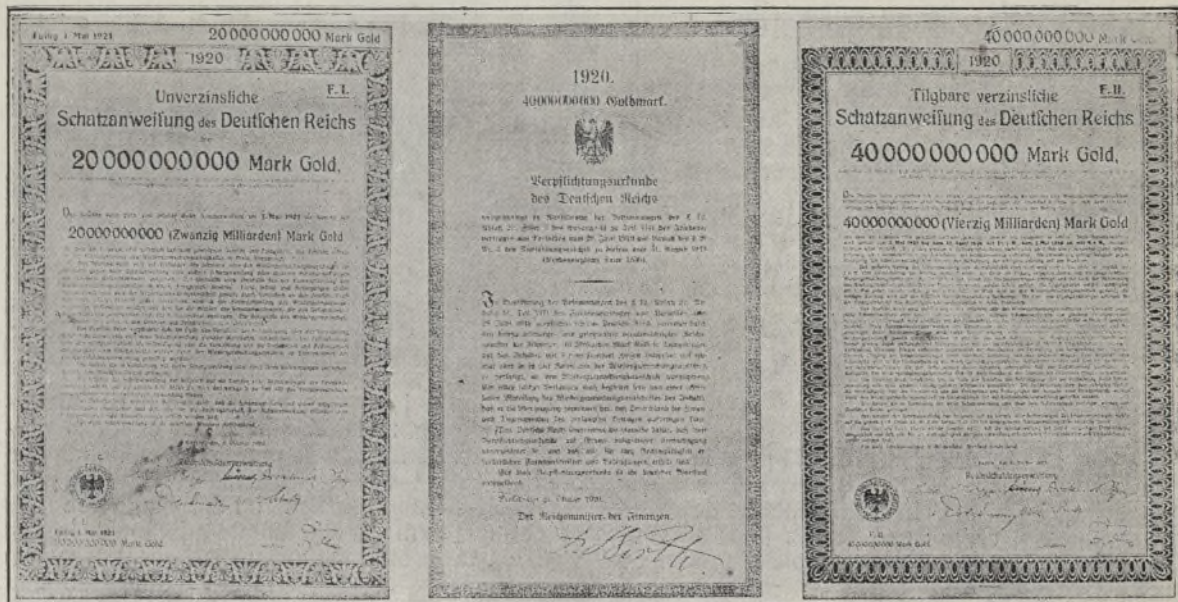
¿Qué papel más ridículo hubiesen desempeñado los alabarderos de doña Isabel II, defendiendo la escalera de Palacio, con espadas y alabardas? El mismo que los defensores de Baler, defendiéndose con las bayonetas; que si fueron arma excelente cuando el fusil era de chispa, las cosas han cambiado mucho. ¡Desgraciado el que para herir, tiene que aproximarse; porque el arma de fuego, no deja aproximar!

Un buen sable, afilado de corte y punta, sólo puede herir a menos de dos metros y a más de uno. La pistola envía *estocadas* de quite imposible, desde los 70 centímetros hasta más allá de los 70 metros; pero hasta pasadas algunas generaciones, no serán desterradas del todo estas armas.

Ahora bien: Aunque en número exíguo, siempre tendrá aficionados el arma blanca: No faltará quien goce aculotando pipas, quien se afane por reunir billetes con *capicua*, y quien se extásie contemplando una colección de sellos de correo. Y es que en la región del cerebro que todos tenemos destinada a las tonterías, hay quienes tienen en perenne fatuaje, eso de los capicuas, pipas, los sellos y la esgrima.

A. VAZQUEZ DE ALDANA

Después de la guerra.--La deuda de Alemania



Bono de 20.000 millones de marcos oro, que debe ser pagado a Francia el 1.º de mayo de 1921

Bono de 40.000 millones de marcos oro remitido por Alemania a la Comisión de reparaciones.

Bono de 40.000 millones de marcos oro que debe ser pagado a Francia entre los años 1921 y 1926.

Estos tres bonos al portador representan la enorme suma de 100.000 millones de marcos oro, que deben ser pagados por Alemania a Francia en cumplimiento de las cláusulas del Tratado de Versalles.

CASOS Y COSAS

Seguramente habrá muchos de nuestro lectores que nunca habrán oído hablar del príncipe de Conti, ni del abate Foisenom. ¡Ni falta que hace!

No obstante esto, ocurrió entre ambos desconocidos personajes, algo que merece ser contado y vamos con ello.

El príncipe, que era un valiente guerrero, convidó un día a comer al abate y éste le hizo rabona. Eso, hasta ahora, no tiene nada de particular.

Pocos días después, encontró el abate a un amigo que le dijo:

—Pero, hombre... ¡Bueno está monseñor el príncipe contigo!

—¿Connmigo?

—Está que echa café. No fuiste a su comida y lo ha tomado como desprecio.

El abate cayó en la cuenta de su falta que había obedecido a mala memoria y como no le convenía estar a malas con el príncipe, se presentó en el palacio de éste el primer día de audiencia, para tratar de reparar su falta, cosa difícil, pues monseñor Conti tenía por lema esta frase «El que me la hace me la abona.»

Y en efecto, acercase el abate al prócer y volverle éste la espalda despreciativamente, todo fué uno. ¡Cualquiera le daba explicaciones al verle en semejante postura!

El abate que era listo como él solo, dijo humildemente:

—¡Ah, monseñor! ¡Cuánto os agradezco que os pongáis en esa posición!

El príncipe, sin volverse, le preguntó:

—¿Por qué?

—Me habían dicho que me querfais mal y veo que no es verdad. Veo que V. A. me da la espalda.

—¿Y qué?

—Que V. A. no vuelve jamás la espalda al enemigo.

Excusado es decir, que el príncipe se esponjó, se sonrió, se volvió y perdonó.

* *

El origen de la semana es, según la Historia Sagrada, antiquísimo, puesto que el hombre dividió el tiempo así, imitando a Dios, que empleó igual número de días en la creación del mundo. Se explica también la división del mes en cuatro semanas, teniendo en cuenta los cuartos de la luna. Puede servir como prueba de este aserto el hecho de que las naciones semíticas y los egipcios dividían el tiempo de este modo. Los griegos y los romanos no conocieron esta división hasta su último período. Los judíos no tienen nombre especial para cada día de la semana, pero cuentan siempre siete días, a partir del sábado.

En Caldea y en Asiria, los nombres de los días estaban tomados de los de los planetas, y cada siete constituían un período.

CURIOSIDADES MARCIALES

Las correrías de un submarino durante la guerra.

La acción de los submarinos, ha sido durante la guerra, uno de los asuntos que mas han despertado la atención. ¿Cual era la vida a bordo de la pequeña nave que corría largos cruceros, distante miles de kilómetros de su Patria? Esto es lo que va a descifrarnos los siguientes trozos entresacados de un relato del comandante Spiegel que mandó uno de los submarinos alemanes durante la pasada guerra.

Era una noche oscura, propicia para la tarea. Las persianas de acero de las ventanillas de la torre estaban cerradas herméticamente, de modo que ningún indiscreto trazo de luz pudiese vernos; y así, invisibles por completo, podíamos surcar las aguas enemigas. Inmóviles y mudos estábamos en nuestro puesto—teniente, capitán y comandante—, obstinadamente fijos los ojos en la oscuridad, y girando sin pausa nuestras cabezas de izquierda a derecha.

Pronto debía venir el crepúsculo matinal con su pálida luz tan peligrosa, y entonces el sitio del comandante está en la torre. Con igual rapidez que percibimos una embarcación próxima somos notados, y si la nave es de la banda contraria, pueden acaecer sorpresas desagradables. Especialmente para nosotros, porque nuestra fuerza, como bien indica el nombre, está debajo del agua, y si hiere la armazón del sumergible el más pequeño trozo de granada, quedamos a merced del enemigo.

Minutos antes de las seis envié mis hombres a las estaciones de sumersión. Todos estaban advertidos, dispuestos en cualquier momento a cerrar o abrir las válvulas, correr los pasadores, hacer girar las manivelas...

* * *



Eran las seis y tres minutos, y aproximadamente media hora faltaba para que el sol se elevase. Todavía formaban mar y cielo una masa confusa entre verde y gris, dejando adivinar, pero no reconocer, el horizonte. Inútilmente recorría yo con mis gemelos los ámbitos de la extensión visibles. De pronto me dió un vuelco el corazón.

Había distinguido una sombra negra; una sombra que por momentos iba aumentando en dimensiones, haciéndose desmesuradamente larga y grande. Luego tomó forma, creciendo con mayor ligereza; se hizo todavía mayor... Un cuerpo negro, un mástil, una, dos, tres, cuatro chimeneas — ¡destruyér!

— Sumergirse inmediatamente. ¡Seguro peligro! — comuniqué abajo.

De un salto entré en la torre, cerrando la escotilla. El agua entraba ya en los tanques de sumersión.

Comenzó entonces el tremendo suplicio. Contar segundo tras otro, reloj en mano, hasta que los depósitos estuviesen llenos. Nunca parecieron mayores esas imperceptibles partículas de tiempo. Fueron eternidades.

El destroyer, del que sólo nos separaban 2.000 metros, habíamos visto también, y a toda fuerza de sus máquinas de 40.000 HP acercábase

se vertiginoso. Sus cañones delanteros relampaguearon vivamente, enviándonos una lluvia de proyectiles. Invoqué el santo nombre de Dios,



La vida a bordo de un submarino.—La cámara de mando. Mientras un oficial observa por el periscopio, el timonel se halla pronto a manejar la rueda que gobierna la dirección del submarino.

temiendo hiciesen blanco. Un acierto de los artilleros enemigos nos hubiera perdido.

Ya siéntese llegar el agua en la parte exterior de la torre hasta las ventanillas, a través de cu-



La vida a bordo de un submarino.—Cámara de alojamiento de la marinería.

yos cristales agonizo viendo avanzar al monstruo. Pavoroso resulta el estallar de las granadas en torno de mi frágil barco. Al caer sobre el agua suenan como fuertes martillazos dados en gruesa placa de acero; cada minuto los estallidos son más próximos y horriblos. El quinto disparo hace temblar la nave, y me obliga a presumir que al inmediato acabará con nosotros...; pero de pronto la sucia claridad del alba ocúltase, y el submarino, obediente al timón de profundidad, empieza a sumergirse.

Luz, de un gualdo enrojecido, nos envuelve. En el manómetro, la manecilla que señala el descenso va subiendo: 8 metros, 9 metros, 10 metros, 12 metros, 14 metros... ¡Estamos salvados! ¡Qué sentimiento tan raro y admirable éste de hallarse fuera de las zarpas enemigas, guarecidos en el seno del mar, palpitante y cariñoso como el de una madre!

**

La noche la pasamos junto a X, en el fondo. Necesitábamos reparar las fuerzas, pues duros

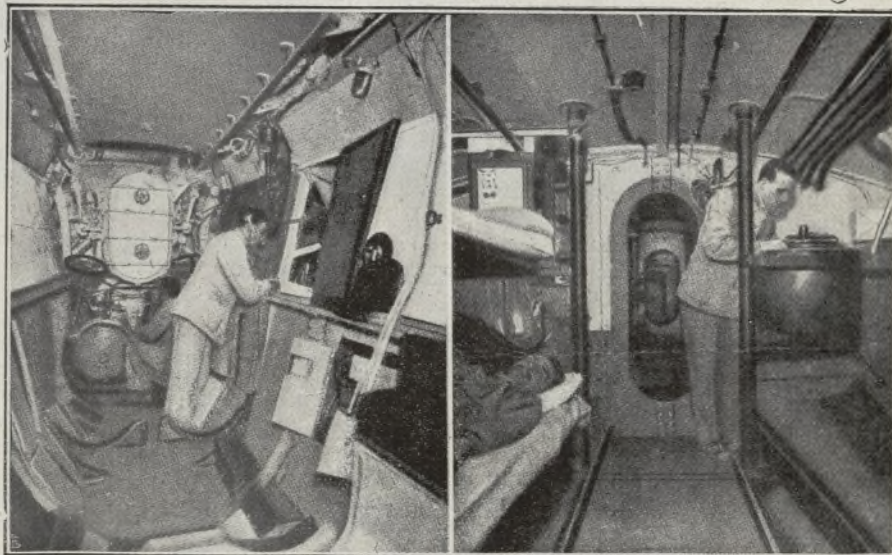
afanes nos solicitaban para los días siguientes.

Admirable regazo resulta el blando suelo de arena en aquella región del mar nórdico; como una madre al hijo enfermo, así acoge amorosamente cuanto sobre él se posa. Sólo precisa que arriba esté tranquilo, porque el fuerte oleaje repercute hasta grandes profundidades, y no deja estar quieto al barco un momento, zarandeándolo con fiera ferocidad. Ríanse ustedes entonces del Infierno.

El barco fué sumergiéndose cada vez a mayor profundidad, la que antes controlé por medio de sondas. A medida que nos íbamos acercando al fondo, mandaba funcionase más lenta la máquina dinamo, parándola por completo cuando sólo unos metros nos separaban, quedando sin función los remos de profundidad. Entonces se introdujeron en un recipiente de carga algunos centenares de litros de agua, para que se acrecentase el peso del submarino. Mirando el manómetro de profundidad, comuniqué a la central:

—¡Arribada inmediata!

Todavía no había terminado cuando sintióse un golpe muy suave, parecido al que experimenta el ferrocarril al parar. Estábamos abajo. En seguida procedióse a reforzar con más agua los botes de carga, a fin de que ellos diesen estabilidad al submarino. Inmediatamente revisamos las válvulas, asegurando el cierre hermético de las escotillas.



La vida a bordo de un submarino.—Gabinete de radiotelegrafía.—Oficial en la brújula

De proa y popa se me comunicó igual aviso:
—Todo impermeable.

Cuando tuve organizado el servicio de vigilancia y las rondas necesarias, mande descansar a los muchachos. Con qué alegría me oyeron decir:

—¡Noche sin trabajo! ¡A dormir hasta mañana! Después de tantos trabajos, de tan arduas fatigas, nadie es capaz de figurarse el gozo que se experimenta; con qué acendrada fruición se entrega uno al descanso. Aunque sabíamos que no estábamos al abrigo de un puerto y que una tremenda masa de agua pesaba sobre nosotros, una cordial sensación de bienestar nos dominaba, cual si aquel fuese el lugar más seguro del mundo.

* * *

Por la mañana no cantaron los gallos para despertarme; pero mi fiel Tuzynski, el asistente polaco, arrancóme de las dulzuras del lecho avisándome:

—¡Señor teniente, las cinco y treinta!

Confuso aún por las nieblas del sueño interrumpido, me senté en la cama, preguntando:

—¿Qué ocurre?...

—Las cinco y treinta— repitió el dócil e infeliger servid— Todo lo tiene usted dispuesto para lavarse y vestirse, señor teniente.

¡Ah, sí! Súbitamente la realidad inexorable semeipuso. Estábamos en el fondo; dentro de una hora habría que emerger, y después....

Como una ballesta salté del angosto lecho. El pensamiento correspondiente al «después» habíame despertado rápido y por completo. «después» era la faena del día...

Dándome la mayor premura me lavé y vestí. El cambio verificado mientras dormíamos encajaba mal en mis planes. Según podíase colegir, el tiempo no era del todo malo, quizá fuera del viento 6; pero no tardaría mucho en aumentar su violencia.

Apenas si me hallaba un minuto en la torre, cuando el ingeniero me avisó desde la central:

—¡Toda la gente de servicio está en las estaciones de inmersión!

Podíamos empezar el ascenso, y por consiguiente ordené:

—¡Emerger!

La bomba comenzó a funcionar. Era preciso expeler el agua que habíamos introducido en los tanques de carga, hasta que el buque, aliviado de peso, empezase a subir por sí propio. Por regla general, la maniobra se lograba bien; pero en esta ocasión halló dificultades. Nuestro dócil U-202 se pegaba, como se acostumbra decir en la jerga de submarino. La pregunta de los profanos, esa pregunta sádica, que tanta risa y desprecio nos produce: «¿No tienen ustedes miedo de no poder subir nuevamente?», la estuve recordando en aquellos momentos lacerantes.

Claro que miedo no tenía; mas la costumbre de una rápida y satisfactoria maniobra, hacíame tamborilear con los dedos el cristal del manómetro de profundidad, cuando la aguja tardaba en avanzar.

—Novecientos litros sobre lo normal. —avisó Krugger, el ingeniero, desde abajo.

Lo cual quería decir que habíamos evacuado 900 litros más de lo ordinario para izarnos.

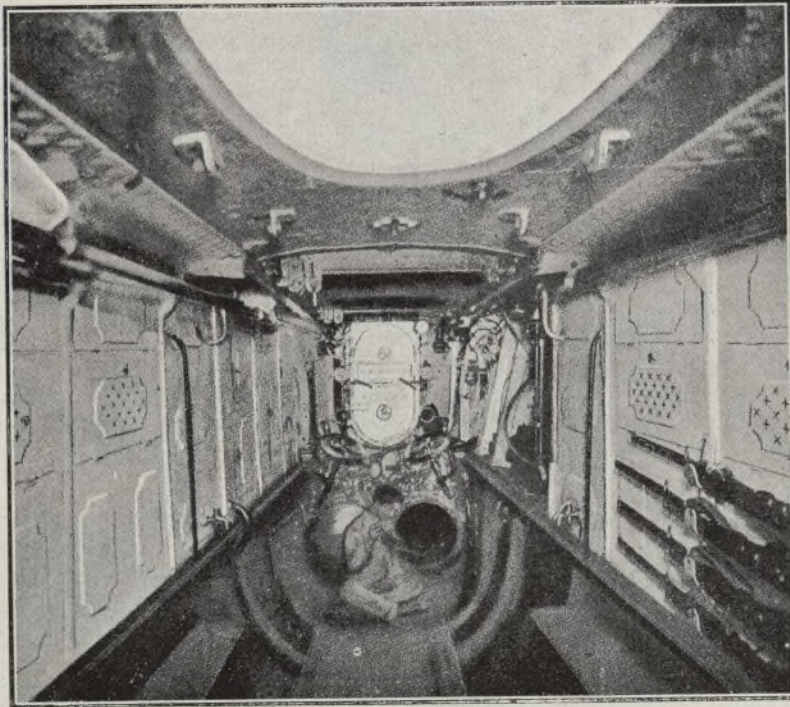
—Estamos dando con tiza. No se apure— bromeé—. Según el mapa, aquí debía encontrarse una regular mole de arena.

—¡Ahora se suelta!— me gritó Krugger.

Sí, se soltaba. La manecilla del manómetro subió, pero no bien. El barco había solamente ascendido por atrás, quedando hincada su proa en la maldita masa de arena.

—¿Qué demontre ocurre?— le oí gruñir a Groening, quien tenía la dirección del timón de profundidad—. ¡Estamos perdiendo el equilibrio!

No hubo otro remedio, para recuperar la postura normal, que trasladar peso a la popa del buque, anulándose así las ventajas tan penosamente conseguidas. Cuando los depósitos estuvieron llenos, volvió nuestro barco a cumplir sus obligaciones y se puso horizontal. Entonces empezó a subir bien, aunque proporcionalmente se inclinaba algo del sitio recargado, lo que luego evitose repartiéndose el agua entre los tanques de



Una vista del interior de un submarino.—La cámara de lanzamiento de torpedos. En el fondo, se ven los agujeros por donde el potente artefacto sale para herir al barco enemigo.

ambas extremidades, y así se pudo recuperar el antiguo equilibrio.

Al desprenderse de aquel involuntario cepo de arena, mi nave pudo ascender con la acostumbrada ligereza. Ya iba a ordenar desaguaran los depósitos, cuando pensé lo peligroso que sería asomarnos tan de súbito. En tales parajes abundan microbios temibles, que un comandante de submarino debe evitar siempre.

Trawlers y *destroyers* se llaman esos temibles bacilos, como habrá supuesto el lector.

Decidí por ello explorar la superficie mediante el periscopio; continuaron en los tanques los 900 litros de agua, y la subida hizo con lentitud. Mandé al propio tiempo funcionar las dinamos, para hacer presión sobre el timón de profundidad, ordenando fijar el barco a una de 20 metros. Entonces subí rápido hasta lo alto del periscopio y examiné la superficie. Nada pude distinguir, pues la mar era bastante gruesa.

* * *

Poco después del medio día apareció el primer barco adversario en el horizonte del Sur. Era un velero, hermoso buque de tres palos, que a todo

viento iba hacia la costa francesa. Con tranquila majestad, ligeramente inclinado por la presión del viento, acercábase. Su blanco vélamen lucía espléndido, destacándose, como las alas de una gaviota, del intenso azul del cielo. Esbelto, surgía su casco gris claro sobre el agua, que surca-

ba desahaciéndola con la proa en néveas y graciosas olas.

Alegremente nos echamos encima de la presa. Por sobre nuestras cabezas ondeaban los gallardetes de señales, significando: «¡Abandone en seguida el buque!», y la claraluz solar hacía más escueta la conminación. Y para que el grande y pesado velero supiese a qué atenerse, la bandera de guerra de la Marina germánica iba izada en el palo, junto a la torre.

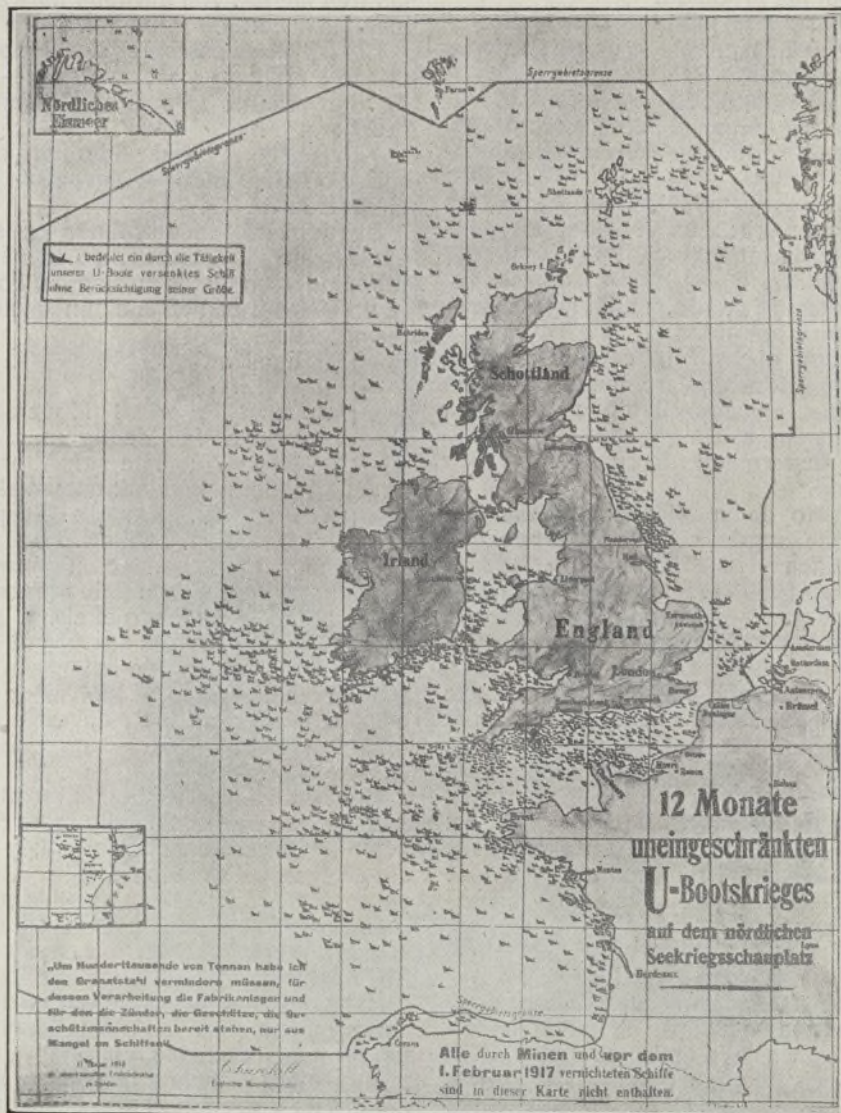
—¿Notarán libros de señales? —pregunté a Petersen—. Tardan en responder.

Pero no; antes de que me confes-

tase mi segundo se levantó en el principal mástil del velero una bandera, de la que apoderóse el viento para extenderla orgullosamente.

Era la bandera tricolor de Francia. A medio palo se paró: ¡Señal de peligro!

La bandera a media asta es el grito demandando socorro de un barco perseguido; por consiguiente, había sido entendida nuestra orden, y



Mapa encontrado a bordo de un submarino alemán capturado por los ingleses, en el que se fijan los sitios donde fueron hundidos barcos de la marina inglesa durante 12 meses de guerra. La gran cantidad de barcos hundidos en las mismas costas inglesas, muestra la eficacia del submarino como arma de combate. La nota inserta en alemán en la parte inferior del mapa, hace notar que los barcos hundidos por minas desde el 1.º de Febrero de 1917 en adelante no están incluidos en éste gráfico.

antes de obedecerla, su capitán buscaba el medio de ser auxiliado.

—Espera, querido, que esa viveza tuya la voy a remediar ahora mismo — murmuré, y dí la orden:

—Izad la señal: «¡Pare en seguida o disparo!» La nueva señal fué arbolada.

—Le vamos a dar tres minutos para reflexionar, y si no se pone razonable le derriba usted a tiros los mástiles—grité a Petersen, que ya estaba junto al cañón, agitándose muy nervioso.

Reloj en mano conté tres minutos exactos. El velero seguía aparentando no vernos y continuaba impertérrito su ruta.

—¡Qué torpe impertinencia! —me dije mientras guardaba el cronómetro; y en voz alta, dirigiéndome a Petersen, exclamé:

—Puede usted tirar.

¡Bun!, tronó nuestro cañón, y allá fué la granada zumbándonos los oídos.

Con satisfacción observé lo certero del disparo. Abriendo grandes agujeros en las amplias lonas del velamen, el proyectil dió en la verga mayor del trinquete, y al choque estalló, rajando el grueso palo por su mitad, lo cual hizo abatir la vela del mismo.

Rápido el efecto de la píldora: el gallardete rojo y blanco, que, según el libro internacional de señales, significa «He comprendido», pronto flameó en el barco francés.

Los marineros que se habían agrupado en la cubierta de popa y miraban con rabia y curiosidad hacia nosotros, disolvieronse, obedeciendo una orden de su capitán. Las velas del juanete mayor y superior bajaron rechinando; botalón y anfetope giraron, ofreciéndose al viento por la otra cara, con lo que nuestra presa quedó al páiro, perdiendo lentamente su andar.

Los botes fueron arriados y lanzados al agua; corrían los marineros, poniéndose los chalecos de corcho, demostrando irrefrenable excitación. Nos acercamos al barco por el costado de barlovento, advirtiéndolo al capitán se diese prisa. Diez minutos le concedí todavía para evacuarlo, después de los cuales sería torpedeado.

Abajo, en nuestro departamento de proa, donde se halla instalada la cámara de tubos lanzatorpedos y el almacén de los mismos, había, desde el momento en que fué percibida la goleta enemiga y sonó la señal de alarma, una actividad febril. Difícil imaginar cómo en sitio tan estrecho puede orientarse el personal a ello destinado, sino fuese diestro y veterano. Aquel marmágnum de tubos, válvulas y bombas hace perder el sentido al más firme de nervios. El cuarto de ofi-

ciales, sito después del almacén de torpedos, y que generalmente posee algunas comodidades modestas, en breve espacio quedóse sin muebles ni confort. Rápidas y grasientas manos descolgaron las cortinas, doblaron la mesa plegable y lleváronse los taburetes, colocándolo todo sobre las tres literas. Así quedaba libre el espacio para manipular con los torpedos.

El torpedista estaba en aquel momento friccioando a «Flinck» y «Reisstfenel» —tal era el nombre de ambos torpedos—, cuando sonó mi orden:

—Preparad el primer tubo para el tiro!

Fué «Reisstfenel» el agraciado para castigar al adversario.

Schweckerle encontrábase en su elemento, y en semejantes instantes su voz metálica apresuraba la acción de los marineros, como si ella fuera un tridente con el cual un demonio pinchase las nalgas:

—¡Tú, aquil!...

—¡Tú, ah!!

—¡Adelante! ¡De prisa! ¡Moverse, hombres!...

—¡Venga el sulfato de plomo.... el engrase!...

—¡Así está bien; basta ya! ¡Ahora introducidle! ¡Ayudad todos; empujad; adelante!...

—¡A la una!... ¡Empujad despacio, muchachos; más!... ¡Así!... ¡Alto!...

Una última recomendación murmurada en voz baja cuando el torpedo había entrado en el tubo, y Schweckerle cerrando el cierre me comunicó:

—¡«Reisstfenel» está dispuesto!

Mientras, habían ido bajando a los botes los tripulantes del barco. El último zozobró al ser echado y cuantos iban cayeron al agua; pero otra chalupa pudo recogerlos, sin otro daño que el chapuzón.

Cuando todos los hombres halláronse seguros, dirigí la proa del submarino hacia el infeliz velero, que permanecía inmóvil; y a una distancia de escasos cientos de metros, disparé el torpedo. ¡Allá fué, rectilíneo, temible como un rayo!..

Ocurrió la explosión y la columna de agua elevóse, magnífica y terrible, hasta el término de los mástiles.

Rápido hundióse el velero. Primero desapareció la popa entre las olas; después se inclinó tan pronunciadamente a un lado, que las vergas casi tocaban el agua y la pintura roja del fondo mostróse; y cuando el aire comprimido hizo saltar la escotilla de carga inferior, una lluvia de granos de maíz brotó, al par que el airoso barco íbase al fondo. Con un bronco ronquido precipitóse el mar sobre su rastro y espumosas olas sirviéronle de sepulcral lápida.



RELIQUIAS HISTÓRICAS

El último superviviente de la batalla de Trafalgar

Los ingleses se hallan a punto de perder, destrozado por los años, el antiguo navío de guerra «Implacable» que guardaban como recuerdo precioso de la batalla de Trafalgar.

El *Implacable* luchó entonces con la escuadra francesa a nuestro lado ostentando el nombre de *Duguay-Trouin* y fué capturado por los ingleses después de la célebre batalla.

El *Implacable* por las curiosidades que encerraba era lugar de peregrinación de los aficionados a las cosas marinas, que podían admirar en él la rara arquitectura naval antigua, pues se habían restaurado convenientemente las cámaras y puentes y se había instalado en él la batería de grandes cañones salvada de la fragata de 38 cañones «Foudroyant» hundida en Blackpool en 1897.

Al tratar de estos navíos y de Trafalgar no podemos por menos de recordar los párrafos bellísimos con que Pérez Galdós describe unos y otro y que nos mueven a detener respetuosos la pluma para dejar lugar a los pensamientos del maestro.

«Octubre era el mes, y 18 el día. De esta fecha no me queda duda, porque al día siguiente salió la escuadra. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote que nos condujo a bordo.

Figúrense ustedes cuál sería mi estupor, ¡que digo estupor! mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me vi cerca del *Santísima Trinidad*, el

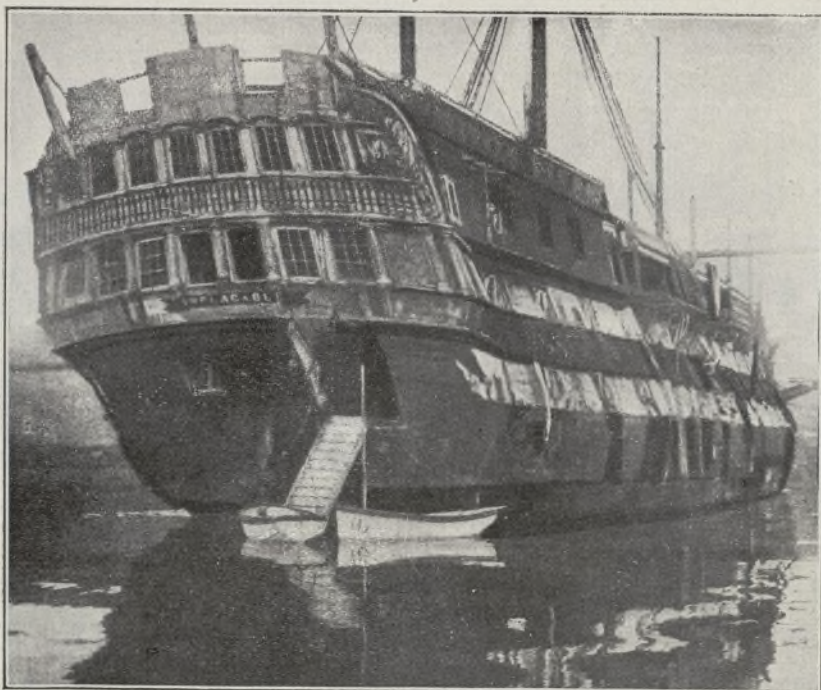
mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera, que visto desde lejos se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto a un navío, yo le examinaba con cierto religioso asombro, admirado de ser tan grandes los cascoss que me parecían tan pequeñitos desde la muralla; en otras ocasiones me parecían más chicos de lo

que mi fantasía los había forjado. El inquieto entusiasmo de que estaba poseído me expuso a caer al agua, cuando contemplaba con arrobamiento un figurón de proa, objeto que otro alguno fascinaba mi atención.

Por fin llegamos al Trinidad. A medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando la lancha se puso alcos-

tado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba, cual en negro y horrible cristal, la sombra del navío; cuando alcé la vista y vi las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las portas, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido, y quedé sin movimiento asido al brazo de mi amo.

Pero en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta, se me ensanchó el corazón. La airosa y altísima arboladura, la animación del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable orden de cuantos objetos ocupaban la cubierta, desde los cois puestos en fila sobre la obra muerta, hasta



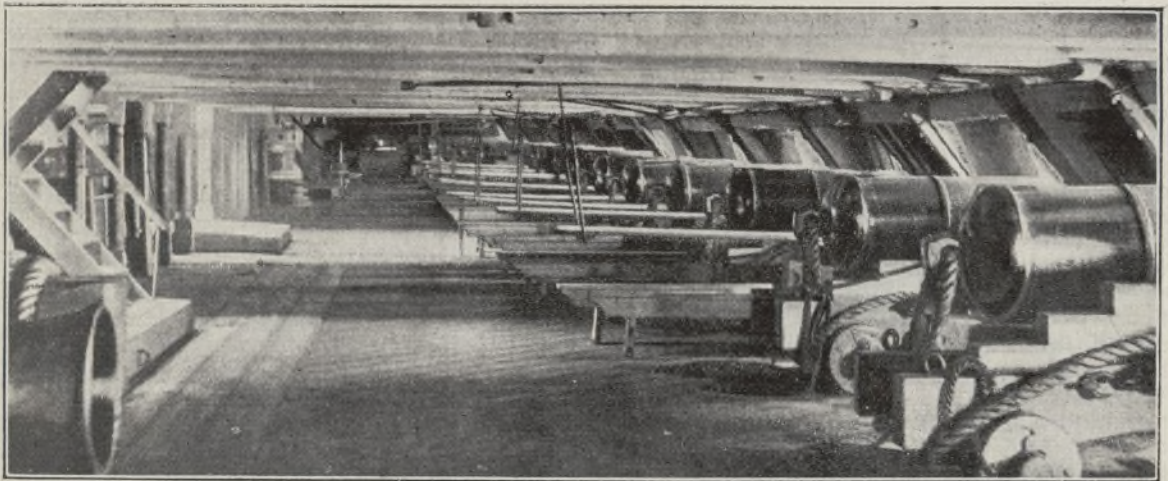
El «Implacable» que antes se llamó «Duguay-Trouin» peleando con escuadra francesa a nuestro lado en Trafalgar, fué capturado por los ingleses que lo guardaban como trofeo y reliquia de la gran batalla. Después de haber sido reparado varias veces, hoy se halla en peligro de desaparecer a pesar de los esfuerzos que se hacen.

los cabrestantes, bombas, mangas, escotillas; la variedad de uniformes; todo, en fin, me suspendió de tal modo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplación de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

Los presentes no pueden hacerse cargo de aquellos magníficos barcos, ni menos del *Santísima Trinidad*, por las malas estampas en que los han visto representados. Tampoco se parecen en nada a los buques guerreros de hoy, cubiertos con su pesado arnés de hierro, largos, monótonos, negros, y sin accidentes muy visibles en su vasta extensión, por lo cual me han parecido a veces inmensos ataúdes flotantes. Creados por una época positivista, y adecuados a la ciencia náutico-militar de estos tiempos, que mediante el vapor ha anulado las maniobras, fiando el éxito del combate al poder y empuje de los navíos, los

mezclado con la complicación de líneas y el juego de colores que combina a su capricho el sol, han determinado esa asociación extravagante que yo me explico por la huella del romanticismo que dejan en el espíritu las impresiones de la niñez.

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres. Aquel coloso, construido en la Habana, con las más ricas maderas de Cuba, en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios. Tenía 220 pies (61 metros) de eslora, es decir, de popa a proa; 58 pies de manga (ancho), y 28 de puntal (altura desde la quilla a la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo. Sus poderosas cuader-
nas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro pisos. En sus costados que eran fortísimas murallas, de madera, se habían abierto al



Curiosa fotografía de una antigua batería de cañones pertenecientes al navío «Foudroyant» que en un tiempo ostentó la insignia del almirante Nelson y que ha sido restrurada y colocada en el «Implacable» el cuidado de los exploradores marinos ingleses.

barcos de hoy son simples máquinas de guerra, mientras los de aquel tiempo eran el guerrero mismo, armado de todas armas de ataque y defensa, pero confiando principalmente en su destreza y valor.

Yo, que observo cuánto veo, he tenido siempre la costumbre de asociar, hasta un extremo exagerado, idea con imágenes, cosas con personas, aunque pertenezcan a las más inasociables categorías. Viendo más tarde las catedrales llamadas góticas de nuestra Castilla, y las de Flandes, y observando con que imponente majestad se destaca su compleja y sutil fábrica entre las construcciones del gusto moderno, levantadas por la utilidad, tales como bancos, hospitales y cuarteles, no he podido menos de traer a la memoria las distintas clases de naves que he visto en mi larga vida, y he comparado las antiguas con las catedrales góticas. Sus formas, que se prolongan hacia arriba; el predominio de las líneas verticales sobre las horizontales; cierto inexplicable idealismo, algo de histórico y religioso a la vez,

construirlo 116 troneras. Cuando se le reformó, agrandándolo en 1796, se le abrieron 130, y artillado de nuevo en 1805, tenía sobre sus costados, cuando yo le ví, 140 bocas de fuego, entre cañones y carronadas. El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimentos, ya fuesen puentes para la artillería, sollados para la tripulación, paños para depósitos de víveres, cámaras para los jefes, cocinas, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondrijos de aquel Escorial de los mares. Las cámaras situadas a popa eran un pequeño palacio por dentro, y por fuera una especie de fantástico alcázar; los balconajes, los pabellones de las esquinas de popa, semejantes a las linternas de un castillo ojival, eran como grandes jaulas abiertas al mar, y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas partes del horizonte.

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos mástiles gigantescos, lanzados hacia el cielo, como un reto a la tempestad. Parecía que el

viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias. La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estais, brazas, burdas, amantillos y drizos que servían para sostener el vélamen.

**

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y no había aún amanecido, cuando yo estaba en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias, y el pesado molinete, girando con su agudo chirrido, arrancaba la poderosa áncora del fondo de la bahía. Corrían los marineros por las vergas; manejaban otros las brazas, prontos a la voz del contraaestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el discordante concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motores; el crujido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sonos acompañaron los primeros pasos del colosal navío.

Pequeñas olas acariciaban sus costados, y la bahía, sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor y ¡qué espectáculo, Dios mío! treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y a nuestro costado, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz la magnífica rada; un ligero matiz de púrpura teñía las superficies de las aguas hacia Oriente, y la cadena de colinas y lejanos montes que limitan el horizonte hacia la parte del Puerto permanecían aún encendidos por el fuego de la pesada aurora; el cielo limpio apenas tenía algunas nubes rojas y doradas por Levante; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha, formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos los bajeles con igual paso. Unos se adelantaban, otros tardaron mucho en moverse; pasaban algunos junto a nosotros mientras los había que se quedaban detrás. La lentitud de su marcha; la altura de su aparejo, cubierto de lona; cierta misteriosa armonía que mis oídos de niño percibían como saliendo de los gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro de mí mismo; la claridad del día, la frescura del ambiente, la belleza del mar, que fuera de la bahía parecía agitarse con gentil alborozo a la aproximación de la flota, formaban el más imponente cuadro que puede imaginarse.

La escuadra salía lentamente: algunos barcos

emplearon muchas horas para hallarse fuera. Marcial, durante la salida, iba haciendo comentarios sobre cada buque, observando su marcha, motejándoles si eran pesados, mimándoles con paternales consejos si eran ligeros y zarpaban pronto.

«—¡Qué pesado está D. Federico—decía observando al *Príncipe de Asturias*, mandado por Gravina.—Allá va Mr. Corneta—exclamaba mirando al *Bucentauro*, navío general.—Bien haiga quien te puso *Rayo*—decía irónicamente mirando al navío de este nombre, que era el más pesado de toda la escuadra...—Bien por papá Ignacio—añadía dirigiéndose al *Santa Ana*, que montaba Alava.—Echa toda la gavia, pedazo de tonina—decía contemplando el navío de Dumanoir:—este gabaicho tiene un peluquero para rizar la gavia, y carga las velas con tenacillas.»

El cielo se enturbió por la tarde, y al anocheecer, hallándonos ya a gran distancia, vimos a Cádiz perderse poco a poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tintas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

**

Al amanecer del día 20, el viento soplaba con mucha fuerza, y por esta causa los navíos estaban muy distantes unos de otros. Mas habiéndose calmado el viento poco después de mediodía, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas: vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuerpos que componían la reserva.

Yo me deleitaba viendo como acudían dócilmente a la formación aquellas moles, y aunque a causa de la diversidad de sus condiciones maríneas, las maniobras poco perfectas, siempre causaba admiración contemplar aquel ejercicio. El viento soplaba del Suroeste, según dijo Marcial, que lo había profetizado desde por la mañana, y la escuadra, recibéndole por estribor, marchó en dirección del Estrecho. Por la noche se vieron algunas luces, y al amanecer del 21 vimos veintisiete navíos por barlovento, entre los cuales Marcial designó siete de tres puentes. A eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban a la vista formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y según las apariencias, las dos columnas de Nelson, dispuestas en forma de cuña, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

Tal era la situación de ambos contendientes, cuando el *Bucentauro* hizo señal de virar en redondo. Ustedes quizás no entiendan esto; pero les diré que consistía en variar diametralmente de rumbo, es decir, que si antes el viento impulsaba nuestros navíos por estribor, después de aquel movimiento nos daba por babor, de modo que marcháramos en dirección casi opuesta a la que ahora teníamos. Las proas se dirigían al Norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener a Cádiz bajo el viento, para arribar a él en caso de desgracia, fué muy criticado a bordo del *Trinidad*, y

especialmente por Marcial, que decía: «Ya se esparrancó la línea de batalla, que antes era mala y ahora es peor».

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según se decía, quedó a la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión: unos navíos andaban muy a prisa y otros se precipitaban sobre el delantero; otros marchaban poco, rezagándose o se desviaban, dejando un gran claro que rompía la línea, antes de que el enemigo se tomase la molestia de hacerlo.

Se mandó restablecer el orden pero por obediente que sea un buque, no es tan fácil de manejar como un caballo. Con este motivo, y observando las maniobras de los barcos más cercanos, Medio-hombre decía:

«La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el señorito la corta, adiós mi bandera: perderíamos hasta el modo de andar, manque los pelos se nos hicieran cañones. Señores, nos van a dar un julepe por el centro. ¿Cómo pueden venir a ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están a la costa, ni el *Neptuno* ni el *Rayo*, que están a la cabeza? (Rumores de aprobación.) Además, estamos a sotavento, y los cosacones pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Bastante haremos nosotros con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque bien, y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.»

El sol avanzaba hacia el zenit y el enemigo estaba ya encima. ¿Les parece a ustedes que ésta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del día! exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevía a hacer demasiado pública su demostración, ni estas conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me había ingerido.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresión de disgusto. Los oficiales en el alcázar de popa y los marineros y contramaestres en el de proa, observaban los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los

cuales había cuatro pertenecientes al centro.

Se me había olvidado mencionar una operación preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo a maniobras, oí que dijeron:

«La arena, extender la arena.» Marcial me tiró de la oreja, y llevándome a una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más o menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habían colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenía al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano, subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando vi que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablones. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por satisfacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado.

«Es para la sangre,—me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre! repetí yo sin reprimir un estremecimiento de terror.

Miré la arena; miré a los marineros, que con gran algazara se ocupaban en aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sin embargo, la imaginación, que entonces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más en triunfos y agradables sorpresas.

El servicio de los cañones estaba listo y advertí también que las municiones pasaban de los pañoles al entrepuente por medio de una cadena humana semejante a la que había sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hacia nosotros, y traía en su cabeza, o en el vértice de la cuña, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que lo mandaba Nelson. El otro traía a su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Collingwood.

AURORA ROJA

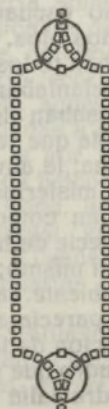
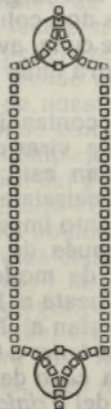
SILUETA

Agoniza la noche, asesinada
por el sol que arderá en el nuevo día...
Allá en la lejanía
va naciendo una aurora sonrosada...

Se recorta el perfil de las montañas
sobre el fondo del cielo azul rosado
como el lomo enarcado
de unas fieras extrañas...

Y unas nubes remotas,
largas y empurpuradas,
parecen anchas vendas empapadas
en la sangre de muchas vidas rotas.

JOAQUÍN BONET.





DIÁLOGOS IMAGINARIOS

AL BORDE DEL ABISMO

Llegaron frente a frente. El uno venía del Norte, de los países grises y nevados, donde el sol no quema; del Sur el otro, de aquellas tierras doradas y ardorosas donde la sangre bulle y el sol calcina. Y con ser sus caminos opuestos, los dos caminaban en busca del país de la idea hecha verdad.

—¿Hacia dónde se camina, hermano?

—Voy hacia aquel país dichoso donde dicen veremos cumplidos nuestros anhelos. Voy hacia el Sur. Largos años que camino y aun no vislumbro el término de mi viaje. Y vos, hermano, ¿hacia dónde váis?

—Hacia el Norte. Mis antepasados me señalaron el Norte como país de promisión. ¿Falta aun mucho? Noto que van faltándome las fuerzas. Soy ya viejo y veo voy llegando al borde de la vida, junto al gran abismo.

—También yo noto flaquear mis piernas, aunque no mi fe. Sólo años, vida, me faltarán.

—¿Qué hacer hermano? ¿Volver atrás?

—¡Volver atrás!... Fuese ello posible... No, no es posible desandar lo andado, volver al pasado. El nos impele hacia adelante, hacia el porvenir.

—Pero el porvenir huye ante nosotros. La tierra que buscamos siempre será un país de ensueño. ¿Qué hacer?

—¿Qué hacer? Reparad cuán cerca de nosotros se abre el precipicio de lo desconocido, donde hemos de caer invariablemente.

—¡Morir!

—¿Tembláis?

—¡No! No me espanta la muerte. Sé que no he de escapar de ella. Pero...

—Os comprendo. No dudéis. Otros vendrán tras de nosotros que continuarán buscando el país de la verdad. Aunque acabarán quizá, como nosotros, sin lograr encontrarlo. ¡Es tan lejano!...

—Sus bellezas nos atraerán siempre.

—Es ley eterna de la vida marchar constantemente. Ved este agua pura y cristalina que corre cantando su canción de vida por entre estas riberas floridas. Va venciendo cuantos obstáculos halla al paso. Si se detuviera, si se estancara, se pudriría. Es preciso marchar, marchar siempre.

—Pero estas aguas que corren bullangueras van impelidas por la pendiente, que las arrojará en el mar, donde también acabarán.

—Así ocurre con nuestra vida. «Nuestras vidas son los ríos»—dijo un poeta—. Desde la cumbre de nuestra vida, que es el nacer, empezamos a correr por la pendiente del Destino, que nos arrojará un día en el mar de la Eternidad. Pero acabaremos para que otros empiecen tras de nosotros. Todo se acaba o, mejor, todo se renueva. El agua de este río, que salió del mar, vuelve al mar después de haber fecundado la tierra. Así nosotros, volveremos al mar de donde salimos; pero después de haber fecundado la gran alma universal.

—Mas pienso si a la postre servirán de algo nuestros esfuerzos, si no serán inútiles nuestros desvelos. ¡Pobre Humanidad!

—¿Aún dudáis?

—¿De qué nos servirá saber cuanto sepamos? ¿De qué saber que cuando esta pobre Humanidad de la tierra dé el último suspiro, otras Humanidades empezarán a alentar en cualquiera de esos otros mundos que vemos brillar en la serenity de la noche? El fin es inevitable en todos ellos, aunque siempre eternamente se sucedan Humanidades. ¡Loco empeño el nuestro! ¿Para qué tanto saber?

—Verdad. El nos dará un átomo de vida.

—Yo, como Nietzsche, quisiera la Eternidad, ¡Acabar un día!... Es preferible no haber nacido.

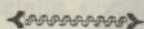
—La Eternidad, sí, la Eternidad. Es muy triste pensar que todo acabará aquí, entre nosotros; que no hemos de salir de la tierra.

—Hermano: hablando no nos hemos dado cuenta de que el sol empieza a declinar por Occidente. Es preciso reanudar nuestro interrumpido camino.

—Decís bien. Marchemos. El borde está cerca. Debemos seguir buscando nuestro país de ensueño, nuestro país de la verdad. Dios está en él.

—No desmayemos. Y al caer cuidemos de caer dignamente. ¡Adiós, hermano!

VICENTE CHÁLONS.



Dos veces valiente

Fué en mis años de adolescencia; en esos remotos años en que se piensa con placer; cuando la cabeza se va poblando de hebras de plata y que se añoran con nostalgia, sintiendo no puedan volver esos años mozos que, por ser el preludio de ella, es lo mejor de nuestra vida.

Me preparaba yo para la brillante carrera de las armas en una de las cien mil academias de la villa cuyos muros recatadamente besa el Tajo, circundándola en estrecho abrazo; ciudad de los emperadores y los misterios en la antigüedad, y de canónigos y cadetes en los modernos tiempos. Sabía matrona que en su vejez desprecia los adelantos con que se adornan ciudades vecinas y sigue, en su modestia, siendo archivo de historias y consejas, y fiel guardadora de nuestras tradiciones de remotos tiempos.

Era en la época en que, debiéndonos dedicar a los intrincados estudios matemáticos, posponíamos éstos a los mañaneros paseos en el Miradero y Zocodover y a las alegres tardes de la «Vega», en que las lindas toledanas hacían gala de un mirar más dulce que el clásico mazapán y de estar mejor forjadas que los célebres aceros, ambos paisanos suyos.

Pero apartémonos de divagaciones, a las que me lleva la pluma deseosa de hablar de lo que *fué*, «ya que cualquier tiempo pasado *fué* mejor», para entrar en el relato de uno de esos hechos que se quedan grabados para siempre y en los que se piensa cuando la experiencia nos hace conocer del mundo, o cuando, pasados muchos años, asistimos, como al narrador le ha ocurrido, al más inesperado desenlace.

Entre los muchos que con nosotros convivían en la Academia de referencia, había dos protagonistas de nuestra historia: Súniga y Peláez, ambos fornidos y fuertes, y queridos de todos por su agradable carácter.

¿Cómo empezó el incidente? ¿Qué causa lo motivó? Son cosas, queridos lectores, de que os hago gracia en atención a que se ha perdido en el transcurso del tiempo y tan solo en leve reminiscencia lo conserva mi memoria; únicamente sé, y eso bien lo recuerdo, que un día en que Súniga se hallaba en la cama con alguna fiebre, y todos, a fuer de buenos compañeros, rodeábamos su lecho, no sé cómo originóse violenta discusión, en la que el enfermo *fué* el primero en tomar parte; discusión que, habiendo empezado por ser general, se particularizó entre el enfermo y Peláez, llegando los ánimos a efervescencia tal, que el primero, olvidándose de su enfermedad y de su fiebre, saltó ligero, abandonando el lecho, al que volvió, después de haber dado al segundo sober-



bio bofetón, que nos sobrecogió de espanto, previendo la futura actitud de Peláez, que intentaría, en justa correspondencia, vengar tan inesperada afrenta; pero mayor *fué* nuestra extrañeza cuando, llevándose la mano a la dolorida mejilla, dió media vuelta, marchándose del cuarto, tras de proferir la siguiente frase: «Pensando en tu fiebre no contesto al injusto agravio que me has hecho; pero cree que nunca me he sentido más valiente que hoy que me dejo pegar, y quizá algún día pueda demostrarlo.» Palabras que tranquilizaron nuestro ánimo, aquietándolo, viendo desvanecidos nuestros fundados temores de probable lucha, y que fueron comentadas de muy diversas maneras por los que allí nos congregábamos; quien decía que, efectivamente, era un valiente, y quien que era un cobarde; algunos tachaban sus palabras de hueras y románticas, y otros las juzgaban fácil medio para salir del paso. Yo, en otra parte quizá hubiera sido del mismo pensar; en la Imperial Toledo encontraba muy bien aquellas dignas palabras, a las que servían de apropiado marco las laberínticas callejuelas de misteriosos tránsitos, propias de la ciudad de los románticos desafíos a la luz de la luna y albergadora de esforzados caballeros de airosas capas, tizonas y chambergos.

II

Han transcurrido algunos años y hemos vuelto a rememorar tiempos pasados de alegre camaradería; nuestros bozos harto poblados acusan el tiempo que no en vano pasó, convirtiéndonos en

hombres, y, como en pantalla cinematográfica, pasan ante nosotros miles de recuerdos que nos halagan y en los que nos ensimismamos pensando...

A través de la pantalla pasa nuestro salto a la Academia de Infantería, el primer día que vestimos el tan ansiado uniforme de cadete; las novatadas, agradables unas y mortificantes otras; broncas en instrucción y clase; nuestro insulso apostolado, sin pena ni gloria; el dichoso día en que, pasando a tercer año, nos hacíamos los *amos* del cotarro cadetil; y el momento solemne en que todos nuestros desvelos se vieron premiados con la entrega del real despacho de oficial, punto de mira de nuestros anhelos los tres años de penoso *cadetazgo*, y, por fin, tras de rodar por algunas guarniciones, más o menos importantes, nos encontramos en este rincón africano, tan poco fructífero, si se tiene en cuenta los constantes raudales de española sangre, que, diciendo española, sobra todo adjetivo, como de riesgo ha servido a estos yerros y desagradecidos campos.

Ilusión de los sentidos nos hace vernos de nuevo en las toledanas aulas, pues aquí nos encontramos casi todos los que juntos compartimos las arduas tareas escolares; y, en los momentos de tranquilidad, recordamos aquellos tiempos, alternando los fuegos y tiroteos con el recuerdo de cualquier gracioso episodio de tal ocurrente alumno o de cuál chistoso profesor.

Uno de esos días en que más alegres estábamos relatando las ocurrentes hazañas de un *gracioso*, nos sorprendió un inesperado ataque ene-

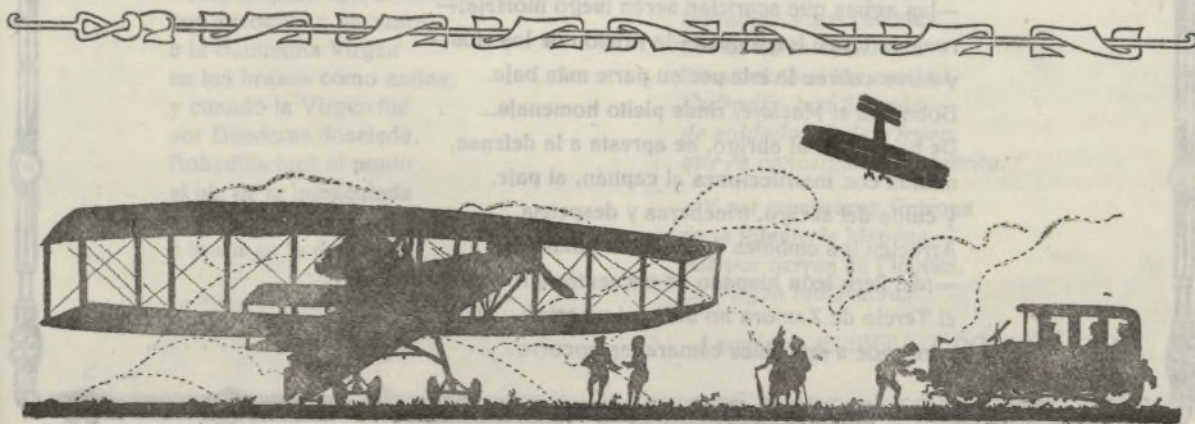
migo, que hizo abandonásemos nuestra animada charla para hacernos prestamente a las armas.

De rudo puede tacharse, por lo imprevisto, el encuentro que tuvo lugar, en el que, por ambas partes, hubo tristes bajas que lamentar; pero lo saliente de él, lo que sobrecogió nuestro ánimo, fué ver, en lo más violento del fuego y encarnizado del ataque, a un oficial al que parecían que

hasta las balas respetaban en su arrogante intrepidez y que, avanzando sin vacilación alguna, se apoderó de uno de nuestros heridos, arrebatándoselo a viva fuerza al enemigo, ya dueño de él; pero subió de pronto nuestro asombro al reconocer en el herido a Súniga y en el salvador a Peláez, ambos antiguos camaradas nuestros, cuya visión nos trajo a la memoria el enfadoso suceso de nuestros primeros años de estudiantes, de cuyo recuerdo nos apartaron los murmullos de admiración de cuantos nos rodeaban; murmullos y felicitaciones que no tuvieron, por parte de aquel héroe, más comentario que, aprovechando un momento los pocos alientos que el esfuerzo titánico llevado a cabo le habían dejado para balbucir: «Es la segun-

da ocasión que me siento valiente; la primera fué la única vez que en mi vida me dejé pegar.» Las lágrimas de Súniga, que todavía permanecía en sus brazos, bañaron pródigas las manos que le habían salvado, y nosotros tuvimos que volvernos para enjugarnos las que pugnaban por salir de nuestros ojos en honor de aquel dos veces valiente.

FRANCISCO JAVIER ORTIZ TALLO.



EFEMÉRIDES

La Virgen de los Tercios

(8 de Diciembre de 1585)

Era en aquellos tiempos en que el protestantismo pugnaba por crecer en las tierras de Holanda, y eran aquellos Tercios mandados por el mismo Alejandro Farnesio, que venció en la demanda.

Tres Tercios van de Alost; a Bois-le-Duc caminan; penoso es el camino por tierras de aluvión, y los rayos que quiebran las arenas, iluminan la gorra, el capacete, la casaca o el jubón. En Bois-le-Duc, Mausfeld no planta sus reales, tras calma a la fatiga, continúa hacia Harpen; a su paso por Bommel, por librarlo de males, deja un Tercio, no sabe si hizo mal o hizo bien El Tercio lo mandaba Francisco Bobadilla, Conde de Puñonrostro, marino y capitán, paladín esforzado de la invicta Castilla, aquel que ofrendó su vida a la censura real. Declinaba el otoño... Bobadilla tomaba medidas que vencieran los fríos del invierno, los ríos desbordantes cubrían la llanada, tornándola en terreno pantanoso y enfermo. Sabedor el de Halak de las tropas de España, Quiere cobrar errores al Tercio de Zamora; mas presto Bobadilla se afinsa a la campaña, y piensa que «Zamora no se tomó a la hora». Avanza por el Mossa, Halak, con cien navíos —las aguas que acarician serán luego mortaja;— rompen luego los diques—la prisión de los ríos,— y éstos cubren la isla por su parte más baja. Bobadilla el Maestre, rinde pleito homenaje... De una duna, al abrigo, se apresta a la defensa, manda con instrucciones al capitán, al paje, y cuida del abrigo, trincheras y despensa... Arrecian los embates de Halak el holandés; —¡del fiero león hispano se encuentra allí el cachorro!— el Tercio de Zamora no sufre ni un revés, pero pide a sus fieles camaradas socorro.

Desde el último piquero
el Maestre que les manda
ruegan al Dios protector
que nos cobija y nos guarda
no olvide sus oraciones
que van del fondo del alma.
Y toman para ponerse
a defensa desesperada
las cercanías de Empleu
templo que está en la más alta
planicie que el río Mosá
dividiera en la riada.
Y se traza el esqueleto
de la red fortificada
reforzándose los puntos
donde la vista atalaya,
los diques y los caminos
fáciles para la entrada.

Llega el 7 de Diciembre
un soldado trabajaba
cerca de la tienda suya
que a la campaña miraba,
y eran sonoros y huecos
los sonidos de la azada
y era torpe el brazo, y era
poca la fe y la esperanza,
(cuando relumbró su vista
un objeto que brillaba
todo armonía y bondad
todo luz potente y clara.
¡Era en colores aun frescos
la Virgen Inmaculada
con su purísimo manto,
sobre una tabla pintada!
¡Milagro!—dijo—¡Milagro!
con voz que salió del alma.

Rindió la cerviz brotando
a sus ojos una lágrima,
que fué a confundirse al beso
que dióle a la Inmaculada.

Al ruido de la oración
acuden sus camaradas,
transportando conmovidos
con devoción y algazara,
a la Santísima Virgen
en los brazos como andas,
y cuando la Virgen fué
por Banderas doselada,
Bobadilla juró al punto
al pie de la Inmaculada
vencer pronto al enemigo
o morir en la demanda.

Y es en la noche del 7
de Diciembre, noche helada
de ventisca, fría, fría
como la desesperanza,
y en los ríos Uirna y Waal
sobre sus tranquilas aguas
forman unas cristalinas
capas de hielo; la helada.
Mientras que en la noche triste
los elementos les guardan;
en junta de capitanes
Bobadilla escribe y habla
para llegada la aurora
entablar desesperada
lucha; pues piensa le ampare
la Virgen Inmaculada.

Poco después es ya claro
el manto de la mañana,
se oye el toque de rebato
—que siguiera al de diana—
se equipan y municionan,
lanza en ristre y alabarda,
arcabuces y mosquetes
artillería y bombardas
para hacer una salida
que aquella noche pensarán
y cobrar por cada pica
diez flamencos de alabarda...

¡Grande fué pues, la sorpresa
en los rostros retratada,
desde el último piquero
al Maestre que les manda,
al ver al de Halak en sus barcos,
que agua abajo navegaban,
por temor a que en las redes
cristalinas se quedarán...!

Y lo que fué lucha a muerte
para las armas de España
con la huida del de Halak
fué victoria señalada...
Por ser la acción milagrosa
y ser del cielo la gracia
Bobadilla y sus Infantes
flor de tierra castellana
formaron una hermandad
Cofradía—así llamada—
de soldados de la Virgen
que es concebida sin mancha.

Y así nombraron Patrona
de la Infantería hispana
allá por tierras de Flandes,
La Virgen Inmaculada.

LEONARDO ENRIQUEZ ROZAS.

DE NUESTROS COLABORADORES

A MEJOR VIDA

por E. G. A.

El Capitán Náftalina, que así era llamado en la intimidad de sus compañeros por su especialidad en asuntos de Almacén, había sido elegido nuevamente para este cargo de confianza, sistema que podrá ser opuesto a la actividad y disponibilidad de todos, tan necesarias para la profesión de las armas, pero que dá recursos y *desenfila* de este desempeño, a los que no lo creen compatible con sus aficiones o arrestos militares...

Y en verdad, que no es nada *prusiana* y consume un caudal de energías, la vida sedentaria del Oficial de Almacén; recargado de servicios anexos al mismo, ha de evitar, no el deterioro sino hasta la propensión a él de las prendas que le están confiadas; como Jefe de talleres, ha de dirigir el lavadero, tarea fácil si es mecánico; pero a brazo, más difícil por la lucha con las Venus en 3.^a vida que integran su plantilla;... y en una palabra há de ser el perito más sobresaliente del Cuerpo, sin que le sirva de disculpa la opinión de los compañeros interventores en un reconocimiento efectuado.

¿Cómo logró el Capitán Náftalina... sobresalir entre los más distinguidos en el destino?; en primer lugar, por su natural graciable; para todos y cada unos de sus superiores o compañeros, tenía la palabra apropiada al ramo de que se tratase; no había salido aún del local un descontento; si no había existencias,... se aseguraba su recibo a la mayor brevedad.

No obstante esta tolerancia y pesados trabajos en obsequio a las clases y Oficialidad del Regimiento a quienes facilitaba a precios económicos diversos objetos de utilidad, era duro e intransigente cuando de perjuicio del fondo de material se trataba; el entusiasmo que ponía en lo que prodigaba a expensas de sus mayores desvelos, era pequeño al lado del referido fondo de sus amores, por cuya defensa, era capaz de perder el buen concepto de tolerancia...

Su fuerte era conseguir en las prendas un estado perfecto, resaltando la buena administración del vestuario a costa de revistas e inspecciones con las naturales zozobras de las compañías, para las cuales, los trabajos de depósitos y

devoluciones definitivas eran días terribles, llenos de amargas reconvenções; no; no podía ocultar su disgusto cuando de precisión providenciaba sobre deterioro por cambios de vidas, ni su inmensa alegría si por el contrario y en casos muy contados, no había cambios de clasificación ni anotaciones al respaldo...

Esclavo de su obligación a la que no podía faltar un solo día, la ausencia de media semana fué tomada de indagaciones e interés sobre las causas, que fueron conocidas; la enfermedad primero, y la muerte después de su señora madre política le habían privado este cumplimiento...

Y al presentarse en su local, fueron desfilando como siempre en *clásica peña*, los compañeros y amigos dándole el pésame de rigor y poniendo en aquella mañana en la Oficina *otras veces tan llena de optimismo*, un ambiente de pesar y tristeza mil veces más perjudicial a los espíritus, que al buen paño la odiosa y desterrada polilla, si la entrada del Capitán Gomez con sus cosas, no hubiera dado al fúnebre tema, una derivación ingeniosa e inesperada...

..¡a qué entristecerte! ¡debes estar contento! dijo al doliente.

—No sé porque—contestó este, sonriendo levemente,—tal vez, porque las suegras deben estar en el infierno; ¡sí! pues te advierto, que la mía era una excepción de la regla una prenda nueva en una palabra...

—No he querido referirme a tu dolor como hijo político; aludía a tu obsesión por las clasificaciones, que acabas de demostrarnos una vez más, amigo Náftalina; debes alegrarte y perdona, por que a tu señora madre política, de una muy deteriorada existencia que llevaría por sus achaques naturales... «en la entrega a Dios de su alma», le ha correspondido pasar a «mejor vida»...

Jugemo bgea





RECUERDOS DE LA GUERRA

La Trinchera de las bayonetas

En uno de nuestros anteriores números publicamos una nota de la famosa trinchera de las bayonetas, y otro del proyecto del monumento que por iniciativa del millonario yanqui Mr. Rand iba allí a levantarse.

El monumento se halla ya construído y ha sido inaugurado solemnemente este mes, por el Presidente de la República francesa, en presencia de los altos jefes militares franceses y de los herederos del millonario Rand, que como es sabido pereció en un accidente de aeroplano en el trayecto de París a Londres.

El monumento se halla emplazado en una de las alturas existentes entre Thiaumont y Doaumont, y cubre la trinchera donde ocurrió el trágico suceso del que ya dimos cuenta a nuestros lectores.

La presente fotografía muestra el actual aspecto del terreno que hoy se halla protegido por el monumento. Según los relatos oficiales unos 60 hombres eran los que constituían el destacamento que guarnecía la trinchera. Los fusiles, se hallaban en el momento en que se produjo el drama, en el instante en que removidos por el huracán de fuego los dos taludes se unieron para enterrar a los defensores, apoyados en el parapeto y al alcance de las manos de sus dueños. Las obras

de desescombramiento necesarias para establecer los cimientos del monumento han permitido determinar la posición y actitud de los soldados tal como quedaron en el momento en que ocurrió la catástrofe.

Según cuenta el arquitecto M. André-Ventre, autor del proyecto y encargado de la ejecución de las obras, el descubrimiento de los cuerpos de los soldados enterrados fué impresionante en extremo. La obra se realizó en agosto y los calores propios de la estación hacían penosísima la tarea. Enormes mosquitos atacaban a los trabajadores piamonteses y chinos a quienes se encargó el fúnebre trabajo. Ratas enormes saliendo espantadas de sus retiros, huían por todas partes. Se cavó el suelo por debajo del sitio en que se hallaban los fusiles, y *al lado de cada arma se hallaron los restos de un soldado*; unos pobres restos tan reducidos, tan reducidos, que muchas veces no eran ya otra cosa que una simple mancha negra entre dos capas de arcilla. El *humus* había absorbido, decorado eternamente los cuerpos y en algunos de ellos, lo que quedaba de sus huesos casi podía conservarse en un sobre grande. En cambio—cosa curiosa—los cadáveres que fueron descubiertos en el agujero formado por un proyectil y medio cubierto por el cieno se conser-

vaban bastante más completos. Cada fusil, indicaba infaliblemente el sitio de un cuerpo. Se encontraron los restos de 57, de los cuales 40 fueron identificados por las ropas que les envolvían. Estos fueron transportados al cementerio de Fleury de donde serán exhumados para enterrarlos de nuevo en esta trinchera al amparo del monumento, en unión de los 17 desconocidos, si las familias lo autorizan. Las armas no han sido tocadas. Se hallan en la misma forma que quedaron. Sólo han desaparecido las bayonetas. Se sabe que con los soldados, perecieron cuatro oficiales, pero ha sido imposible reconocer sus cenizas.

La trinchera ha sido delimitada y protegida por los muros del monumento. Para establecer los cimientos, ha sido preciso, tratándose como se trataba de un terreno inconsistente y lleno de agujeros, establecer grandes macizos de cemento que en algunos sitios tienen hasta tres metros de profundidad, unidos entre sí por armadura de hierro con objeto de dar a la obra gran consistencia y hacerla resistente a los deslizamientos de tierras que pudieran producirse. Sobre estos fuertes dedos, es donde se han levantado las columnas que sostienen el cerramiento.

El monumento de la trinchera de las bayonetas, será en adelante un lugar de peregrinación para el sentimental y el curioso, pues constituye uno de los más trágicos e impresionantes recuerdos de la guerra.

Todos los cadáveres de los soldados enterrados en la trinchera pudieron seguramente haber sido identificados de haberse hecho en tiempo oportuno la exhumación. Para conseguir esto, en todas las naciones, los defensores de la patria llevan discos de identidad, tarjetas, números u otros medios que permiten saber con más o menos prontitud el nombre de los cadáveres.

Cada soldado búlgaro, por ejemplo, lleva encima nada menos que seis placas de identificación, en cada una de las cuales consta su nombre, su número y el cuerpo a que pertenece. Estas placas van cosidas a diferentes prendas de la ropa, de modo que por muy destrozado que quede el cadáver, haya por lo menos una placa que sirva para identificación.

El motivo principal de tal prodigalidad de me-

dios de identificación, lo constituyen los terribles efectos de la artillería moderna.

Cuando la guerra anglo-boer, los oficiales y soldados ingleses no llevaban como medio de identificación más que una tarjeta cosida en una de las prendas del uniforme. Después de la batalla de Spion Kop no se pudo encontrar rastro del capitán Hicks de los Fusileros de Lancashire, y durante muchos meses se le supuso en poder de los boers, pero como luego no apareciese entre los prisioneros, sólo pudo suponerse que le había reducido materialmente a átomos una granada, destruyendo la tarjeta de identificación.

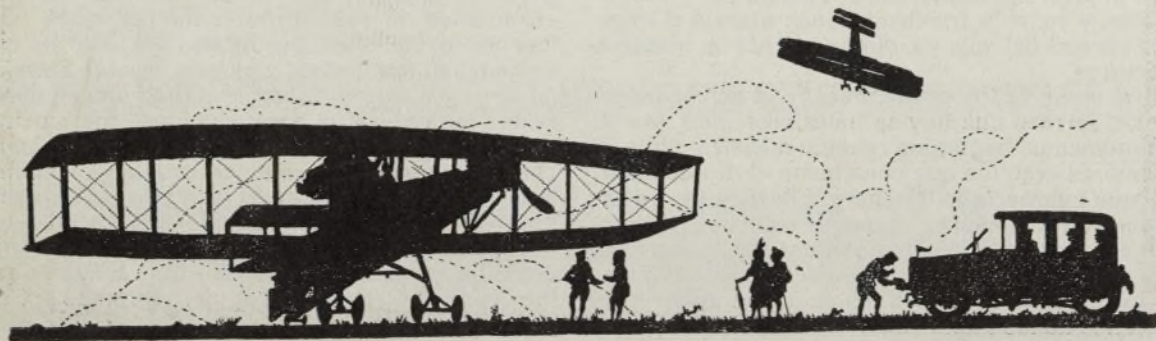
La gran mayoría de los centenares de millares de japoneses y rusos muertos en la guerra ruso-japonesa, fueron identificados. Después de la batalla del Río Sha-ho, por ejemplo, los japoneses enterraron más de trece mil cadáveres rusos, y puede decirse que todos fueron identificados por los pequeños iconos de metal o medallas, que se encontraron en su cuerpo. En el reverso de los iconos estaba estampado el nombre, regimiento y grado del portador.

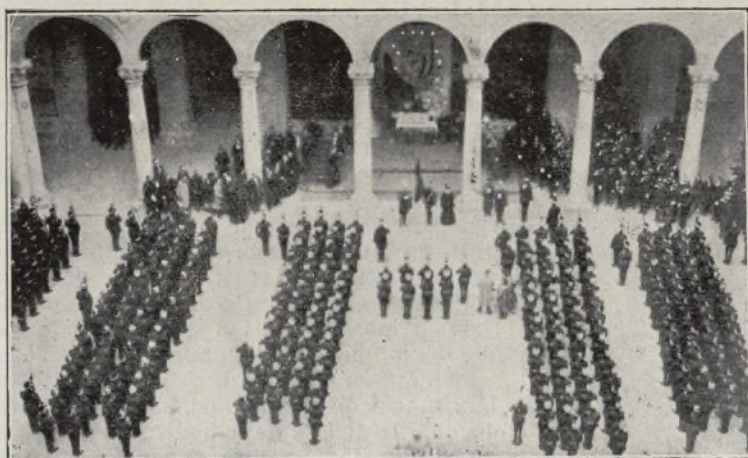
Los soldados japoneses llevaban una delgada chapa de aluminio cosida en el cinturón con su número en la lista del regimiento. Pero la lucha fué tan terrible, que muchos quedaron reducidos a trozos pequeñísimos por efecto de las granadas de mano, y entonces se mandó que las chapas de aluminio se pusiesen dentro de las suelas de las botas, porque se había observado que aunque una granada destrozase a un hombre, es muy raro que no se encuentren las botas intactas.

Alemania, como Bulgaria, emplea más de un medio de identificación de los muertos después de las batallas. Cada soldado lleva tres discos de metal del tamaño de medio duro, con su número y su regimiento. Un disco va cosido en el interior del cuello del capote, otro en el cinturón y otro en el tacón de la bota derecha.

Los soldados rusos llevan un pequeño broche de latón en cuyo interior se guardan unas hojas de pergamino con toda la filiación del portador.

Los soldados italianos, cuando la guerra con los abisinios, llevaban unas chapitas de cinc con el nombre y el número, pero los guerreros de Menelik se las quitaron a muchos muertos para llevárselas como amuletos, y hoy se ignora la suerte de muchos hombres por la falta de medios de identificación.





A la 28.^a
 Promoción de
 nuevo ingreso en
 la Academia de
 Infantería
 y fiesta de su jura
 a la Bandera.

*Alcázar de Toledo
 8 Diciembre 1920*



I

Memorable fecha; sobre el legendario
 y augusto castillo,
 nuevo sol resurge; sorprendente brillo
 inunda la cumbre; dora su santuario,
 el fuego ardoroso de los entusiasmos;
 sus lejanos ecos,
 acércanse prestos;
 llegan de la gloria vistosos heraldos,
 mientras sus marciales
 remozadas voces,
 vibrando estruendosas, se juntan y funden.

Se juntan y funden,
 porque del Santuario
 de gala hoy vestido, los pórticos se abren;
 porque extraordinario
 vistoso cortejo, cruza sus umbrales;
 porque entre sus muros
 severos e ingentes,
 juveniles rostros, caballeros nuevos,
 transitan alegres,
 por ante relieves de tanto inmortal,
 los blasones regios, y el bronce imperial.

II

Digno bello gesto, de tan bello día;
 generoso anhelo; tras justa porfía,
 en noble y amena camaradería,
 ya la airosa hueste, se agrupó gentil;
 su vida florida,
 ofrendó a la Patria, riente y querida,

mientras raudo el vuelo de su fantasía,
 animoso avanza, hacia el porvenir.
 Son horas solemnes;
 son horas marciales;
 hoy a la guerrera muchedumbre hispana,
 eslabónpreciado, se añade y engarza.

Bajo el sacro manto de la Infantería,
 su Alcázar famoso,
 con pompa y estruendo
 se os abre ruidoso;
 como a tantos otros esplendente día,
 alumbró y alumbra el cuadro imborrable.

Cien generaciones,
 orlaron su marco de adorno inmortal;
 así vuestro esfuerzo con mérito igual,
 junte nuevos lauros al lienzo admirable,
 y aumente de España, su brillo sin par.

III

Memorable fecha; sobre el legendario
 y augusto Santuario
 de nuestros amores
 venerable cuna de vuestros mayores,
 nuevo sol alumbre
 la dorada cumbre.

De la lejanía,
 surja venturosa
 patriótica marcha,
 heroica y triunfal;
 y animen mis cantos, su recio compás.

ABELARDO ARCE MAYORA

ANTEQUERA Y EL CAPITÁN MORENO



El monumento al Capitán Moreno, que se eleva al final del paseo de Alfonso XIII en Antequera.

«Todo júbilo es hoy la gran Antequera». La bella ciudad andaluza, señora de la vega, ha vertido sus mejores galas para festejar el acontecimiento que significa la inauguración de la estatua al Capitán Moreno. Hubo dificultades enormes, pero todas se vencieron. Por eso, hay colgaduras en los balcones, músicas en las calles, y alegría en los semblantes. El noble pueblo antequerano, corona hoy, su patriótica labor de honrar como se merece al héroe que nació del seno.

¡El capitán Moreno! He aquí un hombre que simboliza abnegación, sacrificio, desinterés, el conjunto de las más puras virtudes militares. Si su vida fué como muchas otras vidas de tantos otros patriotas, su heroica muerte no tiene parangón con las muertes de tantos otros héroes. Dicen con frecuencia, que al héroe, le hacen las circunstancias del momento; el Capitán Moreno fué héroe, no sólo no empujado por las circunstancias, sino en contra de ellas. Su sacrificio únicamente tiene relación con los de los mártires del cristianismo. Su Dios, fué su Patria. Y por no renegar de ella se arrojó a la horca, cuando de otro lado se le ofrecían, honores y bienestar, y le esperaban los brazos amantes de su mujer y sus hijos.

—«Cuando se interesa mi Patria, mi honor y

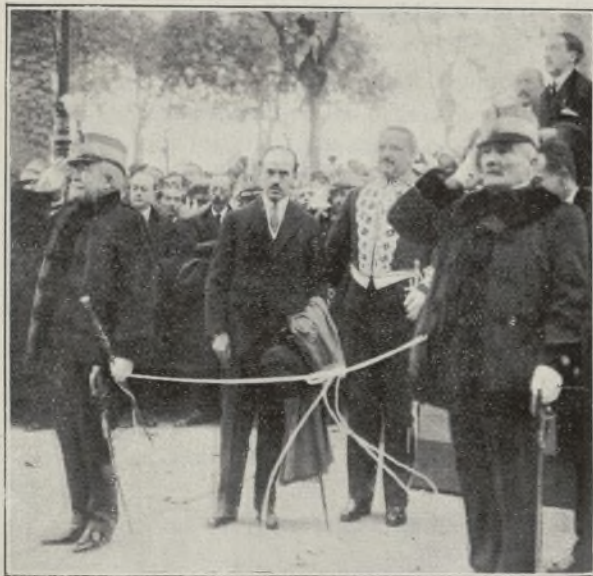
mi religión, desconozco a mi mujer y a mis hijos — dijo el héroe.

«¡Españoles, aprended a morir por la Patria!» fueron las últimas palabras que orgulloso y despreciativo escupió al rostro de los viles jueces que firmaron su sentencia de muerte.

Estas palabras son las que esculpidas en el frente del monumento han suministrado al escultor, inspiración para la obra. Y a fe que el artista D. Francisco Palma ha sabido expresarlas reciamente. La actitud de la figura, que pisa con rabia la enseña napoleónica, es a un tiempo de reto, de orgullo y de desesperación. Está muy bien concebida y estupéndamente ejecutada... El escultor Palma puede sentirse orgulloso de su obra, como también puede sentirse ufano de la suya el arquitecto D. Daniel Rubio autor del proyecto del monumento.

Aparte consideraciones, seamos narradores de la fiesta. La junta organizadora del homenaje, presidida por D. Luis Leria Guerrero y teniendo por alma y secretario a D. José León Motta había preparado alojamiento a las comisiones oficiales que enviaran los Cuerpos de Infantería, los cuales han sido todos invitados a la ceremonia.

El regimiento de Melilla, en cuyas filas formó el capitán Moreno, envía como representación a un teniente coronel, un capitán y una sección de soldados con bandera y música, que harán los honores. S. M. el Rey otorgó su especial representación para el acto, al digno Gobernador mi-



El General Gobernador militar de Málaga, que en representación del Rey, presidió la inauguración del monumento, descubriendo la estatua.

litar de Málaga, general Perales y representando a la familia del héroe han venido sus sobrinos-nietos el teniente D. Alejandro Moreno y el oficial de correos D. Luis Ortiz Moreno. Todos nos hallamos en Antequera y Antequera caballerosa y galante, nos hace los honores con una esplendidez y una simpatía que dejan hondas huellas en nuestro ánimo.

La inauguración del monumento ha tenido lugar el día 8, fiesta de la Purísima. Desde muy temprano, el hermoso paseo de Alfonso XIII a cuyo final, rodeado de palmeras se levanta la estatua, se halla lleno de gente de todas las clases sociales. A un lado del monumento, está la tribuna para los invitados; al otro, el altar donde se dirá la sagrada misa. Mucho entusiasmo, mucha animación ¿Detalles de la ceremonia? ¿Los de siempre?... No; los de siempre, no. Hemos oído con toda devoción la misa; hemos asistido al momento en que el general, tirando del cordón, ha hecho caer la bandera nacional que cubría la

to nos han conmovido. Antequera ha recogido en su asilo, que lleva el nombre de Moreno, a los niños sin amparo, y los educa por la senda del honor.

Del acto de la inauguración hemos pasado al Ayuntamiento donde se celebró el banquete que nos ofrece la Junta del Centenario. ¿Porqué hablar de él? Porque en el banquete hemos descubierto una joya, hemos asistido al comenzar de un orador que si no se malogra, ha de ser admirado paladín de la elocuencia. El general Perales que presidía el acto, después de unas breves y sentidas preces nos anunció que iba a dejar su discurso, para ceder el lugar a un teniente que expresara con las ingenuas palabras de su corta edad, el sentir de la oficialidad española ante estos actos. Si hemos de decir verdad, la digresión nos disgustó. ¿Porqué este *embuchado* del general? ¿Era el teniente, un protegido, un amigo? El general Perales, habla bien y no tenía porqué ser sustituido por el que era quizás el de menor



La Junta organizadora del homenaje al Capitan Moreno, con las representaciones oficiales que concurrieron a la inauguración del monumento.

estatua; hemos aplaudido al presidente de la Comisión Sr. Leria al ofrecer el monumento, y al general Perales al contestar al ofrecimiento con elocuente oración; hemos escuchado unas sentidas poesías recitadas por el Sr. Díez Serrano..., hasta ahora lo de siempre; por fin... ha vibrado intensamente nuestro corazón al oír un concierto de infantiles voces que cantan el himno al Capitán Moreno y la Canción del soldado... Estos niños, que ha poco tiempo se hallaban en la calle sin amparo y sin tutela, dispuestos a ser lo que las *circunstancias dispusieran que fuesen*, hoy forman su voluntad para imponerse a las circunstancias siguiendo el ejemplo del héroe antequerano y, cantan alborozados sus protestas de amor a la Patria y sus promesas de honrado trabajo para un brillante porvenir. Su presencia y su can-

ategoría entre los presentes. Pero escuchemos... El teniente D. Emilio Hermida, casi un chiquillo por su aspecto, empieza a hablar y su voz segura y sus frases viriles van adueñándose de nuestros sentimientos. Al terminar el primer párrafo, estalla una salva de aplausos; al concluir el segundo, estos son ensordecedores y de ahí en adelante su oración se desliza entre los ¡bravos! y admiraciones de la concurrencia. Nos ha conquistado definitivamente, y después de conquistados juega con nuestro corazón haciéndole vibrar al unísono del suyo puesto que lo ha encadenado a sus palabras. ¡Es un prodigio! Yo os lo aseguro. Si el teniente Hermida, sabe conservar este don extraordinario con que Dios le dotó, será sin duda ninguna una gloria de España.

EL CABALLERO ARTAGNAN.

LA VIDA Y LA FOTOGRAFÍA

Acontecimientos :- No-
vedades :- Sucesos :-
:- Notas de interés :-

MISCELANEA

:- MENSUAL :-

Rogamos a nuestros
compañeros de provin-
cias nos remitan las
notas salientes en su
localidad para publicar-
:- las en esta sección :-

El cronista, ha asistido a un acto conmovedor. El pueblo de Tetuán, por suscripción popular, levanta un mausoleo al que fué espejo de caballeros y norte de soldados, y hoy se inaugura.

El sol aureola con sus resplandores acto tan simpático, tan de justicia.

El cementerio es chico para contener al inmenso gentío que se estruja en democrata mezcolanza; hay de todas las clases sociales.

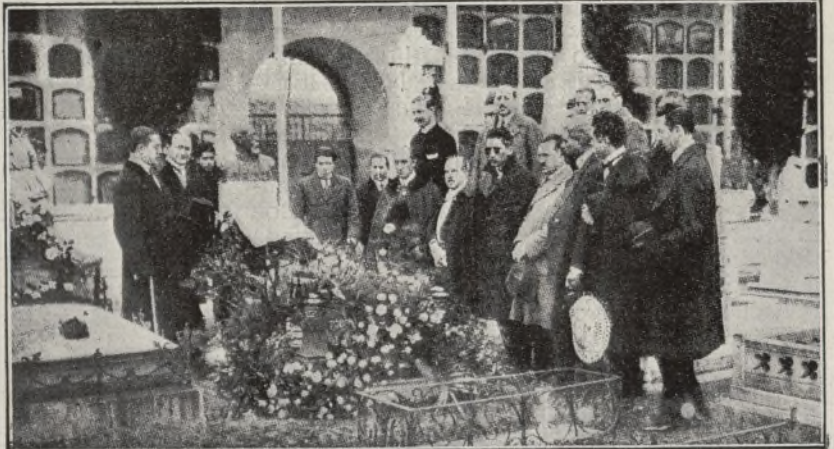
Bellas damas adornan el recinto dando la nota alegre en aquella fiesta de la tristeza y el dolor, y cerca de mí unos ojos negros, que destacan en un divino óvalo de cara, se esconden recelosos, bajo amplias alas de molesto sombrero que me impide contemplarlos a todo mi sabor, si bien ellos, por otra parte, sabiéndose por mí admirados, se muestran orgullosos en olímpica indiferencia.

La música militar, que prece de a la compañía que rinde honores, bate el himno nacional; y el General Berenguer, que ostenta la augusta representación, hace su entrada en el cementerio, escoltado por el elemento oficial.

El Sr. Potous, fiscal de ésta Audiencia y Presidente del Co-



S. M. el rey visitando la exposición de cuadros en el Salón de Otoño.



El embajador de Méjico, Sr. Sánchez Azcona, con el personal de la Legación e ilustres personalidades mejicanas, ante la tumba del general D. Vicente Riva Palacio, que fué durante muchos años representante de aquella nación en España, y en honor del cual se ha erigido un busto en bronce, sobre la sepultura en que reposan sus restos en el cementerio de San Justo.

mité de ejecución del mausoleo, ocupa sus gradas y hablándonos logra conmovernos con su sentida oración necrológica.



S. A. R. el Príncipe de Asturias al formar con las fuerzas del Regimiento del Rey para asistir a la función religiosa celebrada en honor de la Purísima.

En un extremo del parterre improvisado, que circunda el mausoleo, la linda nieta del ilustre soldado, preciosa figulina, digna de Sevres, quema sus

blancas mejillas con el rodar de su copioso llanto que mana del precioso manantial de sus ojos. Lloro, divina criatura, y no te avergüences de ello: deja que tus filiales lágrimas lleguen a tus rojos labios y en ellos desaparezcan para probar la amargura de la ausencia: llora que España entera te acompaña en tu llanto, que si tú lamentas la pérdida del amante y cariñoso abuelo, España, en cada uno de sus ciudadanos, llora al sabio



Colocación de la primera piedra del monumento que se va a levantar a Cervantes, en la Plaza de Cervantes en Panamá.



Sidi Mohamed Torres, prestigioso baja de Tetuán y gran amigo de España, que ha fallecido recientemente en aquella ciudad africana.

caudillo, al político honrado, al justiciero gobernante y al ilustre pacifista: llora a la luz del día, pues, así como el general Berenguer ostenta la más alta representación Real, tú, en cambio, eres espejo en que se miran las tiernas madres españolas, amantes esposas y cariñosas hijas y hermanas que, como tú, han regado, con su cálido llanto, la misma tierra que el ser amado abonara con la sangre de sus venas.



D. Antonio Pavón, Teniente de las fuerzas Regulares Indígenas que resultó herido en las últimas operaciones realizadas en Marruecos.

La voz recia, varonil, del general Berenguer, canta la labor de su predecesor, y él, preceptor de caudillos, lo consagra como maestro de maestros.

Los acordes de la marcha real, nos ofrecen otra vez, su gallardía, y la cortina de colores nacionales, al descorrerse, nos deja ver el busto del general Jordana que, desde su alto trono marmóreo, parece presidir aquel puñado de valientes que dieron su vida en aras del santo ideal, y que, al vibrar de la patriótica marcha, sienten, sin duda, renacer sus bélicos entusiasmos para mil veces ofrendar el sacrificio de su vida.

La Iglesia presta al ambiente el misticismo de un responso, y coros religiosos entonan fúnebres motivos.

Repítense las mismas formalidades que a la entrada, desfilando el elemento oficial, y la compacta muchedumbre se reparte en grupitos que rodean tal cual parcela de tierra donde yace un cuerpo amado.

Visitamos la tumba de algún héroe compañero y salimos de aquel recinto, archivo de valientes, donde cada lápida es una brillante página de nuestra historia patria, dejando una oración y llevándonos un imperecedero recuerdo.

* * *

La fiesta de la Patrona del Arma de Infantería se ha celebrado este año con inusitada solemnidad en todos los cuarteles de Madrid y sus cantones, donde se organizaron festejos para contentamiento y solaz de la tropa.

El regimiento de Inmemorial del Rey oyó una misa en los Jerónimos, a la que asistió el Príncipe de Asturias como cabo de la primera compañía de aquel glorioso Cuerpo.

El Inmemorial salió de su cuartel en el Pacífico y avanzó hasta Recoletos, donde se incorporó el Príncipe, acompañado de su profesor, conde de Grove.

Ya en su puesto el heredero de la Corona, de cuyo momento publicamos la fotografía, dirigió el regimiento, entre los

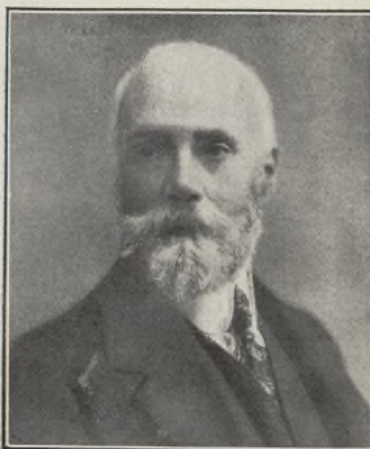


Mausoleo levantado al General Jordana, en el cementerio de Tetuán.

aplausos de la multitud que presenciaba el desfile, a la parroquia citada, que lucía artísticas colgaduras y espléndida iluminación.

Terminada la misa, el Inmemorial regresó a su cuartel, en el que se celebró el reparto de premios a las clases e individuos de tropa que por su comportamiento han merecido tan honrosas distinciones y a los que habían resultado vencedores en los diversos concursos de carreras a pie, saltos y otros de los organizados por el regimiento,

J. O. y T.

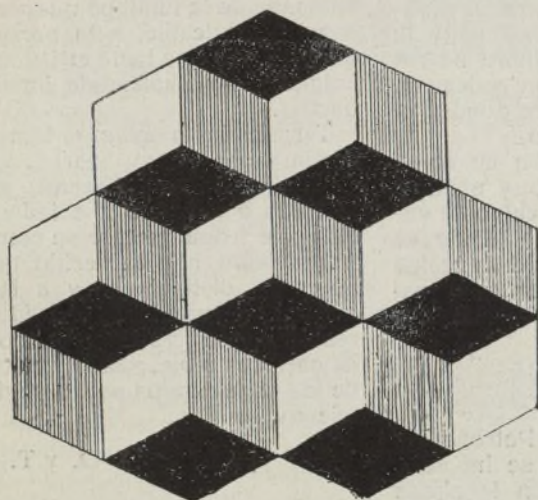


D. Armando Palacio Valdés ilustre novelista, que ha sido nombrado para ocupar un puesto en la Real Academia Española.



Nuestros pequeños lectores pueden hoy disfrutar con esta plana, de un entretenimiento que no por ser conocido es menos interesante.

La primera figura es un montón de dados ¿Son seis o siete? El lector ha de decirnoslo. Y seguramente que podrá contestarnos con dificultad



¿Son seis o siete?

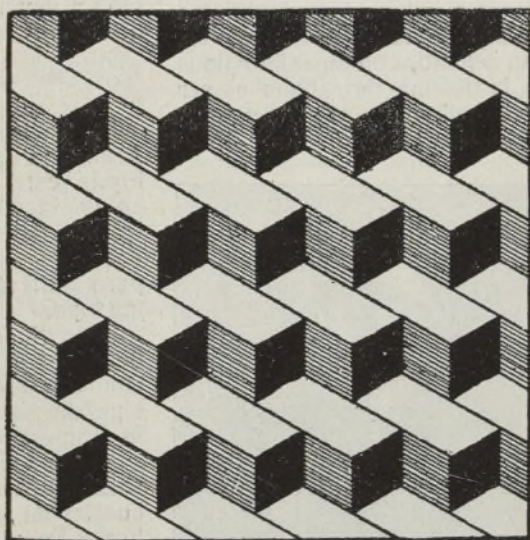
pues según se mire en uno o en otro sentido cambia el número de dados que se ven completos.

La segunda figura es quizá todavía más interesante. Si se fija un rato la vista en ella, se verá que los ángulos que unas veces parecen avanzar, retroceden otras. Es muy raro la persona que logra conservar un espacio de tiempo grande el mismo aspecto de los bloques si los mira con fijeza. Unas veces los verá avanzar, otras parecerá que se retiran como si estuvieran dotados de un movimiento misterioso.

* * *

Cerraremos hoy esta sección contando un cuentecillo a nuestros lectores. Se refiere al origen de la denominación de «feria del gato» que se da a la que se celebraba en Sartilly (Francia.) He aquí el origen. Un colono bastante atrasado, eco-

nómico hablando, no sabía cómo pagar cien francos que debía al propietario de las tierras. Resolvióse por fin a vender una vaca que tenía, conviniéndose el amo en que, cualquiera que fuese la cantidad que se sacara de la vaca, se daría por satisfecho con el producto de la venta. Nuestro labrador entonces se fué al campo de la feria de Sartilly, y además de la vaca llevó un gato de su casa, poniendo la una a la derecha y el otro a la izquierda. A cuantos compradores preguntaban por el precio de la vaca, respondía: «Por la vaca quiero diez francos, por el gato cien; en la inteligencia que no vendo la vaca sin el gato.» Hubo de encontrarse al fin quien diese lo que el labrador quería por su singular pareja de animales; y el amo de las tierras que había ido a la feria, para asegurarse de lo que se sacaría de la vaca, no pudo menos de celebrar la ocurrencia, y dándose



¿Avanzan o retroceden?

por pagado con los diez francos, firmó recibo de los cien a su colono. El caso fué muy celebrado en la comarca, y desde entonces (hará como unos 200 años) la feria de Sartilly se llama la *feria del gato*.

San Dinerito

NOVELA POR LUIS ANTÓN DEL OLMET

(Continuación)

Redondo, que era un alcarreño muy hombre, propuso después de aquel cambio de impresiones:

—Son las doce. Podíamos ir a algún «Edén» cualquiera.

—Bueno—gruñó Calademuls—. De eso no falta en Barcelona. Y con todo ¿eh?, con todo. Mujeres que lucen sus escotes, juego, ganchos en la puerta... Este gobernador civil, D. Cristóbal Sánchez Latrón...

—¿Latrón? Sí. El pobrecito está en las últimas—comentó Mendicuti humorísticamente.

—Si se descuidan ustedes los catalanes, se lleva las Ramblas a Pontevedra, de donde procede. ¡Y que no le vendrían mal! Antes de ser Gobernador lo vi dormir, palmado e inerte, sobre un diván del Casino Gallego. Daba sablazos de a duro, y ofrecía credenciales fantásticas.

Bajaron a la Rambla de las Flores y llegaron a la calle del Conde del Asalto.

Calademuls propuso:

—Aquí.

Entraron y tomaron asiento. El espectáculo no costaba más que la consumación, brebajes inauditos por los que se abonaba una peseta. En un palco, Rodés, con unas francesas pintadas, flaco, magro, esquelético, se dejaba poner una flor en el ojal por cierta florista rechoncha. Suripantillas de saldo iban saliendo una tras otra, a rosar unos cantables manidos, a tropezar unas danzas insulsas, a enseñar las canillas sepulcrales:

—¡Qué aburrido es esto!—gimió Romualdo im-

paciente por acabar aquel asunto contrabandista y regresar a Madrid.

En un intermedio hablaron y definieron.

Al día siguiente irían los tres a Port Bou para que Mendicuti se cerciorara. Hablarían allí con el administrador de la aduana y con el jefe de policía, los cuales también picoteaban algo. Después de noche, regresarían a Figueras para hablar con el comandante de carabineros. Esas gestiones serían las bastantes. En último caso abordarían derechamente a Requesens que estaba en Barcelona, viviendo en el Colón, lleno de automóviles, de habanos y de rubias y morenas, francesitas gráciles, sevillanas gachonas y catalanas ubérrimas.

Mendicuti no quiso quedarse al baile final. Rodés enlazado a una señorita gorda, como una araña a un chorizo, se marcaba ya el más jacarandoso de los tangos.

—Yo me voy—exclamó Romualdo restregándose los ojos.

Calademuls y Redondo prefirieron quedarse. Dos cocotas se firmaban con ellos. Redondo, que tenía una estética de la Alcarria, admiraba los contornos de una de ellas, jamona estallante en su corsé. A Calademuls le era igual.

—Todas tienen la misma gracia—dijo echándose hacia atrás el sombrero y dándose con la varita en un tobillo.

Catador de buen paladar, conocía las umbrías del Botánico y los chamizos de Atarazanas.

Al día siguiente salieron los tres hacia Port Bou. Vieron de lejos la heroica Gerona, fierras



de la Cataluña viril e ibérica. Allá quedaban las rubias playas mediterráneas, llenas de una luz triunfadora y de un mar azul, las velas latinas, las redes de los pescadores, el humo de las fábricas. Mendicuti admiraba con respetuosa admiración aquella región laboriosa, de secular prestigio; tal vez por ser la más rebelde, la más española de cuantas forman el Estado. Mientras Redondo y Calademuls hablaban del negocio, él expandía sus ojos en el paisaje rico, llenándolos con el espíritu de Cataluña. Cuando llegaban a las estaciones, Calademuls señalando a los vagones de mercancías, por cuyos ventanucos asomaban cabezas apacibles de mulos, exclamaba:

—¿Eh...?

Llegaron a Port Bou al oscurecer. Entraron en el café y tomaron un vermut entre varios catalanes que parolaban en su idioma y que jugaban al dominó golpeando las fichas sobre el marmol con furia terrible. Visitaron luego las cuadras de Requesens, a la salida del pueblo. Más tarde estuvieron con el administrador de Aduanas. Era un hombrecito gordo, con los dientes negros, biscochos, sepulcrales, nariz judía y aspecto antipático.

—Requesens dice tener permiso del Gobierno para exportar sus mulos. La verdad es que sólo exhibe un telegrama del Presidente del Consejo en el que se ruega al Delegado de Hacienda le sirva con gran solicitud. Yo podría oponerme. Pero es un senador.

—¿Y en cuestión de...?—guiñó Calademuls no ya un ojo sino hasta el alma entera.

—Poco y mal. Estoy haciendo el tonto. Cada tren que pasa una propineja. Quien está haciendo lo suyo es Gasolín el comandante.

Luego tuvo una amarga queja sobre el presente de los funcionarios fiscales. No se hacía nada. Llevaban la fama mientras cardaban la lana otros más listos.

—Ni por mil pesetas al mes sale uno. Cuatro porquerías. Hasta los encargos que hago al extranjero tengo que pagármelos a mí mismo en la aduana. ¡El colmo!

Mendicuti contemplaba al Sr. Gamella de los dientes sucios, y veía retratado en él aquella estirpe de funcionarios públicos que perdieron a Cuba, a Puerto Rico, a Filipinas, voraces, amoraes, creyendo una «primada» no robar, dueños de sí mismos, convencidos de que el mando sólo puede servir para atracar al Estado y al contribuyente, con una familia detrás, holgazana y viciosa, feos, petardistas, ratones de nicho, cosa

que fué barrida por los hombres blancos, fuertes, alegres y bien remunerados que acudieron de Yanquilandia.

Se pusieron de acuerdo respecto al asunto. Gamella cobraría tres duros por cada mulo de Calademuls.

—Pero, ante todo—exclamó Gamella—entiéndanse con Gasolín.

Cuando regresaron al café para cenar, ya les aguardaba Domínguez, el jefe de policía. Domínguez conocía a Mendicuti por sus escritos.

—Tengo un hermano en *El Globo*. Hace la sección taurina. Firma «El Nene de los Pinreles». ¿No lo conoce usted?

Hablaron luego aparte, a petición del policía.

—No se fíe usted de Calademuls—rosmó—. Los engañará a ustedes. Ya han pasado más de cien mulos asustando a la gente con usted, señor Mendicuti, amenazándola con una campaña de prensa que usted iba a comenzar. A mí me tiene boqueras. Es un guarro.

Cenaron un sollo mediterráneo y volvieron a la estación para coger el tren que iba a Figueras. No se podía disipar el tiempo. Urgía, urgía ganar dinero y salir de aquellas gentes dantescas.

Esperaron cinco minutos en el andén. Hacía frío, un frío húmedo y marinero, lleno de salitre y de bronquedad. Aplastando la estación bajo su mole veíase la formidable montaña pirenaica que pone linde entre Port Bou y Cervere, entre España y Francia, montaña ciclópea horadada por el ferrocarril y que separa no dos razas, pero sí dos estirpes, dos nacionalidades fraternas, con una historia, una modalidad, y un espíritu diferentes.

Llegaron a Figueras a las once menos cuarto, y buscaron en su morada a Gasolín.

—Gasolín—a quien después se arrojaba de su Cuerpo militar—se hacía rico entre sudores y espasmos, insomnios y desequilibrios nerviosos. Lo iban a retirar al cabo de año y medio con una paga modesta. Requesens le había ofrecido su oro generoso y su influencia soberana de cacique:

—No le pasará nada estando yo para defenderle.

Y aquella gangrena de favoritismo y de caciquería, la gran corrupción oficial, había influido sobre Gasolín, que fué un hombre honorable y a quien se le había podrido el alma.

Gasolín vivía como en una pesadilla despierta. Le tenía miedo a su jefe, a sus compañeros, a Madrid, a todo. Veía sumarias y papeloteos por

doquier. Tenía ya en el Banco más de 50.000 duros pero hacía una vida casi tacaña, para despar. Sólo cuando iba a Barcelona, lívido, temeroso, y se perdía en la gran urbe, gozando la ventura del incógnito, podía dormir, borracho, en la yacija de cualquier aventurera.

Gasolín tenía que acabar mal. Así ocurrió después. Sumariado, perdía la carrera sin que Requesens hiciese nada por salvarlo. Y aquellos duros guardados como hacen las urracas, escaso provecho habrían de darle. Que Gasolín, enfermo y trágico, moriría antes de un año sin paz ni honor.

Al principio se mostró Gasolín hermético:

—No puedo hacer nada por ustedes. Me hablan de un delito.

Pero como Calademuls se plantara fieramente, y lo acusara de sus contubernios con Requesens, añadiendo que el señor Mendicuti hablaría de ello en los periódicos de Barcelona y de Madrid, Gasolín empezó a temblar. Aquel ser daba pena. La tragedia del hombre sensato y bueno que se siente arrollado por sus faltas al término de una vida proba, aparecía en su rostro pálido, lleno de arrugas, en aquellos ojos acobardados, en aquel aire de pusilanimidad conternada.

—¡Bajen la voz, por Dios! Puede oír mi asistente.

Y ofreció, débil.

En cada tren de Requesens metería un vagón de Calademuls. Cobraría diez duros. Bien barato lo hacía. Al senador le cobraba quince.

—Pero mucho cuidado. Me va una sumaria en el jaleo. ¡Una sumaria!

Y tembló bajo su congoja neurasténica.

Ya en la calle, los tres amigos, se dieron la mano gozosos. El asunto estaba arreglado. No faltaba detalle. Al día siguiente empezarían a pasar las bestias:

—Yo me quedo aquí y le iré girando todos los días la cantidad que representen los mulos exportados. Será un chorreo que ojalá no acabe nunca—le dijo Redondo a Mendicuti sin que le oyera Calademuls.

Llegaron al fondín. Romualdo yació con desasosiego. Aquel mundo terrible que estaba descubriendo le producía una sensación de horror inevitable. Por la mañana estuvo en el penal, en aquella fortaleza siniestra, llena de patios, de murallas, de hierro. Vió a los presos tomar el sol con sus uniformes pardos. Aquel bajito era Mamed Casanova. Aquel otro fornido salvaje, «El Chato de Cuqueta». Aquel otro un teniente sodomita que mató a una mujer para robarla.

Estuvo después en Ampurias, conducido por un automóvil. Y vió a la ciudad asolada en todo su abandono lúgubre. Cimientos de templos, gradearías de circo, el plano de una casa. Levantó una piedra, y aparecieron dos momias.

—Eran dos amantes—dijo el guarda señalando las osamentas calcinadas, como fósiles quebradizos.

Corría una ventolina triste. Mendicuti, sobre Ampurias, pisando las mansiones que fueron palacios, sentía esa formidable angustia poseedora que nos inspira la muerte, ese anonadamiento absoluto, ese afán de llorar ante Dios pidiéndole clemencia, y más aun que piedad, verdad; siquiera una esperanza de saber para qué nacimos, adonde vamos, qué guía nos conduce.

También Ampurias fué rica. Sus habitantes vivieron jorgiásticos, alegres y estruendosos. Allí habrían un Gasolín ávido de placeres y de ganancia. Allí bajo aquella piedra, se mojaban los huesos de un hombre y de una mujer que fueron dichosos hacía siglos y que enlazaron sus manos crispadas, esas manos que ahora profanaba un turista insospechado.

—¡Vámonos! ¡Vámonos de aquí!

Le parecía estar cometiendo un sacrilegio espantoso. ¡Pisaba las cenizas de una ciudad muerta! ¡Las cenizas de Ampurias!

¡Cómo herviría de plétora aquella urbe casi milenaria en sus días gloriosos! Ampurias fué un Barcelona de antaño, un Londres anterior a Cristo. Habría en su recinto soldados fanfarrones; mercaderes chillones que pregonarían sus telas y



exhibirían sus joyas; gente de mar ganosa de sus naves, amantes del peligro; cortesanas pintadas y nostálgicas, dando sus caricias a los bellos efebos apenas núbiles; el circo trágico; el hierático templo; la prisión y el jardín catalán, lleno de rosas y de naranjas.

Todo lo había derribado el tiempo. Quedaban de aquel esplendor, unas huellas que pisaban sus botas salvajes. Era la Nada abrumadora y helante, la que sobrevivía, la que poblaba aquellos campos desiertos y malditos, la que había mezclado en átomos invisibles las modeladas formas de las cortesanas y los miembros fuertes de los gladiadores, el ánfora que se erguía sobre el pozo familiar, y la alhaja prendida sobre el fornido cuello de la mairona.

¿Qué viajero curioso, y tal vez agitado por ansias efímeras de lucros innobles, pisaría alguna vez las tumbas de Madrid, jugaría con los esqueletos tendidos bajo el sol y la lluvia?

—¡Vámonos de aquí!—ordenó Mendicuti.—¡Vámonos!

Después de almorzar salió Mendicuti para Barcelona. Desde allí seguiría camino de la Corte. Redondo, con su gorra a cuadros, continuaba riendo frenético, borracho de codicia, trémulo de avaricia insaciable:

—Mañana empezamos. Le giraré quizás mil pesetas diarias. Si hace falta le telegrafiaré. ¡Animo! ¡Animo! ¡Es nuestro el millón!

Y ya el tren distante, aun se columbraban aquel orondo corpachón, aquella gorra a cuadros, y aquellos labios que seguirían aullando glotonas:

—¡Oro! ¡Oro!

Cuatro días más tarde regresó Casimiro Redondo de su excursión. La faz del contrabandista no lucía de júbilo. Llegó a casa de Mendicuti—su nueva casa, un lindo entresuelo en la calle de Jorge Juan—y exclamó cuando estuvo en presencia de Romualdo:

—Calademuls es un canalla.

Venía mal afeitado, sucio, como de un éxodo. Hubiérasele tomado por un mal actor interpretando una zarzuela hilarante:

—Cuando tuvo asustado a Gasolín, se puso al habla con él para engañarnos. En vez de pasar los mulos por la estación y en el tren, los ha introducido, de acuerdo con Gasolín, por la montaña. Iban con el pretexto de que pastasen en el campo, a la raya misma. Luego, ¡zás!, dentro de Francia. Es un cerdo.

Mendicuti se puso furioso. ¡Ah...! ¡Ya era demasiado! Inmediatamente cogió la pluma y es-

cribiría una información sensacional. No se podía abusar de los débiles. Nada más suave que un gato, ni nada más terriblemente furioso.

—De todos modos algo se hizo—sonrió Redondo tratando de evitar represalias y dándole a su voz una dulzura embaucadora.

Mendicuti sonrió a la esperanza.

—¿Sí...?

—¡Claro! ¡Me iba a venir de vacío! Harto de luchar con Calademuls y con Gasolín, me fui a Barcelona y le dije a Requesens cuatro frescas invocándole a usted. Al principio me quiso zapear. Después viendo que yo, era inevitable me tiró dos mil pesetas.

Mendicuti, que nunca había ganado mil pesetas de una sola vez, y que vio asomar entre las manos de Redondo un billete enorme, transfiguró el semblante.

—¡Vaya, pues algo hemos hecho!

—A mil pesetas cada uno. Lo que usted gastó por lo que yo gasté. De los picos en paz, ¿le parece?

Le dió su parte a Mendicuti, y se despidió lleno de oronda y confortante simpatía.

Cuando Redondo abatió la puerta con rudo golpe definitivo, Romualdo entró en la alcoba donde su mujer hacía las camas—ella se resignaría hasta con el lujo, pero jamás renunciaría a sus escobazos, a sus guisotes—y le enseñó el billete.

—Comprenderás que esto marcha, que ya no son ilusiones. ¡Mil pesetas! ¿En qué se pueden ganar mil pesetas como no sea en los negocios? Años de profesorado, de reformismo y de literatura científica no me produjeron una cantidad así. Cuarenta duros, ochenta duros, hasta cien duros. El billete de mil es la prenda del audaz, la presa del fuerte.

Borracho de juventud y de ilusiones, salió a la calle. Cuanto había hecho estaba bien. No. No había errado el camino. Estaba bien haberse mudado de casa; bien, haberse decorado en el hogar y en el indumento; bien haberse buscado un sustituto para su cátedra de logaritmos; bien movilizar aquellas veinticinco mil pesetas que eran ruinas como capital y fecundas como semilla; bien todo.

España despertaba al trabajo. Como en un estercolero se agitaban las pequeñas larvas codiciosas. El, tendría plumas para volar. Sobre su esqueleto castellano surgían las alas de Icaro. San Dinerito le mostraba toda su faz oronda y socarrona.

(Continuará)

PARA PASAR EL RATO

DIVERSIONES Y ENTRETENIMIENTOS

CHARADAS

2.^a-3.^a

—¿Te has examinado?
—Sí; de Química y Geografía, y en ambos exámenes me han hecho la misma pregunta, que era..... pero a ver si lo adivinas por las respuestas que he dado. En Química he dicho que era un carbonato de cal que se presenta mezclado con arenas cuarzosas y se emplea para obtener el gas ácido carbónico.

—Y en Geografía habrás dicho que era el nombre que tenía una de las islas de Grecia, ¿verdad?

—En efecto; veo que has adivinado.

5.^a-4.^a

—¿Se descubrirá?
—Mucho dudo que así no sea.
—Entonces.....
—Estamos perdidos.

1.^a-3.^a

—No te hagan daño; mira que un error puede ser muy funesto.

—Las conozco bien; además, que sólo he comido una.

Todo

2 queda complacido, el lector si nos dirá.

—Pero ¿y el todo?

—¿Quiere usted que se lo digamos? Pues venga a vernos y se lo diremos sin que nadie se entere.



La primera es una letra, la segunda, letra es, la tercera es otra letra, y en la cuarta letra ves. Estas letras, combinadas si las sabes colocar, te podrán dar un artículo, aunque no gramatical.

Construcción logográfica.

		A		
		5		
		4	6	
	5		5	
B	2	5		2 C
D	5			1 F
	5			2
	2			5
	1			4
	6			5
E	5	2	5	6 G

De A a B.—Nombre de mujer.
De A a C.—Animal.
De B a C.—En el altar.
De D a E.—Verbo.
De F a G.—Caseta.
De E a G.—Cosa extraña.

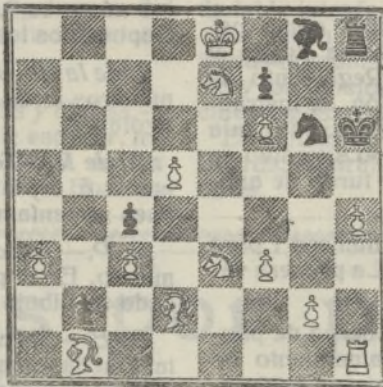
Pregunta geográfica.

¿Cuáles son las tres poblaciones, una de Prusia, otra de Portugal, y otra de Aragón, que constando de cinco letras sólo se diferencian en la primera?

Incógnita.

Buscar cereal de cinco letras, mineral de cuatro, y rey persa de otras cinco, y con las catorce letras formar el nombre y apellido de un conocido escritor fallecido recientemente.

PROBLEMA DE AJEDREZ



Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

CASOS Y COSAS

Cierta ciudad hizo enormes gastos en fiestas e iluminaciones para obsequiar al rey en su tránsito. El mismo rey quedó sorprendido.

—La ciudad de... no ha hecho más que lo que debe, dijo un cortesano adulator.

—Es verdad, repuso con inten-

ción otro de la comitiva del rey, porque está debiendo todo lo que ha hecho.

Solución a los pasatiempos del número anterior.

A las charadas.

Atanajildo
Pantera

Al doble acróstico:

1. ^o	2. ^o
Aro	Alero
Lora	Na
Berta	Bola
Ebro	Erato
Retal	Real
Otra	Telc
	Orate

Al hosange:

	C
	M A S
	T O P E S
C	A R I D A D
S	A T Á N
S	A L
	L

A LAS COMBINACIONES ACRÓSTICAS:

1. ^a combinación	Los dos acrósticos	2. ^a combinación
C ALOR		C ORAL
E STÁN	CESAR CANTÚ	A NTES
S ANTO		N OTAS
A TILA		T ALÍA
R USIA		Ú RIAS

Geroglíficos.

por RUBIRA

Voz + Y abed

Da	}	oien
De		
Do		
Du		

(Blanco — y)

Negro—calle francesa—coco

G BR ú N

SECCIÓN DE CONSULTAS

J. H. M.—Santoña.—Hicimos a su debido tiempo la consulta. Antes de que hubieramos podido contestarle, se hizo su destino al Regimiento Infantería de San Fernando.

L. M.—Alcazarquivir.—Por fin pudimos saber lo que ocurrió con su instancia. Tuvo entrada en la Dirección General de Seguridad con fecha 22 de Agosto. El resultado del Concurso se publicó en la Gaceta del 5 de Agosto antes de la entrada de su instancia.

L. C. G.—Melilla.—La pregunta de V. es difícil de contestar exactamente. Todo cuanto usted pregunta pertenece al *se dice*, sin que nadie se atreva a afirmar oficialmente nada acerca de ello. Desde luego va a ser aumentado el *Instituto*, sin que nos hayan podido decir el número de oficiales de las armas generales que hayan de ingresar. También se trabaja el que se aumente el número de generales.

M. S.—Tetuán.—Si es V. destinado a la Península, sin cubrir uno de los destinos por V. especialmente pedido, se le considera como *forzoso* y en tal caso subsiste la papeleta y cubrirá V. la primera vacante que pueda corresponderle de los destinos expresamente solicitados, sin que tenga que esperar para ello un año de permanencia.

C. C.—Santander.—Tiene V. derecho para ser destinado al Regimiento de Andalucía cuando haya en el vacante. Hace V. para ello el número 3, pero en la actualidad hay 19 subalternos de su clase en lugar de 12 que son los que debe haber según plantilla.

U. J.—Granada.—No se le escribió como pedía, porque antes que la carta debería llegar el *Diario Oficial* con su destino al Regimiento de Alcántara. Los destinos al Batallón de Instrucción, de Capitanes se han hecho teniendo en cuenta las recompensas de campaña. En lo sucesivo se harán, como todos los demás, por turno de antigüedad.

S. R.—Tarragona.—Hace V. el número 1 para destino al Regimiento de Luchana. La primera vacante que ocurra debe ser para V.

E. A.—Ha sido V. llamado al Cuerpo de pilotos de 1920 y se conoce que el llamamiento no llegó a sus noticias. En el libro registro está usted dado de baja por no haberse presentado. Puede V. arreglar esto escribiendo una carta al Coronel exponiendo su caso y pidiéndole el ser incluido para asistir al Curso próximo.

L. A. de M.—Melilla.—Se le ha enviado el número 8. El primero está agotado. Necesitamos un retrato de V. para publicarlo en el número de Enero. No existen en Madrid vacantes como las que V. pretende. Las plazas de las Secciones de Ordenanzas del Ministerio, lo mismo que las de las Zonas se adjudican todas a oficiales de la E. R.

R. L. R.—Larache.—Recibido su artículo. Se publica. Queda tomada nota del alta. Muchas gracias por todo.

F. A. M.—Valladolid.—Se publicará su dibujo. Le consideramos desde luego como mucho más que apto, pues hay dificultad para el envío de artículos. Veremos si es posible.

E. B.—Valladolid.—El número de Octubre se le envió oportunamente. Como se ha perdido le hemos enviado el duplicado que suponemos en su poder.

B. C.—Córdoba.—Recibida su carta consecuente a ella hemos enviado por duplicado los números que pide.

A. G. P.—Gijón.—Se le envió por duplicado el número 7 que pedía. Suponemos lo habrá recibido.

C. C.—Carmona.—Se le ha enviado el número de Octubre que pedía.

I. L.—Gerona.—Recibido su giro de 3,75.

I. F.—Berga.—En nuestro poder su muy grata. Queda renovada la suscripción pero no podemos remitir los números atrasados por haberse agotado.

J. S. G.—Bilbao.—Recibido su giro de 3,75 pesetas.

Z. H.—Valladolid.—Se le han enviado los números 10 y 11 que pedía.

J. M. S.—Logroño.—Se le envió por duplicado los números 9, 10 y 11 que dice se han perdido. Suponemos los habrá recibido.

J. de la H.—Badajoz.—No podemos remitir los números atrasados que nos pide por estar todos agotados.

R. de R.—Toledo.—Se le han enviado los números 3, 6 y 7 que pedía. El 7 en regular estado pues no teníamos otro.

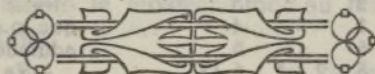
S. P.—Toledo.—Muy agradecido a su ofrecimiento. En el presente número habrá visto publicado su dibujo.

B. E.—Barcelona.—En nuestro poder su grata. Queda tomada nota de las 2 suscripciones que solo se han servido desde el número de Noviembre por estar agotados los anteriores.

F. R.—Cabo de Agua.—Se le han enviado los números. Díganos si le falta alguno más para mandárselo.

E. M.—Ciudad-Real.—Se le han enviado los números de Septiembre y Octubre que pedía.

A. M.—Melilla.—Se le envió duplicado el número de Octubre que pedía.





Bibliografía

En esta sección daremos cuenta de las obras cuyos autores o editores nos remiten dos ejemplares.

Síntesis de la guerra mundial. Tomo primero.—El conocido escritor militar, teniente coronel de Estado Mayor D. Francisco Mariñ Llorente que ha popularizado el pseudónimo de *Armando Guerra* ha publicado el primer tomo de su libro *Síntesis de la Guerra mundial*. Pocos son cuantos elogios se prodiguen a este libro cuya edición apenas lanzada a la venta se halla a punto de agotarse. *Armando Guerra*, ha puesto como lema a el prólogo de su obra *La verdad es la que dicta, yo quien escribe: tuyas son las razones, más son las letras*. Así su *Síntesis de la Guerra* es el documentadísimo trabajo del crítico militar que más apasionados tuvo durante la última contienda.

Alocución leída en el Colegio de Huérfanos de Guadalajara, en el solemne acto de imposición de las medallas de la Cruz Roja.

Nuestro colaborador el capitán de Infantería D. Eugenio Egea no cesa en su labor de hacer Patria, en artículos, folletos y alocuciones. La leída en Guadalajara el día de la fiesta de la Patrona, con motivo de la imposición de la medalla de la Cruz Roja a los alumnos Sres. Gorozarry y Ledesma, es de las que deben conservarse para ser leídas diferentes veces, por la galanura de su estilo y lo profundo de sus pensamientos. Nuestra enhorabuena al autor.

Cualidades morales para Soldados y Cabos.—Es un nuevo folleto que el infatigable escritor, teniente coronel D. Antonio García Pérez dedica al Regimiento de las Ordenes Militares. En tres

interesantes capítulos trata de las condiciones que deben reunir soldados y cabos según escritores y autoridades y una colección de aforismos de Séneca. Como el autor dice con su estilo vigoroso, los cabos y soldados, han de ver en esas páginas lo que es «fundamento de sus voluntades y exigencia de sus corazones».

Napoleón de mis ensueños, por Gaston-Rouffier.—Este malogrado escritor ha dejado como la última de sus obras la traducción al español, del *Le Napoleon de mes Rêves* que fué escrito en francés el año 1910 antes de que nadie pensara en la tremenda guerra que ha ensangrentado a Europa. Transcurrido un período de diez años, son sin embargo de actualidad las bellas páginas de este libro original y extraordinario que hoy se avalora notablemente en su traducción a nuestro idioma. Forma un tomo de 300 páginas y se vende en las librerías al precio de 5 pesetas ejemplar.

Escena.—Se ha puesto a la venta el primer número de esta revista decenal, editada por la Sociedad Nueva de Escritores Dramáticos y Líricos.

El sumario de este número es el siguiente:

«El estreno», por Juan del Huerto; «Los noveles franceses», por José Alsina; Crítica de críticos», por Aníbal Hispano; «Motivos de otoño», por Ernesto López Parra, y otros trabajos de indudable interés.

La nueva revista, muy bien impresa, contiene varias notabilísimas caricaturas del original Sirio y los dibujos ornamentales, modelo de sencillez y gusto pertenecen al dibujante Juan Basilio.

En el número próximo, se anuncian trabajos de Borrás, Ghirardo, Martínez Baena, de Pedro y otros.

Anuncios por palabras

OBRA de texto en las *Academias Militares*. Acaba de ponerse a la venta el 1.º cuaderno de los Problemas de Aritmética declarados de texto, Precio, 2 ptas. Pedidos a D. Juan Borges.—Santa Ana, 36, Sevilla, y a librerías.

LA EXPOSICIÓN.—Fábrica de camisas, corbatas, cuellos y puños. Telesforo G. Ramos. Príncipe, 19, Madrid.

PARA hombres.—Ayer ventrudo, hoy enjuto: es que uso las Fajas de Justo. Probarlas es adoptarlas. Carmen, 10, corsetería.

PARA pasar un rato distraído nada más a propósito. Cervecerfabar, servido por señoritas. Cádiz, núm. 7.

GRAN HOTEL.—Alicante. Propietario: Miguel Simón. Servicio esmerado. Los militares, mediante la presentación del carnet militar, obtienen una bonificación de 10 por 100.

CLEMENTE Y GARCÍA.—Camisería. Ropa blanca. Equipos. Canastillas. Batas. Especialidad en blusas. Calle Mayor, 34, Madrid.

ACERO.—Sastrería militar. Fábrica de paños en Béjar. Proveedor de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra. Se remiten modelos de prendas a las Juntas económicas. Talleres: San Marcos, 36 y 38, Madrid.

GORRAS y efectos militares.—Isidro Sánchez. Alcázar, 6, Toledo. Gorra azul bordada, 16 pesetas; con emblema metal, 14 pesetas. Envíos a provincias.

SAHOL.—Es la mejor medicación para curar sabañones. De venta en las principales farmacias.

ACADEMIA TORRES

CARRERAS MILITARES, CUERPO GENERAL,
ARTILLERÍA E INGENIEROS DE LA ARMADA

COMPETENTE PROFESORADO DEL EJÉRCITO, ARMADA Y CIVIL

NÚMERO DE APROBADOS ÚLTIMO CURSO, 44

NÚMEROS 2, 4 Y 5 ÚLTIMA CONVOCATORIA CUERPO GENERAL DE LA ARMADA

Esta Academia ha obtenido en siete años de fundación, entre sus aprobados, el núm. 1, Cuerpo General, en 1915; núm. 1, Ingenieros de la Armada, en 1917 (previo); núms. 1 y 2, Cuerpo General, en 1917, y número 1, Infantería en 1918. números 1, 2 y 3, Cuerpo General, en 1919.

Para detalles pídanse reglamentos, en donde figuran las relaciones nominales de todos los aprobados.

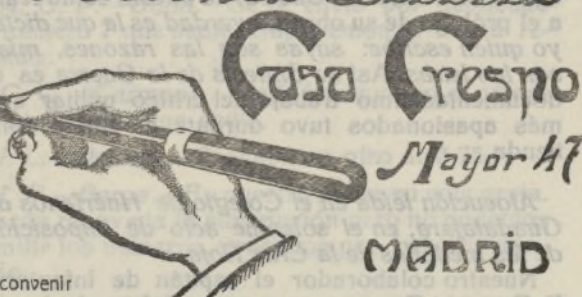
EXTERNOS □ MEDIO EXTERNOS □ INTERNOS
PIAMONTE. 7.º - MADRID

En compañía, en guardias, en maniobras debe V.
llevar siempre consigo una *Pluma Ideal*
Waterman

Conocida en el mundo entero. :: Es la mejor.

Precio del modelo "Safety": 28 ptas.

Pidiéndola por conducto de "Armas y Letras", la CASA CRESPO la facilita a los jefes y oficiales del Ejército, para pagar en seis plazos mensuales, sin aumento de precio. Devolución en los ocho días al no convenir



EL MAS EXIGENTE

saldrá plenamente satisfecho de los

Grandes saldos de Colegiata, 2 y 3.



Pieles, géneros de punto, artículos de seda,

:: guantes, medias, etc., etc. ::

DROGUERÍA, PERFUMERÍA,
CEPILLERÍA, ESPONJAS

Y ARTÍCULOS DE LIMPIEZA

B. LÓPEZ. e Atocha, 49.

CASA MUJ BIEN SURTIDA

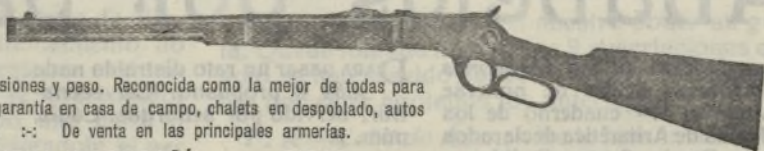
PRECIOS ECONÓMICOS

PROVEEDOR DE LA 3.ª SECCIÓN DE LA ESCUELA CENTRAL DE TIRO

Carabina de doce tiros "TIGRE"

Gran precisión, seguridad absoluta, perfecto funcionamiento. De reducidas dimensiones y peso. Reconocida como la mejor de todas para "Somatenas", "Unión Ciudadana", guardas, garantía en casa de campo, chalets en despoblado, autos de turismo, caza mayor, etc., etc. :: De venta en las principales armerías.

:: :: Al por mayor: GÁRATE ANITUA Y COMPAÑÍA :: EIBAR :: ::



PAGO MÁS QUE NADIE

Alhajas, Oro, Plata, Pedrería fina, Pianos, Pianolas, Bicicletas y Máquinas de escribir.

CASA DE COMPRAS Y VENTAS LA OCASIÓN

TOLEDO, 55 - TELÉFONO 797 - MADRID

JESUS MARTINEZ

Especialidad en gorras de plato, roses, chacots y kalpats. Calle Mayor, 57, MADRID. (Frente al café de Platerías.)

El número que precede a cada disposición es el del *Diario Oficial* en que aparece inserta la Real orden.

tral de Compra de Caballerías y de la de Remonta de Artillería, al objeto de que las expediciones de ganado al ejército de Africa vayan debidamente atendidas.

264.—Se dispone que la planilla de Intendencia en los parques de Artillería quede constituida por un solo capitán.

269.—Se dispone que a los Cuerpos de Infantería del Ejército de Africa se les incremente la planilla de ganado en los caballos a los regimientos y a los batallones, dedicándose este aumento para establecer el servicio de Ordenanzas montados para los jefes.

Reemplazo.

257.—Se dispone que la disposición de 15 de Julio de 1889 continúe en todo su vigor, aplicándose sus preceptos, y los de la de 12 de Diciembre de 1900 (C. L. núm. 257), en lo referente a la situación de reemplazo, que queda subsistente.

Sueldos y haberes.

250.—Se determina que desde 1.º de Noviembre se considere como sueldo único de los cabos de cornetas, trompetas, tambores y músicos de 3.ª, el de 1.227 pesetas anuales.

Substitutos.

269.—Se dispone que los substitutos admitidos en cualquiera de los casos señalados en el art. 2.º de la Real orden de Septiembre último, sean considerados, desde el momento que sean filiados, como soldados en condiciones ordinarias, excepto en el que se refiere a su tiempo de servicio, que se contará en la forma que determina la misma disposición.

Uniformes.

261.—Se cambia el uniforme hasta hoy usado por los Cuervos y organismos dependientes de la Dirección y Fomento de la Cría Caballar, aboliendo, entre otras cosas, el sombrero cordobés, que se sustituye por la gorra de plato reglamentaria.

Zonas pecuarias.

262.—Se aprueban las instrucciones provisionales por las que han de regirse los jefes de zonas pecuarias y delegados militares de las juntas provinciales del censo del ganado caballar y mular.

Ametralladoras.

259.—Se dispone se proceda a la fabricación de escudores protectores para las ametralladoras.

Clases pasivas.

266.—Se dispone que las viudas y huérfanos de los generales, jefes y oficiales en activo, reserva y retirados, queden relevados de acudir a los agentes de negocios para formular las instancias solicitando pensiones, pagas de tocas o informaciones testificales y presentación de ellas en las oficinas militares, pudiendo ser entregadas por un mandatario, como igualmente retirar de las repetidas oficinas los documentos objeto de la solicitud que les afecte, con sólo la presentación de la cédula personal.

Comisiones geográficas.

260.—Se dispone sean modificadas las Comisiones geográficas en el sentido de que el personal de clases de la Brigada Obrera y Topográfica sustituyan a los oficiales de Estado Mayor en algunos de los trabajos de detalle y relleno.

Concursos de tiro.

260.—Se dispone que las Autoridades militares se atengan para la designación de las clases e individuos de tropa que asistan a los concursos de tiro que celebre la Sociedad «Tiro Nacional de España», al resultado que arrojen las pruebas eliminatorias, las que se harán en la forma determinada para los oficiales, independientemente de que sirvan o no los designados en la misma unidad, con la limitación de que el número máximo de los que concurran ha de ser de 25 en la primera, cuarta y sexta regiones, 20 en las demás de la Península y 10 en Baleares y Canarias.

Descuentos.

249.—Se determina que en ningún caso podrán ser retenidos

o embargados los haberes o sueldos de los individuos y clases de tropa, sin distinción de categoría ni haberes, y si únicamente los premios de reenganche, alcances, créditos y bienes propios.

256.—Se dispone que el máximo descuento que puede hacerse a las pagas de los generales, jefes y oficiales, sea el de la cuarta parte de su sueldo, a la que se distribuirá en caso necesario entre los descuentos judicial y gubernativo.

Escuela de Equitación.

262.—Se aprueba el Reglamento para el régimen de la Escuela de Equitación Militar. Las variaciones que dicho Reglamento introduce respecto a lo preestablecido, no deben surtir efecto cuando den origen a alteración en las partidas que por diversos conceptos figuran en el presupuesto vigente, hasta tanto obtenga aprobación el primero que se formule.

Guardia-Civil.

269.—Se dispone que el ascenso de sargento a suboficial sea por antijetividad sin defectos, previa declaración de aptitud, que se acreditará por los interesados mediante un examen de las materias que hoy se exigen a los sargentos para la concesión de los períodos de reenganche.

Guías de armas.

Se dispone que las guías de pertenencia de armas que sean propiedad de individuos pertenecientes a Somatenes locales sean expedidas por los Capitanes generales de las regiones o Comandantes generales exentos de quienes dependen dichos organismos.

Material.

263.—Se declara reglamentario el carro de municiones para Infantería proyectado por la Comisión de experiencias, proyectos y comprobación del material de guerra, con la nomenclatura oficial de «Carro de municiones para Infantería, modelo 1920» y la abreviada de «Car. M. para Infantería, mod. 1920».

Obras de texto.

257.—Se fija en 9 pesetas el precio del *Tratado de detall* y

Contabilidad, de los generales Arraiz y Riera, y en 22 pesetas el de la *Historia Militar*, del comandante Castro, obras respectivamente declaradas de texto provisional y definitivo en la Academia de Infantería.

Oficialidad de complemento.

262.—Se crea la oficialidad y clases de complemento de la Aeronáutica militar. Podrán formar parte de ella todos los oficiales, clases e individuos del Ejército, así como los paisanos entre diez y ocho y treinta y tres años de edad, que teniendo cualquiera de los títulos de aeronautas expedidos por el Real Aero Club, no aspiren a ingresar en las escuelas de pilotos del Ejército, pero deseen ponerse en condiciones de prestar servicio en la Aeronáutica militar, como oficiales o clases de complemento, los que concurrirán al aeródromo que elijan, para contrastar sus conocimientos en la materia y aptitud para su servicio especial.

264.—Se dispone que los oficiales y clases de complemento de Aeronáutica militar, usen sobre el uniforme del Cuerpo a que pertenezcan la insignia del servicio con la indicación de la especialidad, siendo de color azul, en vez de rojo, el disco sobre que ésta va colocada. Los que no tengan categoría militar, vestirán el uniforme personal del servicio de Aeronáutica, con una C. en el cuello y sin insignia ni otro distintivo que el del servicio con disco azul.

Organización.

249.—Se dispone que con los medios de que dispone el Centro Electrotécnico y de Comunicaciones de Ingenieros, a cuyo cargo se halla actualmente el servicio de iluminación, se organice una compañía de alumbrado, que con carácter experimental servirá de base para su transformación en un batallón.

Picadores militares.

257.—Se aprueba el Reglamento del nuevo Cuerpo de Picadores militares.

Plantillas.

255.—Se aumenta el personal de tropa de la Comisión Cen-

INDUSTRIA Y COMERCIO DE MADRID

CASAS QUE DEBE USTED VISITAR

MENA : : : Fotógrafo : : : **3** Magníficas pos-
CARRETAS, 39 tales o Carnets
(Frente a Romea) UNA PESETA

**COMPañIA GENERAL DE AGUAS
MINERALES**
REINA, 29 y 31 TELÉFONO M. 1444

Admón. de Loterías. N.º 16.-P.ª de Santa Cruz, 2
Su administradora D.ª Felsa Ortega, remite a provincias, Ul-
tramar y Extranjero los pedidos que le hagan, siempre que
vengan acompañados de su importe.

SASTRERÍA DE SEÑORA Y CABELLERO
ANTONIO LÓPEZ & REBULLIDA
MAYOR 25.—ENTRESUELO

Joyería **HISPAÑO-BELGA** Joyas artísticas y eco-
MONTERA, 22 nómicas. Relojería
garantizada de todas
marcas.

CAMAS Y MUEBES ECONOMICOS
NO DEJE USTED DE VISITAR ESTA CASA
BALBINO DIEZ GARCÍA Pelayo, 70 (proximo a Fernando VI)

MATERIAL ELECTRICO
Lámparas filamento metal de todas marcas
H. PÉREZ JARDINES, 7 y 9

Construcciones EN ZINC, PLOMO, PALASTRO
Y CHAPA GALVANIZADA
Hilario Puerta García. :. Primera casa en envases para aceite.
Postigo San Martín, 7.—Teléfono 3.378.

CERERÍA Y PERFUMERÍA
MANUEL CAMPOS :. : Bárbara de Braganza, 10.
PRODUCTOS EXTRANJEROS Y DEL PAÍS

R. FERNÁNDEZ ROJO GRABADOR
Fábrica de sellos de caucho. :. Precintos de varias clases.
Teléfono M. 415.—FUENTES, NÚM. 7.—MADRID

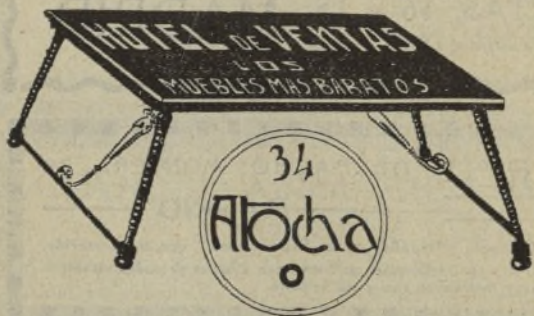
DOYCO (S. A.) REPRESENTACIONES NACIO-
NALES Y EXTRANJERAS
FUENCARRAL, 119

LA OCASIÓN COMPRA Y VENDE Motocicletas, bicicle-
tas, accesorios, gramófonos y discos.
MAYOR, 68

TRANSPORTES SERVICIO POR CAMIONES de
TOLEDO a MADRID y viceversa
Domicilios: { En LOLEDO: Parador de San José.
En MADRID: Calle de la Bolsa n.º 3.

BLANCO HUECAS
para la instrucción reglamentaria de tiro. El más perfecto, el
más utilizado y el más económico. Libretas de tiro y facsímiles
Pedidos a los Huérfanos del comandante Huecas
Colegia a. 5 cuarto núm. 1.—MADRID

RECLUTAS DE CUOTA ESCUELA CÍVICO-MILITAR MAYOR, 86.
AUTORIZADA OFICIALMENTE MADRID



BORISOL ANTISÉPTICO Y
DESINFECTANTE

Eficaz en las enfermedades de los párpados, nariz, boca,
garganta, oídos y de los órganos genito-urinaris.

FARMACIA TORRES MUÑOZ.—San Marcos, 11.—MADRID

ARTÍSTICAS TAPAS

para la encuadernación del primer tomo de
ARMAS Y LETRAS PRECIO: **3,50**
PESETAS
Se mandan por correo certificadas contra envío de 3,80 pesetas
por Giro postal.
A los señores suscriptores que así lo indiquen, se les pasará
cargo del importe por la Caja Central.

D.
que vive en, calle de
....., desea adquirir las tapas
para encuadernar al primer tomo de ARMAS Y
LETRAS, a cuyo fin envío (1) por Giro postal la
cantidad de 3,80 pts.

(Firma)

(1) Si el cargo ha de pasarse por la Caja Central indi-
quese así.

Córtese este Boleín y envíese en sobre
abierto, con franqueo de 2 céntimos.

LA COMPAÑÍA DE MADERAS

GRANDES ALMACENES DE MADERAS Y TALLERES MECANICOS

Argmosa, 14 - MADRID - Teléfono 689-M.

DEPÓSITO EN ALICANTE (MAISONNAVE, 49)

SANTANDER - BILBAO - GIJÓN - SAN JUAN (Avilés) - PASAJE - HUELVA

Pino del Norte. — Pino de tea. — Pino de Balsain. — Pino del país. — Maderas finas.

MOLDURAS DE TODAS CLASES Y FRISOS

Proveedores de la 3.ª Sección de la Escuela Central de Tiro.

ESTABLECIMIENTO DE COMPRA Y VENTA

JOYERÍA - PLATERÍA - RELOJERÍA

Máquinas fotográficas. - Gemelos prismáticos Busch - Zeiss - Goerz. Estuches de matemáticas y aparatos de precisión. - Pianos y pianolas.

JULIÁN VEGUILLAS DEPÓSITO DE GRAMÓFONOS Y DISCOS

Clavel, 13, e Infantas, 26. - Teléfono M 4.205. - MADRID

Escopetas. - Artículos para caza y viaje. - Objetos para regalos. - Máquinas de escribir, bicicletas y motocicletas. - Pañuelos de Manila y mantillas de encaje

VENTA de muebles y cuadros antiguos y modernos, bronce, porcelanas y objetos.

COMPRA a altos precios todo lo que se venda.

= VICENTE BAYÓN =

(Que fué de la casa Veguillas.)

NO CONFUNDIRSE

Peligros, 7. - Entrada por Jardines, 40. - Tel.º 4.676-M.



EL LENTE DE ORO

ÓPTICA FINA

ARENAL, 14. - MADRID

ojo

Gemelos prismáticos Zeiss - Goerz y otras marcas :: gemelos de cartera para teatros

ERNESTO GIMENEZ

==== (Antes GONZALEZ Y GIMENEZ). ====

ALMACÉN DE PAPEL Y OBJETOS DE ESCRITORIO POR MAYOR

TALLERES DE IMPRENTA, ENCUADERNACIÓN Y LITOGRAFIA

TIMBRADOS EN RELIEVE

ESPECIALIDAD EN LIBROS RAYADOS
:: :: Y FABRICA DE SOBRES

HUERTAS, 16 y 18
Teléfono 1.074

MADRID

HIJOS DE JUAN BAUTISTA FEU

DESPACHO: MONTERA, 19

==== (FÁBRICA: MESÓN DE PAREDES, 79) ====

==== MADRID

Establecimiento de toda clase de artículos militares, premiado con diplomas de Honor y Medallas en las Exposiciones a que ha concurrido. Fábrica de botones de metal para el Ejército y Armada, libreas, ferrocarriles, etc. etc. - Condecoraciones finas y falsas de todas clases. - Medallas para premios y exposiciones. - Insignias y distintivos con y sin esmalte.

AGUAS MINERALES NATURALES

VALDEZARZA

EL MEJOR PURGANTE DEL MUNDO, reconocido por las ciencias médicas por su especial mineralización y no producir irritación alguna. Cura segura de las enfermedades de la piel y escrofulismo. Léase el folleto médico con el análisis ¡¡¡VERDAD!!!

Las más agradables de tomar, sin producir náuseas, como otras aguas.

Venta en las principales farmacias, y en el depósito: ARENAL, 26. — F. SANTOS

ACADEMIA "PINO" Exclusiva para el ingreso en el
CUERPO DE TELÉGRAFOS
 = Montera 35 - MADRID =

Resultados de las oposiciones últimas: } Ejercicio previo: Presentados, 80; aprobados, 65.
 Oposición: Presentados, 56; ingresados, 51

Profesores:
D. RAIMUNDO DEL PINO,
 Jefe del Gabinete telegrafico del Ministerio de la Gobernación.
D. JOSÉ RODRÍGUEZ,
 Jefe del Gabinete telegrafico del Ministerio de la Guerra.
D. ANTONIO REYES,
 Doctor en Ciencias Físico-Químicas, profesor auxiliar de las asignaturas en la Universidad Central.

D. ISIDORO HERNANDO,
 Oficial poliglota del Cuerpo en la Dirección general
D. MANUEL MAÑO,
 Oficial del Cuerpo en el Gabinete Central.
D. ARTURO GONZÁLEZ,
 Delineante.

ARTURO JACKSON, representante general para España de los
AUTOMÓVILES **CAMIONES**
= STAR = Y DENNIS
 Pasaje de la Alhambra, número 4. - GARAGE

PAPELERÍA :: IMPRENTA
 DE
Felipe Martín Crespo,
 Mayor, 47.-MADRID
 Teléfono 211-M.

MEMBRES, EMBLEMAS PARA TODAS LAS
 :: ARMAS Y CUERPOS DEL EJÉRCITO ::

EL ARCA DE NOÉ
 CORREDERA BAJA, 39. MADRID
 PAPELERIA-IMPRENTA
 OBJETOS DE ESCRITORIO

Completo surtido para suministro de oficinas
 Recomendamos esta Casa como la más económica en precios.

GRAN FÁBRICA DE OBJETOS DE MIMBRE Y BEJUCO
 DE
PLÁCIDO PÉREZ

San Marcos, 1. (Esquina a Hortaleza) MADRID

BUTACAS, BAULES Y MALETAS PARA VIAJE
 CUNAS MOISES Y GARTAS
 PARA PLAZAS Y JARDINES
 ESPECIALIDAD EN SILLERIAS DE BEJUCO ESMAL
 TADO Y DE MEDULA

GRANDES ALMACENES DE SALVADOR DELTELL (CASA DEL VALENCIANO)
 RIBERA DE CURTIDORES, 18. - MADRID

Construcción de toda clase de correajes y equipos de caballo para el Ejército. - SE PAGAN -
 Compra y venta de toda clase de desechos militares en cualquier punto de España ALTOS PRECIOS

AUÑÓN
 ESPADERO DE LA REAL CASA

La antigua espadería de la calle Fuencarral, 33,
 se ha trasladado a su sucursal
CALLE MAYOR, 63

ALBERTO ROMERO
 SASTRE

ESPEJO, 6, BAJO
 HECHURA Y FORROS DE TRAJES
 DESDE 60 PESETAS

F. ALCARAZ

Atocha, 78

SOMBREROS
GORRAS PARA TODA
CLASE DE UNIFORMES
Precios económicos.



EIBAR
(ESPAÑA)

ESCOPETAS FINAS DE CAZA Y TIRO DE PICHON
VICTOR SARASQUETA
PROVEEDOR Y FABRICANTE DE S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII y de S. A. la Infanta D.^a ISABEL

Servicio de la Compañía Transatlántica.

LÍNEA DE CUBA-MÉJICO

Saliendo de Bilbao, de Santander, de Gijón y de Coruña para Habana y Veracruz Salidas de Veracruz y de Habana para Coruña Gijón y Santander.

LÍNEA DE BUENOS AIRES

Saliendo de Barcelona, de Málaga y de Cádiz para Santa Cruz de Tenerife, Montevideo y Buenos Aires emprendiendo el viaje de regreso desde Buenos Aires y de Montevideo.

LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA-MÉJICO

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para New-York Habana y Veracruz. Regreso de Veracruz y de Habana, con escala en New-York.

LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA

Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Málaga y de Cádiz para las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma, Puerto Rico y Habana. Salidas de Colón para Sabanilla, Curaçao, Puerto Cabello, La Guayra, Puerto Rico, Canarias, Cádiz y Barcelona.

LÍNEA DE FERNANDO POO

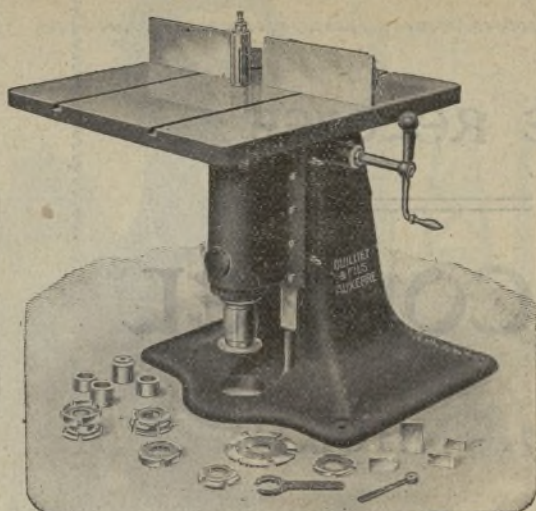
Saliendo de Barcelona, de Valencia, de Alicante y de Cádiz para Las Palmas, Santa Cruz de Tenerife, Santa Cruz de la Palma y puertos de la costa occidental de Africa. Regreso de Fernando Poo, haciendo las escalas de Canarias y de la Península indicadas en el viaje de ida.

Además de los indicados servidos, la Compañía Transatlántica tiene establecidos los especiales de los puertos del Mediterráneo a New-York, puertos del Cantábrico a New-York, y la línea de Barcelona a Filipinas, cuyas salidas no son fijas y se anunciarán oportunamente en cada viaje.

Estos vapores admiten carga en las condiciones más favorables y pasajeros, a quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Todos los vapores tienen telegrafía sin hilos. También se admite carga y se expiden pasajes para todos los puertos del mundo, servidos por líneas regulares. Las fechas de salida se anunciarán con la debida oportunidad.



Sierras y Máquinas-herramientas para trabajar la madera



PARA TALLERES DE CARPINLERÍA, EBANISTERÍA, CONSTRUCCIÓN DE CARRIAJES, VAGONES, ETC. FABRICACIÓN DE PARQUET Y DE TODO LO RELACIONADO CON LA INDUSTRIA DE MADERA

GUILLET FILS & CÍA

CONSTRUCTORES MECANICOS

DEPÓSITO DE MÁQUINAS Y ACCESORIOS
PARA ESPAÑA

23, Fernando VI, 23; teléfono M-3.147.

MADRID

Pidanse catálogos y presupuestos.

Fábrica de Carrocerías, Side-Car y Rear-Cars para industrias.

CHASIS PARA MOTOCICLETAS de todas las marcas

TEODORO UBEDA, FUENCARRAL, 164 Madrid, Teléfono J-952.

(antes 147)

OFRECEMOS GRANDES OCASIONES

En alhajas finas garantizadas, lindos modelos en pendientes, pulseras, sortijas, alfileres, dijes, medallas, bolsos plata. Gran exposición de relojes de oro de ley, ricas repeticiones y relojes de pulsera siempre de los últimos modelos y buenas marcas, pianos, escopetas, armas, máquinas de escribir, máquinas fotográficas, gramófonos, paraguas, impermeables, antigüedades, abanicos, objetos varios e infinidad de artículos propios para regalos.

Compramos, vendemos y cambiamos todo.
Casa exclusivamente en artículos de ocasión.

CASA SERNA, Hortaleza, 9. Tel. 5.351-M.



NUEVA LIGALASKA
A DOBLE SUJE TADOR
PATENTE N° 60736

RECOMENDAMOS usar los TIRANTES y LIGAS ALASKA
por ser lo más cómodo y práctico conocido
PIDANSE EN TODAS LAS CAMISERIAS

AUTO-RHULLY, S. A. Agencia: CASTELLÓ, 24.

Motocicletas Harley Davidson.

ESTABLECIMIENTO DE
JORDANA

Príncipe, 9.-MADRID.- Teléfono 4.038.

Especialidad en artículos para regalos con motivo de ascensos y recompensas.



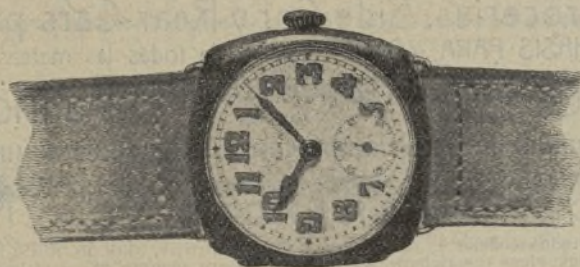
CONDECORACIONES, BANDAS Y ROSETAS DE TODAS CLASES.—BANDERAS PARA REGIMIENTOS.—FAJAS, FAJINES Y CEÑIDORES.—CHARRERAS, DRAGONAS Y HOMBREAS.—CASCOS, GORRAS Y ROSES, CORDONES Y DISTINTIVOS PARA AYUDANTES Y PARA BASTÓN.—SABLES, ESPADAS Y ESPADINES.—ENTORCHADOS, TEJIDOS Y BORDADOS.— BANDEROLAS, TIRANTES BORDADOS Y FORRAJERA.—ESTRELLAS, NÚMEROS EMBLEMAS Y BOTONES.—CORDONES, GALONES Y ESPIGUILLAS.—ESPUELAS, ESPOLINOS, PLUMEROS Y GOLAS, ETC., ETC.

FABRICA DE RELOJES
DE
CARLOS COPPEL

27, fuencarral, 27. - MADRID

Proveedor oficial de la Cooperativa del Ministerio de la Guerra.

Remesas a
provincias



Catálogos
:::gratis:::

Núm. 3.311

Reloj pulsera de cuero, máquina fina,
forma cuadrada, de la marca M. Z. H.,
en caja de plata de ley. 130 pesetas.
En caja de oro de ley.... 350 —

SE PAGA EN PLAZOS MENSUALES POR MEDIACION
DE LA COOPERATIVA DEL MINISTERIO DE LA GUERRA



SIDERURGICA COMERCIAL

(S A)

Cables y telegramas: SIDERURCO



IMPORTACIÓN Y VENTA DE

Planchas de acero para construcciones navales, calderería, arcos de caudales y blindajes.

Planchas magnéticas para motores, dinamos, etc. Planchas de cobre, latón y alpaca.

Tubos de acero y cobre con y sin soldadura, estirados en caliente y en frío, por recubrimiento, a solapa, etc.

Tubos de cobre, hierro y latón para aplicaciones generales.

Tubos forjados de hierro para altas conducciones de agua.

Cables de acero, alambres y cintas de acero
Lingotes de hierro y acero para fundir, forjar o laminar.

Aceros para herramientas de mano y mecánicas.

Aceros en barras y tochos para toda clase de construcciones mecánicas.

Rieles para ferrocarriles y tranvías.

Paseo de Gracia, 99.-Teléfono G. 1.644.-BARCELONA

Calle de Recoletos, 6. - Teléfono S. 1.300. - MADRID

SUCURSALES Y REPRESENTACIONES

TOLEDO, CÁDIZ, SEVILLA, HUELVA, BILBAO, SANTANDER, CÓRDOBA, VALENCIA, TERUEL

SANTIAGO SANCHEZ QUINONES



ACCESORIOS

para Automóviles, Globos y Aeroplanos

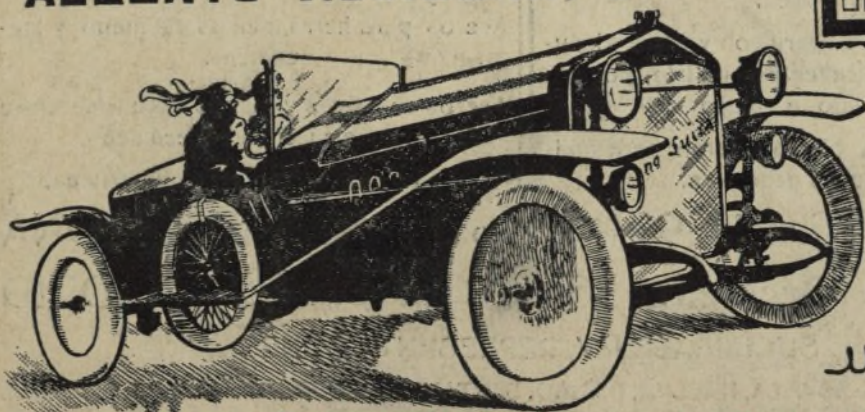
PROVEEDORES DE LA AERONÁUTICA MILITAR DE ESPAÑA

Motores "Napier", para aviación. Cables de goma. Tensores, Tubos de acero
Cuerdas de piano. Cables de alta. Cojinetes de bolas. Hélices. Neumáticos. Ruedas
metálicas. Telas para globos. Trajes eléctricos para aviadores. Tornille-
ría de acero. aceites y grasas "Oleosol", etc., etc.

TELÉFONO J-1342

ALBERTO AGUILERA, 14

MADRID



M. Châlavy

Cáp. Católica H. Fontana. - 8. Bernardo, 7. - Madrid